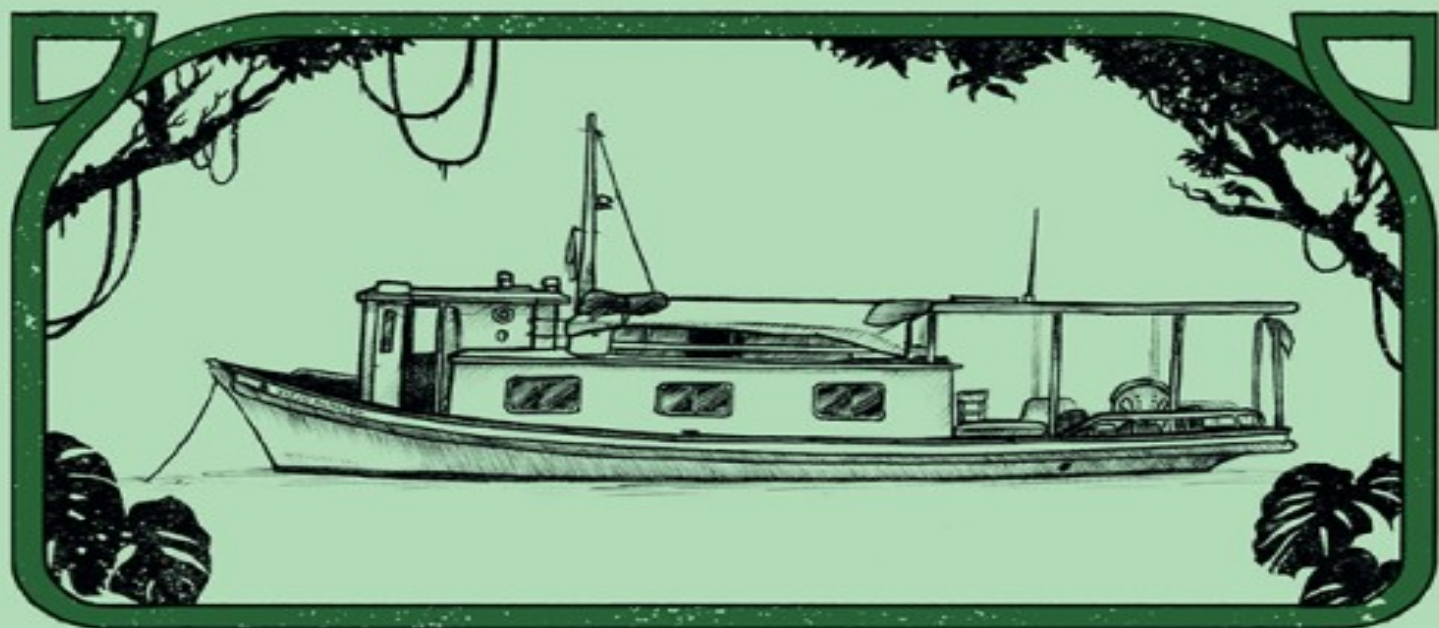




MARCOS ARAMBURU

PANTANAL

Prólogo de Camila Sosa Villada



 Planeta

PANTANAL

MARCOS ARAMBURU

PANTANAL

Prólogo de Camila Sosa Villada

Ilustraciones de **Martín Mak**



Aramburu, Marcos

Pantanal / Marcos Aramburu. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2026.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-49-9905-8

1. Literatura. I. Título.

CDD A860

© 2026, Marcos Aitor Aramburu

Prólogo de Camila Sosa Villada

Ilustraciones de Martín Mak Ilustración @martin_mak_ilustracion

Todos los derechos reservados

© 2026, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Ing. Enrique Butty 275, Piso 8, C1001AFA, C.A.B.A.

info@ar.planetadelibros.com

www.planetadelibros.com.ar

1ª edición: agosto de 2026

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o

tecnologías de inteligencia artificial.

Primera edición en formato digital

Versión: 1.0

Digitalización: Proyecto451

Índice de contenido

[Portada](#)

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Prólogo, Camila Sosa Villada](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[I](#)

[*Bitácora de Roby en su viaje al Pantanal. 27 de julio de 2024*](#)

[II](#)

[III](#)

[*Bitácora de Roby en su viaje al Pantanal. 13 de agosto de 2024*](#)

[IV](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[V](#)

[*Bitácora de Roby en su viaje al Pantanal. 31 de agosto de 2024*](#)

[VI](#)

[VII](#)

[VIII](#)

[*Bitácora de Roby en su viaje al Pantanal. 14 de
septiembre de 2024*](#)

[IX](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca del autor](#)

Puntos de referencia

[Portada](#)

[Legales](#)

[Portadilla](#)

[Tabla de contenidos](#)

[Comienzo de lectura](#)

[Agradecimientos](#)

*A Roby, mi papá.
Y a Fernando, su amigo.
Y a todos los amigos del mundo.*

*De pronto sentí el río en mí,
corría en mí
con sus orillas trémulas de señas,
con sus hondos reflejos apenas estrellados.
Corría el río en mí con sus ramajes.
Era yo un río en el anochecer,
y suspiraban en mí los árboles,
y el sendero y las hierbas se apagaban en mí.
Me atravesaba un río, ime atravesaba un río!*

JUAN L. ORTIZ

*Adiós, adiós.
Me voy, me voy.
Sigo remontando río arriba
en un barco que en la proa
lleva el nombre de tu nombre:
río Paraná.*

ROSARIO BLÉFARI

PRÓLOGO

*Seamos amables al cuestionar
a nuestros padres.*

ANNE CARSON,
"La antropología del agua"

Llego al punto final y en el cuaderno de notas que me ayuda a organizar una cabeza diezmada por la mala vida y los años, escribo: "El agua es de las madres. La tierra es de los padres".

Cuando encuentro esta frase no recuerdo por qué la escribí pero pienso en el acontecimiento. Tu papá decide ir al agua de las madres (digamos, la Madre Tierra, la Pachamama, la madre que te parió), montado a pelo en un barco que bautizó junto a su amigo de la infancia Viejo Almacén. En honor a un tango. El viaje, como todo viaje, es peligroso y hace una falsa promesa: revelar algo de vos mismo. Aquí, la ruta es el Amazonas. Y los navegantes, dos jubilados.

Otra nota tomada durante la lectura: "El Viejo Almacén es un conquistador, don Aramburu y Fernando quieren conquistar el agua de las mujeres". Esto me recuerda que debo estudiar más a las teóricas del género. Estoy retrasada en la tarea de demoler ese teatrillo.

También podría decir que el agua es de los novelistas y la tierra de los cronistas. Una novela siempre es un río. La novela es melancólica, tal vez el más mezquino de los formatos de la escritura. En ocasiones, el lector leyó lo que necesitaba y abandonó sus páginas y el autor continúa escribiendo. Una novela es ingrata, un arte de resignación. Va por donde quiere, a veces termina en el mar o en un dique, a veces desaparece en un pantano. Una crónica es

un sitio donde hacer pie. La alimentan datos precisos, nombres propios, fechas exactas, distancias que no admiten medias tintas.

Otra nota en el cuaderno al que llamo Pensadero: "¿Qué sucede cuando un cronista va a nadar al agua de la novela? ¿Es *Pantanal* una novela, una crónica, una carta de amor, una expedición al pantanal que son los padres para los hijos?

Por lo pronto, he leído el primer libro de Marcos Aramburu, *Las ceremonias*, y recuerdo estrecharlo contra mi pecho en muchas de sus crónicas. Un libro sobre el mundo de las drogas pero también un libro sobre una madre en particular. La de su autor. Recuerdo la lección que ese libro me dejó: no es que como lectora solo lea mujeres. A veces da gusto leer a un hombre. Y más si ese hombre es alguien querido. Como no soy cronista (aunque me encantaría robarles su talento para mi propia melancolía literaria), no precisaré más que esta frase de Marguerite Duras: "Si un amigo mío escribiera un libro que no me gusta, entonces no sería mi amigo".

Marcos escribe un libro que me encanta y no solo me encanta sino que hace más profundo mi amor por él, que al menos en Argentina, es de público conocimiento.

Diré por qué usted, lector, lectora, lectore (¿?), debe saltarse este prólogo e ir directamente a la carne de *Pantanal*: es un libro hijo de su época. En este mundo donde la policía reprime a los jubilados con gases lacrimógenos, donde los viejos desaparecen de la lectura en clave erótica, heroica y épica, es necesario atender a sus protagonistas. Dos sexis setentones que mantienen desde hace una vida una amistad flotante, en palabras de su autor, *más peligrosos que la ETA*, que deciden explorar aguas barrosas con curvas de mujer, avistar animales que solo los ríos de la selva son capaces de hospedar y negocian con piratas por un poco de combustible.

Mientras me bebía esta historia tuve siempre presentes una película, *Los isleros*, de Lucas Demare; *El Pantanal*, esa telenovela brasilera que veía sentada en la falda de mis abuelos y *Las aventuras de Arthur Gordon Pym*, de Edgar Allan Poe. Faltaba el libro de Marcos para entender cuán humano es el llamado del río y todo lo que nos ofrece a pesar de lo que nosotros hacemos con él. Y

cuánto más humano aún es el hecho de que nuestros padres deseen fugarse, coger, descubrir, sufrir y ser felices, tanto como nosotros.

También tuve presente un nombre propio: Juan Forn. Tal vez para ustedes no signifique nada, pero a mí me hizo llorar pensarlo mientras leía este libro.

Odio las enseñanzas pero diré que, muchas veces, castramos el placer de nuestros viejos. No admitimos sus locuras. Marcos Aramburu, en cambio, convierte en literatura lo que al menos yo hubiera convertido en una negativa para mis padres. Me aterra el solo hecho de pensar que suelen recorrer distancias largas a bordo de su Sandero Stepway. Cuando salen de viaje cada mensaje que me llega esconde el terror de tumbos, choques, aplastamientos y la orfandad, siempre la orfandad.

En esta historia, los mensajes de WhatsApp que el protagonista envía a sus hijos como una bitácora íntima, me arrancan carcajadas, me tranquilizan y revelan la sospecha de que el talento del autor para escribir le viene del padre.

No robo más tiempo. Celebro *Pantanal* y dejo mi intimidad, el mensaje que envié al autor cuando leí esta maravilla:

7 de mayo de 2026

Acabo de terminarlo. Para escribir un prólogo necesito leer todo el libro de pe a pa. No me parecéis ningún boludo, querido mío. Me sorprenden algunas frases. Son muy bonitas y precisas. Me sorprenden los padres argentinos y los autos. Me da ganas de escribir esto que me pasaste. (...) Te imagino arrastrado por algunas comparaciones como si te llevara la creciente. No quiero que te lleve el río. (...) Es un buen trabajo, Aramburu. Tu papá se va a sentir muy amado, eterno, cuando lea este libro.

3:46 a.m.

Y una conclusión: la amistad es el afecto que mejor envejece.

CAMILA SOSA VILLADA



Cuando el río está calmo los barcos se escuchan mucho antes de verse. Por lo general, si se hace silencio, el ronroneo del motor aparece in crescendo como detrás del horizonte unos cinco minutos antes de que la embarcación quede a tiro del ojo humano. Por eso sabían que estaban llegando, por el ruido.

—Deben ser estos —dijo Fernando que, como casi no ve, tiene mucho más desarrollado el oído y puede distinguir diferentes tipos de motores a kilómetros de distancia.

Ninguno de los integrantes del Viejo Almacén, o sea, ni mi viejo ni Adrián, le contestaron, pero miraban callados en la misma dirección intentando ver algo que se moviera en el telón de oscuridad que tapaba la selva. Un farol, una linterna, la llama de un pucho, algo que diera indicios de que la lancha que se acercaba lo hacía en dirección a ellos.

—Son estos, denme bola —insistió Fernando, aferrado a su instinto, que en momentos como este pasa a tener un valor más atendible que las herramientas racionales.

Venía siendo muy complicado conseguir combustible en los puertos del interior de Paraguay. En varios, la solución había sido bajar a tierra con los bidones, subirse a una camioneta haciendo dedo o pagando el flete e ir a llenarlos a la estación de servicio más cercana, que podía estar a unos cuantos kilómetros del río. Pero esta vez el plan tenía otras particularidades: unos húngaros que vivían allí desde hacía algunos años les habían pasado el contacto de un grupo de contrabandistas que vendía buen gasoil a un precio muy barato. Filibusteros que les robaban combustible a las barcas de carga, en complicidad con los tripulantes, y lo revendían al por menor a la gente del lugar.

—Yo no entiendo —dijo Adrián en tono de queja—. Se la pasaron diciendo que los húngaros eran unos garcas y que no nos podíamos confiar, ¿y ahora nos mandan a comprar gasoil choreado y nosotros vamos?

—Ya te dije que no es choreado choreado, están entongados con los tipos que trabajan en los cargueros y seguro que con la prefectura también —contestó Roby, mi viejo—. Además no nos queda otra.

—Y si están tan arreglados con la prefectura, ¿por qué mierda nos cambiaron el horario? —insistió Adrián, que sabía que su objeción tenía un punto.

En el primer contacto con los contrabandistas, establecido a través de los húngaros, habían arreglado que la venta sería a las cuatro de la tarde, pero cuando faltaban quince minutos para las dieciséis, un sms llegó al celular de mi papá comunicándoles que al final se verían a las diez de la noche.

—Porque una cosa es tener un kiosquito y otra cosa es ser un boludo que vende gasoil choreado a plena luz del día y en frente de todo el mundo —contestó mi viejo, entre nervioso e hinchado las pelotas de tener que explicar lo obvio.

—¿Ves que es choreado? —insistió Adrián.

El ruido del motor ahora se escuchaba muy claramente, debían estar a unos treinta o treinta y cinco metros pero todavía no se distinguía la embarcación. Una de las indicaciones que les había dado prefectura a mi papá y a los que viajaban en el Viejo Almacén apenas empezaron la travesía era que nunca, por nada del mundo, alumbraran la costa de noche. Ni eso, ni sacarles fotos a los botes, por más que los tripulantes y el paisaje completaran una imagen pintoresca porque, si lo hacían, se exponían a que como respuesta volviese un disparo. Así que la opción de sacar una linterna y fijarse si efectivamente eran los tipos que esperaban estaba descartada.

—¿Cómo le va, don? —preguntó una voz calma, un segundo después de que el motor se apagara. Era una de esas voces graves que tienen los hombres a los que no les hace falta gritar.

Solo se escuchaba el sonido de un bote marcando su surco en el agua, avanzando por inercia. Lo primero que se vio entre la oscuridad fue el brillo de unas zapatillas Nike con la pipa reflectiva. Lo segundo, seis pares de ojos vidriosos que resaltaban como los de una manada de cocodrilos. Eran tres hombres. El que timoneaba tendría unos cuarenta y tantos y los otros dos pisaban los treinta.

Llegaron en un bote de fierro, destartalado, con un motorcito fuera de borda. En la cubierta traían un tambor de doscientos litros de gasoil sin tapa. Todo estaba encastrado, era como si al bote entero lo hubiesen sumergido en aceite y barro. Junto al barril, traían un motor muy pequeño, a batería, que era la herramienta con la que iban a llenar los bidones, y una botella de gaseosa cortada al medio para ir sacando el agua que se filtraba o que se metía en el bote por las olas.

—Son estos ocho los que hay que llenar —dijo mi viejo mirando al que timoneaba, identificándolo como el líder.

Mientras los dos más jóvenes cargaban el gasoil, el timonel sacó un cigarrillo que tenía guardado en la oreja y lo prendió sin necesidad de usar su otra mano, que mantenía metida en el bolsillo. Nadie hablaba, no había preguntas ni comentarios de rutina. Ni a dónde van, ni por qué están acá, ni qué hacen dos señores de setenta y tres años y otro de cuarenta viajando por el medio de Paraguay en una chata, ni de dónde conocen a los húngaros, ni nada. Silencio. Respeto por los misterios ajenos.

—Listo, fueron doscientos sesenta litros, pero yo le voy a cobrar doscientos cincuenta nomás, como buen gesto —aclaró el hombre de la voz calma.

—¿Cómo dos sesenta? —lo frenó Fernando, que ni de casualidad llegaba a ver la pinta que tenían los muchachos con los que estaba negociando—. Ocho bidones de veinticinco litros le dimos, más de doscientos no entran.

—¿Cuántos litros te marca a vos, Michi? —le preguntó el líder al que operaba la bomba.

—Doscientos sesenta.

—Epa, ¿y cómo es que le vamos a hacer entonces? —retrucó el timonel sumándole un movimiento de cejas levemente desafiante a su mirada, pero sin afectar su voz tranquila y grave.

—¿Cómo vamos a hacer con qué, gil? —retrucó Adrián.

—Callate la boca, vos. Estamos hablando nosotros —gruñó mi viejo, nervioso. Un segundo después respiró hondo para cambiar el tono y giró su cuerpo para comunicarse con el paraguayo—. Mire, no es por regatear, pero la cuenta es muy fácil: son ocho bidones de

veinticinco litros cada uno, más de doscientos no pueden haber entrado. Acá tiene la plata por los doscientos.

El timonel tiró el pucho al agua y ese movimiento, sin sacar la otra mano del bolsillo, los puso a todos en estado de alerta. ¿Cuánto más podían negociar con esos tres piratas de río en medio de la noche? ¿Por cuántos litros de gasoil valía la pena masticar la bronca? ¿Cuántos bidones se necesitan para llenar el ego de un hombre? Era momento de aceptar la derrota.

Fernando fue el primero en bajar las armas, metiéndose la mano en el bolsillo de la camisa para sacar la plata de los cincuenta litros que faltaban. Adrián miraba al piso estallado de la bronca. Los del bote estuvieron tranquilos, hasta que el sonido de una radio terminó con su paz pirata.

—Viejo Almacén, ¿me copia? —se escuchó por el parlante del handy—. Viejo Almacén, ¿me copia? Comisario Iturbe reportándose.

El sonido sucio y metálico de la voz en el parlante funcionó como si alguien en el Viejo Almacén hubiese hecho sonar una alarma ensordecedora. El más joven de los contrabandistas dio dos pasos rápidos hasta la proa para arrancarle la plata de la mano a mi viejo, que nunca había dejado de ofrecer con su brazo extendido el monto correspondiente a doscientos litros. El timonel, que no dijo una palabra porque ni la urgencia era capaz de hacerlo hablar de más, tardó un microsegundo en prender el motor y empezar la maniobra de retirada.

—Kurepa de mierda, viejo puto —murmuró el pibe mientras metía la guita en una riñonera.

—Viejo Almacén, ¿me copia? —volvió a sonar en el handy.

Todo lo que había tardado en llegar el bote hacía veinte minutos, su aparición gradual, fue inversamente proporcional a lo rápido que dejó de verse y escucharse. En cuestión de segundos ya no había rastros de ellos. Se esfumaron en la oscuridad.

—Che, boludo, ¿están bien? —se volvió a escuchar desde la radio—. ¿Pasó algo?

—¡Iturbe la re puta que te parió, pará un poco! ¡Por tu chistecito de mierda casi nos matan, pelotudo! —gritó mi viejo agarrando el handy con las dos manos—. Tenemos que rajar ya.

—¿Cómo rajar? ¿Ahora?

—Sí, carajo. ¡Ahora! —insistió mi papá, que por la tensión del momento se olvidó de contarle que la joda de la radio también los había ayudado a zafar—. Vayan prendiendo el motor que vamos para allá.

El clima en el barco quedó raro como siempre que las cosas se salen de control o de lo previsible en un grupo. No estaban acostumbrados a estos niveles de tensión, ni tampoco a navegar de noche.

—Hay que meterle por lo menos dos horas —dijo Fernando en voz alta, para superar el volumen del motor, mientras miraba las cartas náuticas—. Esperemos que haya agua.

El silencio suele ser necesario en situaciones así, en las que hay que estar concentrado. Pero en la sabiduría de un grupo también está la habilidad de elegir cuándo romperlo para no entrar en un bucle de histeria negativa y cambiar el humor general.

—¿Pelo un salamín? —preguntó Fer.

—Por favor —contestó mi viejo mientras timoneaba—. Y dame dos deditos de whisky.

* * *

2 de septiembre de 2024

Roby papá

La carga de combustible anoche fue para un cuento de Hemingway. Tres piratas con gasoil choreado en un bote con barriles sin tapa y una bombita eléctrica que funcionaba con una batería con cables misteriosos. Seguimos viaje río arriba.

Los quiero,
pá

6:04 a.m.

PRIMERA PARTE

I

—¿A veces pensás en por qué se mandaron a hacer algo así? —le pregunto a mi viejo mientras lo veo levantar la caca del perro con una pinza y una bolsa.

—¿En qué sentido?

—Digo... ¿Alguna vez pensaste en por qué a los setenta y tres años decidieron encarar una travesía de este tipo y se subieron a un barco durante casi cuatro meses?

—Ah. No sé... Por navegar.

—Sí, pero navegar se puede navegar acá, en el Delta. ¿Qué hay en la aventura? ¿Por qué la meta de ir hasta el Pantanal?

Mi papá se queda quieto. En una mano tiene la bolsa de soretes y en la otra, a la altura del hombro, la pinza. Parece una estatua al juntador de caca de perro.

—A mí me encantó una vez que a uno de esos locos que suben montañas, un escalador, le preguntaron por qué se jugaba la vida para subir creo que al Everest y el tipo dijo: "Bueno... porque está ahí".

El hombre al que se refiere mi papá es George Mallory, un escalador inglés muy famoso en los años 20, que fue parte de las primeras expediciones británicas que se propusieron subir hasta la cima del Everest. Y es cierto, cuando en una conferencia de prensa le preguntaron por qué lo hacía, dijo: "Because it's there". Pero hay al menos dos diferencias fundamentales entre la historia de Mallory y la de mi viejo. La primera es que no es del todo verdad que los ingleses subieran la montaña "porque estaba ahí": se trataban de expediciones oficiales financiadas por la corona británica y por tanto tenían una motivación imperialista. Los del Viejo Almacén, en cambio, eran dos jubilados con el único objetivo de saber qué había detrás de la siguiente curva del río. La segunda diferencia es que George Mallory nunca volvió de su tercera expedición al Everest en

1924 y su cuerpo fue encontrado recién setenta y cinco años después, mientras que mi papá, a tres meses de haber vuelto de su travesía por el Pantanal, camina en calzoncillos por el jardín de su casa en Villa Adelina.

La idea de comprar un barco destruido, arreglarlo durante sus últimos quince años de trabajo y viajar apenas se jubilaran desde el norte de la provincia de Buenos Aires por cuatro meses hasta llegar al Pantanal de Brasil tiene un origen: un tal Ezcurra, un tipo diez años mayor que ellos, al que Fernando y mi viejo conocen desde la adolescencia, porque era de los que los invitaba a trabajar como tripulantes voluntarios en las regatas. Ezcurra era el dueño de El Negrito, un barco de madera parecido al Viejo Almacén pero con el casco redondo, con el que en el año 2000 fue contratado por la hidrovía para que hiciera un relevamiento de las profundidades de la zona. Volvió tres años después, un poco más flaco y con la cara de alguien que vio cosas y tiene ganas de contarlas. En sus relatos aparecían yacarés gigantes de ojos rojos como rubíes, aves de todos los colores conocidos, yagaretés que daban saltos de tres o cuatro metros para trepar árboles, hormigueros duros como el cemento y hasta algunas criaturas que rozaban lo fantástico, como unos peces alargados con cara de mujer a los que él llamaba "sirenitas".

En los cuentos de Ezcurra siempre aparecía Corumbá, una ciudad brasilera de más de trescientos años, en la frontera con Bolivia, que es uno de los últimos puertos del río Paraguay. Desde ahí salía hacia el Atlántico el oro, el caucho y los productos que se exportaban, o se robaban, desde Bolivia y el sur de Brasil hacia Europa. Es uno de los puntos más al norte al que se puede llegar navegando por río desde Buenos Aires. Pero fundamentalmente, lo que la volvía atractiva y casi irresistible era la "mística" que Ezcurra le imprimía en sus anécdotas. Uno de esos lugares en donde la historia, la naturaleza y la brutalidad del presente forman una tormenta perfecta para los aventureros. Por eso la idea de seguir los pasos de El Negrito empezó a tomar forma detrás de un objetivo concreto: llegar a Corumbá. Una marca en el mapa a la cual apuntarle, un norte.

El proceso duró quince años de obsesión. Quince años leyendo libros y artículos sobre Corumbá, investigando todo lo que estaba en

internet, bombardeando a preguntas a cualquier persona que osara mencionar esa ciudad. Quince años en los que, mientras clavaban maderas o desengrasaban piezas del motor, pensaron en eso, en llegar ahí, en tirar el ancla por última vez y que se clave en el corazón del Pantanal.

Hace unos minutos que mi papá está en silencio. Ya no junta caca, ahora está subido a una escalera y con una tijera va podando las ramas más altas de un fresno. Mi papá ama los fresnos, dice que son maravillosos (usa esa palabra) porque crecen rápido y dan sombra. Y él también ama la sombra. En el tronco del árbol creció una orquídea del Delta que es el mayor orgullo de todo su jardín.

—Calculo que todo esto debe tener algo de desafío personal, de decir “yo lo hice” —dice desde arriba del árbol—, de ponerse la meta y pensar: “¿Vamos a llegar nosotros?”.

Roby y Fernando navegan juntos desde los doce años. Se subían de prestado a barcos de algún tío de un amigo, o de cualquiera que necesitara dos pendejos que pudieran atar un cabo, izar una vela o hacer un poco de fuerza. Una amistad flotante. Si bien ambos navegaron en el mar muchas veces, son animales de agua dulce: les gusta el barro, los juncos, los cachalotes. “Navegar en el mar tiene una adrenalina distinta que nace de la idea de superar las dificultades y llegar a algún lugar; en cambio el río no, el río no se trata de llegar sino de seguir. Siempre te dan ganas de seguir” me contestó mi papá la única vez que le consulté por esta preferencia.

Salí con ellos muchísimas veces en mi infancia. En los diferentes barcos que fue teniendo y vendiendo Fernando, porque mi papá hasta el Viejo Almacén nunca había tenido uno propio. Fines de semana enteros en el Delta, que a veces me apena no haber disfrutado tanto. Me aburría un poco entre los adultos. Creo que a todos nos pasa recordar cosas y sentir que podrías haber sido más agradecido o más curioso. Es una angustia breve, un pensamiento fugaz en donde uno se detiene un minuto a castigarse por no haber valorado más unas vacaciones en carpa hace veinticinco años y luego lo deja ir.

Durante esas salidas al río vi a muchos hombres fracasar en su intento de pescar. También aprendí a no marearme por el

movimiento del agua, manteniendo la mirada fija en el horizonte. Fue ahí que escuché por primera vez una frase que luego se repitió miles de veces en viajes familiares, en asados, en navidades y en todas partes: “Mientras haya hielo hay esperanza”, decían mi papá y sus amigos. La decían y reían, la volvían a decir y brindaban. Yo obviamente tardé varios años en entenderla. Pensaba que era un chiste. Tuve que crecer bastante para ver su potencia, su simplicidad, su capacidad de sintetizar un concepto tan contradictorio como la esperanza en un cubo de hielo que, mientras nos hace felices, está desapareciendo.

Hay algo de la quietud que ni mi papá ni yo tenemos. Es como si fuésemos una bicicleta que solo puede funcionar moviéndose porque si se frena pierde el equilibrio. Así que para que podamos conversar en paz, tienen que ir pasando cosas mientras tanto. Él ahora le hace pequeños tajos al limonero con un machete, dice que es la última chance que tiene de revivirlo. Es un limonero histórico en su jardín, el responsable de que durante años uno se fuera de la casa de mi viejo con una bolsa de limones que él casi que te obligaba a llevar. Pero hace tres o cuatro meses, justo después de la vuelta del Viejo Almacén, el árbol se apestó y empezó a morirse. De un día para el otro varias ramas se secaron y perdieron sus hojas. Y entonces lo único que queda, según mi papá, es cagarlo a machetazos como hacían los tanos que tenían plantaciones de cítricos en el Delta, para ver si de esos cortes salen nuevos brotes que lo revitalicen. Mientras levanto del piso las partes enfermas que fue podando, pienso en cómo se debe ver desde afuera esa imagen que yo tengo naturalizada: la de un hombre barbudo, en panza y en calzones, dándole espadazos a un árbol que quiere como si fuese una mascota, para ver si su propia sangre es la que termina de curarlo.

—Y a Iturbe, ¿de dónde lo sacaron? —le pregunto cuando deja de golpear.

—Lo fuimos a buscar a Burzaco hace unos años, cuando nos enteramos de que él había ido hasta Corumbá en 2013.

—Pero ¿cómo se enteraron de que existía?

—Buscando. Empezamos a leer todo sobre Corumbá y llegamos a un video de YouTube de un tipo de Burzaco que había ido hasta allá

y entonces lo llamamos por teléfono y nos dijo que lo fuéramos a ver a la casa.

El aventurero y el contador de historias son dos personalidades que suelen coexistir en una sola alma. O quizás pienso eso porque de los aventureros silenciosos nadie se entera. Y entre ellos se buscan, se necesitan. Se cuentan cuáles son los mejores caminos, se advierten de los peligros de cada lugar y, sobre todo, se recomiendan dónde parar a comer. Por eso lo fueron a buscar a Iturbe en su momento, mucho antes de saber que lo convencerían de volver a ir.

—Es un fenómeno el tipo, tucumano —dice mi viejo, que siempre hace eso: te da un dato inesperado de una persona para reforzar una idea que aparentemente no tiene relación. Por ejemplo: “Buen tipo, es herrero”—. Nos recibió en su casa un domingo, llevamos unas facturas y estuvimos charlando como siete horas.

Conociendo a mi papá, creo que lo que más le gustaba de Iturbe no era que fuera tucumano sino que, al igual que él, se reconociera identitariamente como vasco. No sé por qué le importa tanto, pero le importa. Y al parecer durante el viaje jodieron mucho con eso, con que ambos eran vascos. Un vasco tucumano y otro de Villa Adelina, muchísimo más peligrosos que los de la ETA.

Aquel domingo en Burzaco, conversaron sobre la primera expedición que hizo Iturbe con El Conquistador, su barco, sobre las cosas que les convenía llevar desde Buenos Aires, sobre las dificultades del abastecimiento de combustible y sobre los peligros de navegar de noche.

—¿Qué peligros tiene navegar de noche? —le pregunto a mi papá, interrumpiéndolo—. ¿Por un tema de seguridad o porque no se ve nada?

—Por todo —dice mi viejo y un segundo después prende la bordeadora.

Pero Iturbe no solo tenía el conocimiento y la experiencia de haber ido en su barco. También tenía un elemento muy valioso y sobre todo muy difícil de conseguir: las cartas navales, los mapas del río. Porque esta época podrá ser la de la digitalidad, la de la crisis del soporte físico, la de los GPS, pero hay zonas de Brasil o de

Paraguay en las que uno no quiere depender ni de Elon Musk ni de nada que de un momento a otro pueda apagarse o fallar. Lugares en donde es mejor chequear el camino en una hoja manchada de mate y llena de anotaciones que en una pantalla. Pero, como todo lo bueno, esos mapas no son fáciles de conseguir. E Iturbe los tenía en dos versiones diferentes, una oficial y otra artesanal.

—Cuando vi las cartas del Aquidabán pensé que eran una pelotudez, parecían dibujadas por un chico, pero es demasiado perfecto, demasiado preciso... —dice mi viejo, que ya no corta el pasto sino que ahora fuma—, todo está ahí, todo. Hasta los lugares donde bajaba la gente. “Lo de Nelly”, por ejemplo. O las partes del río en donde suele haber poca profundidad.

El Aquidabán es un barco histórico de Paraguay que durante casi cincuenta años conectó la ciudad de Concepción con Bahía Negra, en la frontera con Brasil. Lo conocí en un viaje que hice con mis amigos en el año 2019, en el que navegamos treinta horas hasta llegar a Vallemí, uno de los puertos que están en la mitad del recorrido. Es un barco de pasajeros pero también de carga y también comercial. Lleva personas que duermen en hamacas distribuidas por todos lados haciendo casi imposible la circulación en los pasillos, transporta motos, hace mudanzas y distribuye comida por lugares a los que es casi imposible llegar por tierra. Es el alma de la zona, o lo era hasta 2023, año en que dejó de navegar. En 2013, cuando Iturbe viajó al Pantanal por primera vez y tuvo que parar a cargar combustible y comida en Concepción, conoció al capitán del Aquidabán tomando una cerveza en un restaurante muy pequeño en el que servían pescado. Se pusieron a charlar y cuando el paraguayo se enteró de la travesía que estaba haciendo El Conquistador, le regaló las cartas del río Paraguay que él mismo había dibujado sin demasiadas pretensiones artísticas pero con una precisión quirúrgica en cuanto a lo cartográfico. Había estado casi treinta años timoneando ese recorrido, treinta años mirando el paisaje hasta sabérselo de memoria. Cada curva, cada banco de barro, todo plasmado en una hoja y dibujado a mano. Tener esas cartas no era solo tener el mapa, era tener el tesoro.

—¿Y las otras cartas? —pregunto.

—¿Cuáles? ¿Las oficiales? —pregunta mi papá, que ya sabe a qué me refiero pero que está haciendo un poco de tiempo para no reírse y ver hasta donde me cuenta la historia y hasta donde me miente—. El tucumano las consiguió de un tipo que se las choreó del ejército brasileiro, andá a saber...

La anécdota del momento en el que Iturbe se sumó al viaje siempre me hace reír, me la contó mi papá por primera vez antes de irse a Corumbá. Fue ese mismo domingo en el que lo conocieron, después de siete horas de charla en la casa de Burzaco. Fernando y Roby ya le habían mostrado varias fotos de cómo estaba quedando el Viejo Almacén y el anfitrión hasta agarró la guitarra para tocar y cantar una versión muy sentida de "La pomeña". Siempre me los imaginé sentados alrededor de una mesa con mantel de hule en donde ya casi no quedaban facturas, solo esas pieles que van perdiendo los cañoncitos de dulce de leche y un sánduche de miga seco. Pero todo eso es imaginación mía. El diálogo, según mi papá, fue más o menos así:

—Así que van para allá... —dijo Iturbe.

Mi viejo y Fernando se quedaron en silencio como esperando el remate, estaban hacía horas hablando sobre eso, lo que volvía extraño que la intervención terminara ahí.

—Es lindo allá... Medio peligroso ir solos, pero muy lindo — reforzó el tucumano sin mirar a los ojos a nadie, con mucha menos sutileza de lo que él creía.

—Y bueno, venga con nosotros —dijo Fernando.

—¿Le parece? Y bueno, podría ser.

La seducción que se arma entre hombres adultos heterosexuales por su incapacidad de demostrar interés o amor es algo fascinante y poco explicado. A veces se menciona con palabras más bruta y varoniles como *códigos* o *rosca* pero es seducción pura. Frases inconclusas tiradas al aire, tonos, pausas, señales que se envían y señales que se leen, todo por no poder decir "Che, me caen bien, quiero ir al viaje con ustedes". Se sienten bueyes midiéndose la fuerza a cabezazos pero son aves mostrando las plumas en una danza de apareamiento.

El jardín de Villa Adelina se llenó de olor a pasto fresco después de la pasada de la bordeadora. Mi papá se sienta en una silla de plástico por primera vez en casi una hora de conversación. Lo que pretendía ser una charla relajada en vísperas de un asado terminó siendo una maratón de actividades de jardinería. Pero está bien: si lo que se hereda no se roba, tampoco se critica. Y son varias las cosas que heredé de él, no solo la inquietud: la risa fuerte, el culo plano, el sueño que me da cuando veo una película, el desorden.

—Ahora hay que ver qué pasa con el Viejo Almacén —dice—. Ya está a la venta.

El proyecto Viejo Almacén fue pensado para hacer este viaje que acaba de terminar, así que su destino, ahora que ya volvieron, es incierto. Se lo compraron a un tipo que se llama Francisco Torrese, un isleño al que mi papá y Fernando conocen desde hace muchos años por pasarse tanto tiempo dando vueltas por el río. Aunque decirle barco a eso que compraron es muy generoso. Era solamente el casco de una antigua chata maderera de doce metros de largo construida en 1931. No más que eso. Un esqueleto viejo, un boceto. El período de construcción de la estructura duró aproximadamente seis años, entre 2010 y 2016. Eso es lo que tardaron en poder tirarlo al agua y que flotara. Para el interior de la cabina y las terminaciones se tomaron unos años más. Lo hicieron con Torrese, que no solo es ingeniero naval de oficio, sino que además es carpintero, electricista, mecánico y asador. Fernando y mi viejo viajaban al Delta todos los fines de semana a verlo y a llevarle materiales que iban comprando o recolectando.

—Con Fernando recorrimos todos los desarmaderos del conurbano. También de repente algún amigo nos decía “Che, mirá que están tirando cosas de un edificio en Retiro” y nos íbamos para ahí a ver si algo servía.

Las tablas del casco son de muchas maderas diferentes. Algunas de incienso, otras de ibirapitá, otras de lapacho, y otras de guayubira, básicamente porque era lo que iban consiguiendo. Las puertas y las ventanas las habían tirado de una oficina y se las cargaron en el techo del auto. Mi tío, que tiene una bulonera en Caseros, les dio cientos de tornillos y les regaló una bocina de tren

que suena a niveles delirantes. Y así, estos dos viejos cirujas fueron consiguiendo las piezas para construir su barco, la chata que los llevase a la aventura de sus vidas. “Uno no hace el viaje, es el viaje el que lo hace a uno” escribió John Steinbeck. Y así fue: la obsesión por el viaje los convirtió, les cambió sus rutinas, sus sueños, sus lecturas, sus conversaciones. El viaje los hizo a ellos mucho antes de zarpar.

Pero a este Frankenstein de maderas recauchutadas y aberturas recicladas le faltaba lo más importante: el corazón.

—El motor que tenemos es un caño —dice mi papá, orgulloso—: un Mercedes 1114, el típico motor de camión. De hecho es usado, así que probablemente lo haya sido en el pasado.

Me gusta pensar en que ese 1114 alguna vez hizo andar un camión por las rutas argentinas y que, como casi todos los camiones del país, enfilaba seguido para el litoral y después para Brasil y que por algún motivo quedó atrapado en ese camino. Un espíritu que después de una promesa incumplida al Gauchito Gil o a San la Muerte quedó encerrado en un motor gasolero y cuya única forma de liberarse era volver al Pantanal llevando a estos dos señores delirantes a cumplir su misión.

Desde afuera, el barco parece una lancha almacén del Delta del Paraná. Fondo chato, la timonera adelante y tres ventanas cuadradas con los ángulos redondeados tipo colectivo de línea. Mide doce metros por tres cincuenta, un poco más ancha y más corta que las típicas colectivas. Adentro tiene cuatro cuquetas, una cocina y un baño con el tamaño justo para que entre un inodoro. Casi todo es de madera. En la popa, arriba del motor, hay un espacio, como si fuese un patio, en donde entran cuatro sillas y una mesa, y el techo, igual que en las lanchas colectivas, se usa como espacio de guardado. El casco es de un celeste verdoso muy lindo y muy usado en las embarcaciones de la zona, la cabina es blanca y en el medio los separa la borda, pintada de amarillo, en donde dice, todo en mayúscula “Viejo Almacén”.

El nombre tiene varias capas de significado. Obviamente juega con su parentesco físico con las lanchas que pasan dos o tres veces

por semana abasteciendo el Delta de alimentos, hielo y cerveza. Pero hay más.

—Todos los barcos que tuvo Fernando tenían nombres tangueros —dice mi viejo mientras se para porque ya estuvo demasiado tiempo quieto—: el Percanta, el Milonguita..., y bueno, acá calzaba perfecto.

“Percanta que me amuraste en lo mejor de mi vida” canta Gardel en “Mi noche triste”, el primer tango que grabó en su vida. En “Mano a mano”, un tango que también es de Gardel y que luego reversionaron Hugo del Carril, Edmundo Rivero, Julio Sosa y Goyeneche, dice “Como juega el gato maula con el mísero ratón”. Así que Fernando le puso Gato Maula a un barco que tuvo y Mísero Ratón al bote que llevaba remolcado.

El Viejo Almacén es un bar de tango que fundó Edmundo Rivero en el 69. Está sobre la avenida Paseo Colón, en San Telmo, y se llama así en honor a “Sentimiento gaucho”, un tango mucho más viejo de Juan Adrián Canaro que, para variar, también grabó Gardel y dice: “En un viejo almacén del Paseo Colón,/ donde van los que tienen perdida la fe,/ todo sucio, harapiento, una tarde encontré/ a un borracho sentado en oscuro rincón”.

—Me acuerdo una vez que fuimos a la Ciudad Deportiva de La Boca. Acabábamos de terminar quinto año y volvíamos caminando por Paseo Colón para tomar el tren en Retiro, Fernando estaba también. Y en eso pasamos por el Viejo Almacén —me cuenta—. Quisimos entrar pero no nos dejaron, no me acuerdo si por la pinta, por la guita o por la edad, no sé. El tema es que nos quedamos en la vereda y lo escuchamos cantar a Edmundo Rivero desde la calle, nos dio una bronca.

Ya es mediodía en Villa Adelina, habría que ir prendiendo el fuego. “Habría que”, mi papá odia ese sintagma.

—¿Tus cosas bien? —me pregunta.

—Bien, sí.

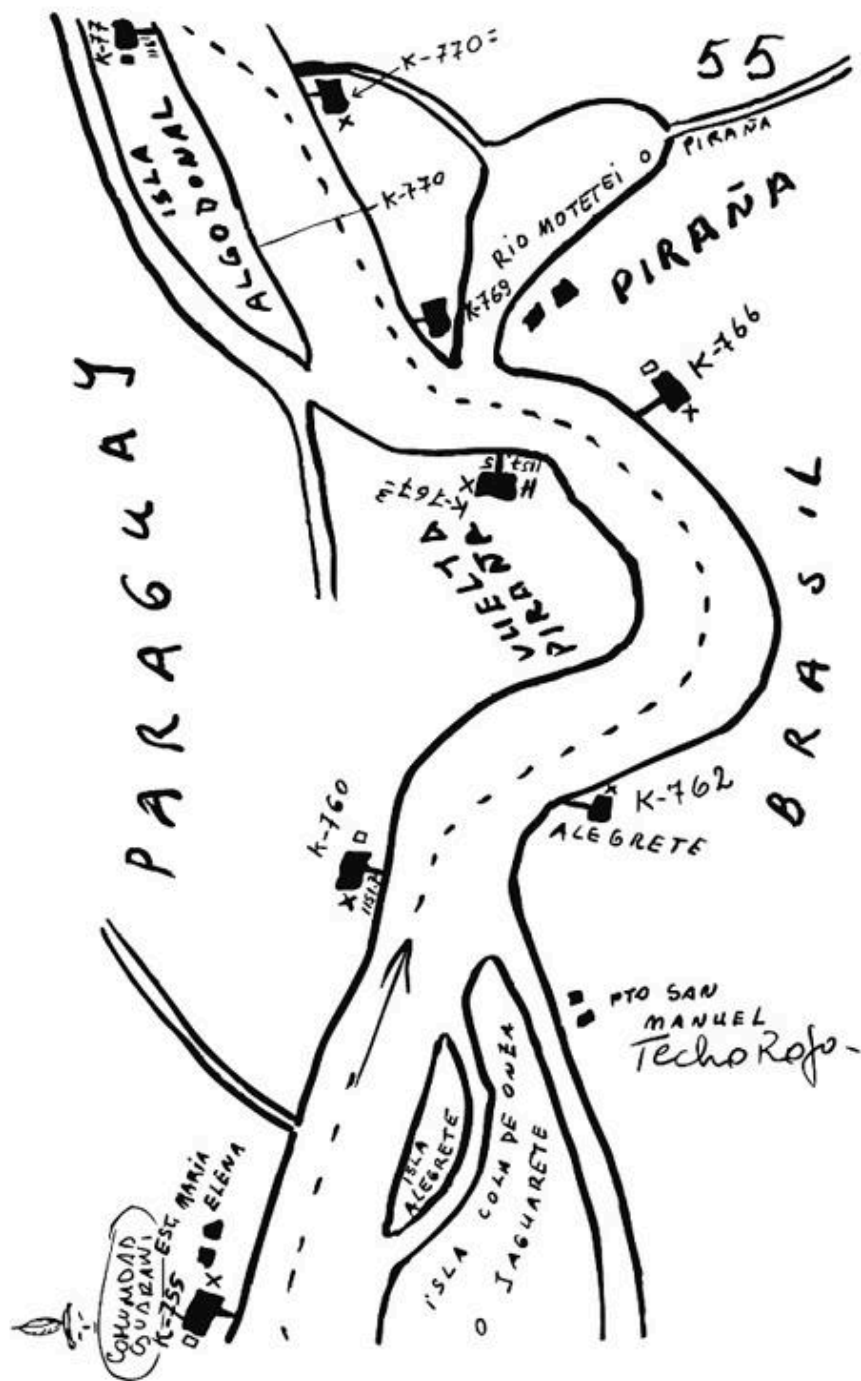
Ante mi respuesta breve y concisa me doy cuenta de que siente alivio. Nos cuesta un poco hablar si no hay un tema concreto. El trabajo, el fútbol, el viaje, mis hermanas. “Tus cosas” es un concepto demasiado abstracto, no nos va a salir abordarlo, por eso le respondo tan corto, para sacármelo de encima. A la mayoría de mis

amigos les pasa parecido con sus padres. Son escurridizos los viejos, no es fácil engancharlos en una conversación que no tenga que ver con el afuera. Requiere de cierta astucia, de saber camuflar los temas más profundos entre resultados deportivos, novedades de la vida cotidiana y anécdotas del pasado.

—¿Tuviste miedo en algún momento del viaje?

—Creo que no, no sé. Esperame que quiero ver si a tu hermana le falta mucho así voy prendiendo el fuego.

Se me escapó. Es un pez de río, embarrado, resbaladizo; un gran surubí. Ya va a picar.



BITÁCORA DE ROBY EN SU VIAJE AL PANTANAL

27 DE JULIO DE 2024

Vi al Viejo Almacén zarpar desde la costa. Es decir, yo estaba en tierra firme cuando empezó el viaje, lo vi alejarse hasta desaparecer por el río Luján. La sensación fue rara, un tanto decepcionante por todas las veces que me había imaginado la zarpada estando a bordo, tocando la bocina, timoneando las primeras millas, dejando atrás las costas que ya conocíamos. Pero bueno, cuestiones logísticas. Todo por el puto calefón del barco que se fue a romper cuatro días antes de salir. Aunque mejor cuatro días antes que cuatro días después. En fin, el tema es que me tocó llevarlo a arreglar a mí, porque Fernando no maneja auto (por chicato). Es un calefón chiquito, del tamaño de una valija.

Se lo veía cargado al barco, si no fuera por su pasado de chata maderera y su experiencia transportando toneladas de palos por todo el delta, le hubiese tenido un poco menos de confianza. Pero no, es rendidora la vieja. Ni la suma de toda nuestra ropa, la comida, todos los repuestos de motor que exageradamente decidimos llevar, la hélice de emergencia, el tanque de agua, los libros y las cajas de vinos pudieron ponerla en jaque.



Yo salí cuatro días después, destino a Rosario, en donde quedamos con Fernando que los interceptaría. Con un bolsito de mano y el calefón me subí a un Chevallier que paró como cuatro veces antes de llegar. Serían las dos de la tarde y al lado mío viajaba una señora con olor a fijador de pelo que me hizo acordar a mi vieja, que casualmente también era rosarina, aunque odiara que se lo recordaran. "Vos me haces sufrir con estos recuerdos" me decía cada vez que le preguntaba cosas de su vida a orillas del Paraná.

Esos recuerdos, hasta donde sé, fueron en un barrio bastante pobre y periférico de aquel Rosario de la década del 30. Nina, lo poco que contaba era que por la puerta de su casa pasaban las mujeres de los presos caminando al penal que estaba a un par de cuadras de ahí. Las esposas y las prostitutas, porque era un barrio de mucho prostíbulo. También supe que tenía una abuela que se llamaba Kilyla, que era su abuela paterna y que fue la que la terminó criando porque su padre armó otra familia, a punto tal que mi vieja siempre nos dijo que su papá estaba muerto, algo que me enteré de

grande que no era verdad. De la casa sé que era bastante pobre, con cocina a leña y el baño afuera, y que dormían todos, la abuela, los tíos y Nina, en la misma habitación.

Cuando fuimos con Mavi a Rosario pasamos por la dirección de esa casa pero ya no era lo mismo, supongo, se había vuelto un barrio pituco. Bah, no pituco pero con mucho boliche de pendejos y de esos restaurantes con poca luz que no ves una mierda lo que estás comiendo.

Los viajes con Mavi a Rosario habrán sido tres o cuatro, durante sus últimos dos años. Íbamos a ver al Padre Ignacio, un cura que nació no recuerdo si en Bangladesh o en dónde, pero que vive en la Argentina hace años y recibe a miles de personas por fin de semana. Me acuerdo que la primera vez que lo fuimos a ver tuvimos que hacer una fila de horas y horas, y que apenas el tipo la vio a Mavi, antes de que ella le dijera ni una palabra, le tocó el pecho y le dijo que tenía un cáncer de mama, fue muy impresionante. Después volvimos varias veces, algunas con Marquitos y otras solos los dos. Aunque ya estábamos separados dormíamos en el mismo cuarto. Así fue todo ese proceso, éramos pareja solo cuando ella lo necesitaba.



A mí el cura me dijo que tenía que ponerme agua bendita en la cabeza todas las mañanas. Algo que, no tengo idea por qué, respeté a rajatabla desde ese día, que fue hace veintidós años, hasta hoy. Y cuando digo todas las mañanas son todas las mañanas... Cada vez que me fui de viaje, sea adonde sea, me llevé un frasquito. Incluso tengo uno acá en el barco. Es raro, porque mi relación con lo clerical siempre fue bastante tormentosa. Bah, tormentosa..., siempre me parecieron unos hijos de puta. Salvo los salesianos y los jesuitas, ahí hay buenos tipos. Pero esto era otra cosa, en la espiritualidad sí creo.

En fin, me fui a la mierda. Llegué al barco en taxi, a un amarradero que está en frente del Gigante de Arroyito. Ahí me esperaban Fernando y Adrián en el Viejo Almacén, e Iturbe, María y Ringo, el perro de Adrián, en El Conquistador. Me encontré con caras un poco más estresadas de lo que me esperaba porque resulta que al segundo día también se rompió feo el inodoro de nuestro barco. Por suerte unos amigos que suelen viajar bastante nos habían hinchado mucho las pelotas para que trajéramos un repuesto y Fernando ya se había ocupado de cambiarlo. Al tacto, como hace siempre. Va tocando las piezas y así se las arregla. Si no se termina de decidir, agarra el tornillo o el repuesto en cuestión y se lo acerca a (literalmente) cinco centímetros de la cara para chequear.

La sensación de entrar al Viejo Almacén fue linda. Obviamente conocía cada cucheta, cada rincón, como si los hubiese hecho yo, pero aun así había algo nuevo en esa vez. Dejé mi bolso en la cama y nos pusimos a instalar el calefón. Porque así empiezan las aventuras en la vida real, con amigos arreglando un calefón. A la noche comimos arroz con atún y descorchamos el

primer tinto de la travesía. El primero de muchos. Y un traguito de whisky de postre.



La navegación propiamente dicha empezó a las seis de la mañana, hace un par de horas. El Paraná, con sus olas chiquitas y el naranja del amanecer, parecía una autopista de cobre. Tardamos un rato en cruzar por debajo del puente Rosario-Victoria y casi inmediatamente después vimos a babor el Remanso Valerio. El de la canción de Fandermole, la del Cristo de los pescadores, donde el cielo remonta vuelo. Siempre me hizo llorar como un chico esa canción así que la puse a sonar en el teléfono en el momento exacto en el que pasamos por ahí. "Cristo de las redes, no nos abandones", lindo rezo para empezar un viaje como este.

"Agua del río viejo, llévate pronto este canto lejos."



Ciervo de los pantanos nadando en el río.
(*Blastocerus dichotomus*).

II

Estamos atrapados en su auto porque nos agarró un embotellamiento en la Panamericana, a la altura del Camino del Buen Ayre, justo en esa parte en donde el río Reconquista invade todo con olor a podrido. Vamos a ver a mi hermana, a Escobar, a un cumpleaños al que llegaremos por lo menos una hora tarde porque el tráfico está totalmente quieto.

—Esta mierda se volvió loca, hace lo que quiere —se queja mi papá mientras le da un golpe seco al estéreo del auto, como si fuese una tele de tubo— salta de radio en radio, ya no sé ni quién carajo es el que habla.

—¿Escuchaban radio allá?

—¿En el viaje? No, nunca terminaba de enganchar el dial, no sé qué les pasa a estos aparatos últimamente. Lo que usábamos era la radio del barco para hablar con los empujes.

Los empujes son uno de los mayores peligros de navegar en estos ríos anchos y con tanto tráfico comercial. Barcos que tienen hasta doscientos metros de largo, que van empujando de a quince o veinte barcasas y que tienen muy poca capacidad de maniobra, por lo que uno tiene que adaptarse por completo a sus movimientos. Son titanes lentos que transportan cereales, combustibles, autos, y lo que sea que entre en un container. Gobiernan el río, su tranco genera olas bastante grandes y por eso es mejor pasarles lo más lejos que se pueda y coordinar con ellos si conviene quedar a babor o a estribor.

—La enorme mayoría de los capitanes de los empujes son amabilísimos, paraguayos —dice mi viejo, que vuelve a usar su recurso del dato aleatorio que refuerza una idea aparentemente ajena—. Vos los llamás por la radio y los tipos te dicen dónde ubicarte para que las olas no te den vuelta. Algunos nos sacaban fotos, porque no entendían qué hacíamos ahí.

Los primeros días de navegación fueron bastante tranquilos. Aunque la correntada del Paraná de las Palmas presentaba resistencia constante, la proa del Viejo Almacén nunca dejó de abrirse camino a un promedio de nueve kilómetros por hora. En ambos lados, las costas además de estar cubiertas de los típicos juncuales de la zona mostraban pequeñas pendientes producto de la falta de agua que sufría y sufre toda la región. Algunos cargueros abandonados y estructuras de hierro oxidado daban la sensación de ser los cadáveres de una promesa de desarrollo que nunca terminó de cumplirse. El paisaje lo completa cada tanto una casita, o un pescador, o un rebaño, o los cientos de garzas y teros que parecieran coordinarse para cantar. Y el agua, imposible no mencionar el agua y su corriente barrosa que, si se detuviera, uno podría temer que lo que en realidad paró no fue el río sino el mundo entero.

—¿Tenían un objetivo en particular? ¿O era más llegamos a Corumbá y volvemos? —le pregunto, tratando de retomar, mientras bajo el volumen de lo que parece ser una AM deportiva mezclada con un pastor evangelista.

—Llegar era uno de los objetivos, claro. Y después ver un yagareté, eso queríamos..., ver uno de esos bichos.

En un viaje como este, son importantes las metas. Excusas para hacer, lugares adonde llegar, razones por las que moverse.

El primer animal que los sorprendió apareció durante el último tramo del río Paraná, antes de entrar a la provincia de Corrientes. Serían las once de la mañana cuando Iturbe, que iba unos treinta metros adelante, les avisó por la radio como si fuese un guía turístico que si miraban a estribor verían a un ciervo cruzar nadando los mil metros de ancho que tiene el río a esa altura. Muy rápidamente se dieron cuenta de que se trataba de un animal grande, de buen porte, aunque solo se le veía la cabeza, con una cornamenta muy poco desarrollada, y parte del cogote, que se movía como un pistón al ritmo de su nado. Una vez que llegó a la costa hizo dos pasos torpes para subir la pendiente barrosa del costado y rápidamente se dio vuelta a mirar los barcos. El ciervo sabía que estaban ahí incluso antes de que ellos pudieran haberlo

visto. Porque así son estas zonas y era importante que los tripulantes del Viejo Almacén y El Conquistador lo aprendieran a tiempo para el resto de la expedición: siempre hay un par de ojos viéndote. Aunque no te des cuenta. O un ave, o un ciervo, o un carpincho o un humano, siempre alguien te está mirando.

Unos kilómetros más tarde, ese mismo día, cuando navegaban bien cerca de la costa por la falta de agua, vieron a un yacaré de aproximadamente metro y medio que les mostraba los dientes mientras tomaba sol en el barro seco de la orilla. Iban apareciendo ejemplares de una fauna a la que no estaban acostumbrados. El paisaje se volvía cada vez más salvaje y a este grupo de viejos locos no les quedaba otra que obsesionarse más y más con la idea de llegar a mirar a un yagareté a los ojos.

El tráfico en la Panamericana no cede. Debe haber habido un accidente porque todo va más lento de lo normal. Mi papá y yo miramos al frente y dejamos algunas pausas largas entre las conversaciones. Uno creería que un embotellamiento es la situación ideal para intentar acorralarlo con preguntas. Que adentro del auto no puede prender la bordeadora, ni hacer un pozo, ni podar un árbol, que no tiene escapatoria. Pero no, este pez de río no necesita grandes espacios para escabullirse, le alcanza con sus mañas de siempre. Puede hablar del clima, de los modelos de autos que nos pasan por el costado, de mis hermanas, de algo que se rompió en su casa y lo tiene que arreglar, de cualquier cosa. Puede convertir lo que sea que esté a su alrededor en una distracción evasiva. Nada nuevo, trucos que tienen todos los padres.

—¿Y cómo era un día en el barco? —pregunto.

—Se laburaba bastante, pensá que a las seis en punto de la mañana estábamos prendiendo el motor sí o sí, todos los días. Y antes había que hacer la revisión de fluidos.

—¿Todos los días?

—Todos los días —dice, poniéndole un acento especial a la T que expone cierto grado de hartazgo—. Porque Fernando es un hinchapelotas grave con eso, está totalmente loco.

La revisión de fluidos requería un protocolo, “una ceremonia” dice mi viejo. Primero había que abrir la tapa del motor para que

Fernando se metiera al hueco. Después asegurarse de que el barco estuviera derecho, así que desde el fondo del agujero, Fer, con un vaso de agua que usaba de nivel, se fijaba hacia donde había que balancear el peso y gritaba “¡Adrián, ponete a estribor! ¡Roby más al centro!” y una vez que la línea del vaso estaba perfectamente horizontal, sacaba la varilla para medir el aceite. Pero eso no era todo. Como Fernando ve muy poco, mi viejo tenía que abandonar su posición e ir a mirar la marca. Y así fue todas las mañanas durante casi cuatro meses.

—Pero entonces, si no puede ver la varilla del aceite, ¿cómo ve el vaso?

—Es un misterio qué es lo que ve y qué es lo que no ve. Nadie entiende —dice mi papá, que ya resignó cualquier tipo de intención de ir cambiando de carril buscando un hueco o algo por el estilo, está entregado a la quietud—. Muchas de las cosas las hace por tacto, otras por sonido. Es bastante impresionante pero así también se manda cagadas. O sea, así como lo he visto desarmar una bomba de agua sin mirar, una vez tuvimos unos quilombos y se nos paraba el motor porque apretó mal un filtro. El tema es que él nunca te lo va a reconocer. Y si querés hacerlo vos, te deja pero te pone la cabeza ahí mirando a cinco centímetros. Al principio me daba una bronca tremenda, ahora ya lo acepté.

Fernando y mi papá son amigos desde cuarto grado. Es decir, su relación sobrevivió sesenta años de historia argentina, en donde siempre o casi siempre mi viejo fue el bohemio y Fer el conservador. Cuando terminaron el colegio mi papá hizo el ingreso a Medicina en la UBA y rápido empezó a militar en la Juventud Universitaria Peronista. Fer, en cambio, entró a Ingeniería Química y se mantuvo bastante al margen de la política. Una síntesis muy clara de aquel vínculo se dio el 21 de junio de 1973, un día después de la masacre de Ezeiza. Mi abuela estaba desesperada porque mi papá había ido a recibir a Perón y hacía veinticuatro horas que no tenía ninguna novedad de él más que lo que escuchaba en la radio: tiros, corridas y lo que todos ya sabemos que pasó. Entonces sonó el teléfono y era Fernando que, como estaba haciendo la colimba, justo ese día lo habían ubicado en un centro de comunicaciones al que llegaban las

listas con los heridos y los muertos. “Quédese tranquila, Nina, que si no figura acá es porque debe estar bien” le dijo y prometió que la volvería a llamar una vez por hora para confirmarle que no aparecía en ningún reporte. Y así fue, lo cumplió, hasta que quince llamados después, mi papá llegó a su casa, exhausto por los dos días de peregrinaje.

Después de eso, una vida juntos. Casas compartidas, hijos cuidados por unos y por otros, vacaciones familiares, préstamos, ayudas con la hipoteca, viajes, vinos, dolores, la viudez de mi papá, el deterioro en la visión de Fernando, la muerte de los padres y las madres, también de algunos amigos, miles de millones de litros de agua barrosa pasándoles por debajo. Una vida, en el sentido literal e histórico de la palabra. Una amistad de varones, silenciosa, de pocas palabras pero de mucho cuerpo. Porque así se sostienen algunos amores a veces, estando. Y ellos, sus cuerpos, estuvieron siempre.

—Yo sé que sin Fernando nunca hubiese podido tener este barco —dice mi papá—. Primero porque él financió una parte importante que le fui pagando con el tiempo, pero más allá de eso. Sin su obsesión, su meticulosidad, yo nunca hubiese podido... Aunque él sin mí tampoco, creo.

En mi caso, a Fernando aprendí a quererlo de grande. Pero no porque antes fuera malo, sino porque sus formas eran muy chocantes para un niño. Él siempre estaba haciendo cosas del barco y nunca te dejaba en paz, nunca podías jugar o no estar haciendo nada, siempre te encontraba una tarea. Los demás invitados a esas expediciones al Delta lo habían apodado San Cayetano, porque si te veía al pedo te conseguía un laburo. Barrer, trapear, sacar agua del motor con una esponja y un balde, ir a revisar las líneas de pesca, pelar papas..., él siempre encontraba algo para pedirte.

—Esas veces que salíamos juntos, siempre navegábamos por el Delta, ¿no? —pregunto en el auto—. ¿Nunca habían ido hacia el norte?

—Fuimos varias veces por el Delta hasta Uruguay, pero por el Paraná no. Solo de chicos, que íbamos a Entre Ríos, a una casa que tenía el Tano, un compañero del colegio, y pescábamos mojarritas en el arroyo Feliciano.

—¿Y pasaron por ahí esta vez?

—Sí, nos quedamos un par de días porque nos agarró una tormenta.

La primera tormenta llegó bastante rápido. Una sudestada fuerte que los obligó a quedarse lo más reparados que pudieran durante dos días. Es peligroso navegar con tanto viento y ni hablar si hay tormenta eléctrica. Así sé que fueron cuarenta y ocho horas de encierro, viendo caer los rayos a veinte o treinta metros y sintiendo la descarga del impacto en el pecho. Porque cuando un rayo cae tan cerca no hay ser vivo que pueda hacerse el boludo: es el miedo más primitivo de todos, una experiencia corporal a la que le temen todos los animales del mundo.

El cielo del litoral estaba demasiado oscuro para lo temprano que era. El arroyo Feliciano se veía aplastado por una cordillera de nubes grises que cada segundo parecía comprimirse más. El ruido de la lluvia tapaba hasta la voz de los pensamientos y volvía muy difícil la comunicación. En el Viejo Almacén se tomaba mate. Termos y termos de mate sin que nadie hablara, en ese estado de nirvana que podemos alcanzar los argentinos compartiendo una infusión. Ya no quedaba nada por arreglar, ni aceite por medir, solo esperar a que pasara el temporal, porque muchos de los desafíos de esta epopeya tuvieron más que ver con la lentitud y la paciencia que con la acción.

Cuando el ruido de la tormenta bajó su intensidad, mi viejo decidió quebrar el estado de silencio matero narrando en voz alta un fragmento del libro que venía leyendo: las *Aguafuertes del Delta*, de Roberto Arlt. Mi papá siempre leyó bien, es reconocido por eso entre sus amigos y en nuestra familia. Cuando veraneábamos juntos en Mar del Sur, él, que odia la playa, se la pasaba a la sombra leyendo y cada tanto, como si alguien le subiera el volumen de repente, empezaba a narrar. Siempre tuvo un truco: cambiaba palabras, agregaba frases y las metía en lugares estratégicos para que, una vez que estuvieras compenetrado con su relato, cayeras en su chiste. Su voz es grave y gigante, como la de un locutor antiguo, le sale del pecho, se escucha desde muy lejos por su resonancia.

No sé con precisión qué partes leyó en voz alta el día de la tormenta, pero en el libro que llevó están subrayados todos estos

fragmentos de un texto que se titula "La lucha del hombre" y que fue publicado por Arlt el 4 de diciembre de 1941.

Para sobrevivir en las islas hay que tener pasión por la libertad bucólica que nace de la fraternidad con la tierra y el árbol. Hay hombres que tienen la pasión del dinero que pueden producir el árbol sobre la tierra y esos están condenados a ver quebrados sus esfuerzos. Podrían tener éxito en la llanura o en las montañas, nunca lo tendrán en el Delta.

Allí fracasaron compañías organizadas para explotar la producción local. El albardón, el pajonal, la laguna, la tierra floja que casi nunca soporta el peso de un tractor, las alimañas que se multiplican, anularon el esfuerzo de sociedades que para prosperar tienen que contabilizar el esfuerzo. La pala y la guadaña de hoja corta son los únicos instrumentos que permiten abrirse paso en ese reducido espejo del infierno verde.

De allí que las islas han sido colonizadas, no por hombres que pretendían enriquecerse, sino por hombres que querían vivir sin que les fatigaran la dignidad. Claro está que muchos de ellos no sabían absolutamente de la existencia de esta palabra. Para ellos el problema era más simple. No estaban dispuestos a continuar trabajando en la ciudad. Querían vivir sin tener que luchar personalmente con el hombre. No es el caso de describir batallas, pero el salvaje combate a librar con la naturaleza les pareció preferible a todas las calamidades que la civilización vierte a cubos sobre la cabeza del pobre. (...)

Así se resistieron. Así sobrevivieron. Este es el término. Cada hombre que podemos ver en el Delta es el sobreviviente de una multitud de fracasados. De allí que esta lucha en las islas les conformó una voluntad de hierro, un sentido de independencia y una individualidad tan extraordinaria que yo diría que el Delta argentino es uno de los pocos lugares del mundo donde aún existe un puñado de hombres libres.

Poco importa que algunos de estos hombres libres sean analfabetos o que en ciertas circunstancias se comporten como unos perfectos brutos; lo importante es que allí descubrimos asentada una casta de hombres cuya fuerza moral es un suceso.

—A vos siempre te interesaron los isleños, ¿no? ¿Por qué? —
pregunto cuando el tráfico al fin pareciera estar comenzando a destrabarse, a la altura de la ruta 202.

—Es que para mí el gran personaje del río es el islero. Tipos que quizás no tuvieron educación pero que no son ningunos brutos.

Gente que tiene una vida muy dura, que cuando la pasa mal, la pasa mal de verdad. ¿Te acordás del gordo? —dice refiriéndose a un isleño al que mi papá y Fernando le dieron una mano durante años, llevándole herramientas o ropa para los hijos—. El gordo, una vez que llegué a verlo, estaba limpiando una escopeta. La acariciaba como si fuese un perro de compañía. Y después de un rato me dijo “Con esta le di de morfar a toda mi familia”. Y cuando leímos el libro de Arlt, vimos que hace ochenta años la gente del Delta tiene los mismos problemas, no les solucionaron ni uno. Y sin embargo ahí están.

Pero a medida que el Viejo Almacén trepaba el continente por el río, la centralidad del isleño se traspasaba a otra figura importantísima de nuestro litoral: el pescador. Durante todo el tramo en el que el Paraná oficia de frontera entre las provincias de Santa Fe y Entre Ríos, se los veía desde el barco, en sus botes o en la costa, instalados en unas casitas muy precarias hechas con pedazos de silobolsas que ponen como si fuesen toldos, con la parte blanca para afuera. Se quedan varios días ahí, hasta que la pesca sea suficiente. Tiran desde el bote los espineles y las redes, esperando a ver si algún bicho muerde el anzuelo. Y así van recorriendo la zona, *remanseando*. Remando con sus botes por la parte cercana a la orilla, donde no hay correntada, y avanzando quinientos o seiscientos metros antes de largarse a cruzar el río que a veces puede ser muy ancho y la corriente muy fuerte.

Sus cuerpos son diferentes a los de un ciudadano cualquiera, están fusionados con el barro y los juncos.

—Una vez bajamos a comprarle un dorado a un pescador que estaba ahí en un muellecito muy precario. Cuando el tipo me dio la mano, fue como si toda su piel fuese un callo o una raíz —dice mi papá soltando las manos del volante para mostrarme sus palmas que no parecen un callo pero que igual están arrugadas y tienen marcas—. Era piel dura, rasposa. Cincuenta años de laburo en la mano.

Según mi viejo, hay una postura que se repite en todos los pescadores. Una forma de pararse en la proa del bote, agazapados, con las dos piernas abiertas para no perder estabilidad. Encorvados,

con la mirada en el río, levantando las redes, con sus hombros como el punto más alto del cuerpo. Todos se paran de la misma manera, todos lo aprendieron de otro, una ciencia heredada, pasada de generación en generación. "Somos como todos los demás laburantes pero con olor a pescado" les dijo un pescador correntino.

Los tripulantes de la expedición al Pantanal no solo fueron mi viejo, Fernando e Iturbe. Viajaron dos personas más. Adrián en el Viejo Almacén y María en El Conquistador. Adrián es un hombre de cuarenta y cinco años, petiso, barbudo y robusto como un carpincho. Mi papá lo conoció hace más o menos una década, cuando lo contrató como plomero, después como albañil, después como pintor y después como un comodín para hacer las tareas para las que a mi viejo no le iba dando el cuerpo. Se llevan mal, se tratan como enemigos, pero se quieren. Adrián tiene el carisma del Chavo del 8: habla cuando no debe, mete la pata, es bruto socialmente y hasta lo he encontrado, cuando todavía vivía en la casa de mi papá, durmiendo una siesta en mi cama o comiéndose una milanesa napolitana que había dejado en la heladera. Pero su inocencia hace que un segundo después de enojarse con él uno pase a ofrecerle una mantita o un vaso de coca.

Desde el primer día en el que Adrián se enteró del viaje insistió con ser parte de la tripulación. Se la pasaba contando que él amaba Paraguay, que era la tierra de sus abuelos, a los que les había prometido que algún día iría a conocer su patria y que no podía dejar pasar la oportunidad de hacerlo por río, porque él además era experto en pesca, y que realmente eran unos boludos si desaprovechaban la chance de comerse los dorados y las bogas que iba a sacar y hacer a la parrilla y que si un día llegaba a haber faltante de gasoil él era experto en chupar combustible con una manguera, y que si paraban en Asunción el conocía unas minas que seguro las podían invitar a pasar el día al barco y que a él no le importaba dormir donde fuera y que por favor, por favor y por favor. Mi viejo y Fernando, para sorpresa de todos, le terminaron diciendo que sí. Ninguno de los hijos, o de los amigos, lo podíamos creer. Porque estar encerrado cuatro meses en un barco con tu compañero de cuarto grado vaya y pase pero ¿con Adrián? Si no paraban de

pelearse. Si hasta para instalar un enchufe primero armaban un festival de comentarios pasivo-agresivos. Pero bueno, nadie hizo demasiadas preguntas porque los que viajaban eran ellos y lo cierto es que había un punto que a todos nos tranquilizaba un poco y era que a estos dos señores de setenta y tres años no les vendría nada mal un cuerpo más joven que pudiera aportar un poco de fuerza cuando fuera necesario.

Pero lo que de verdad nadie esperaba era que Adrián pusiera a prueba tan rápido la decisión de aceptarlo y que el día de la zarpada llegara al Viejo Almacén acompañado de un perro petiso y gordo bastante parecido a él.

—Ese día casi lo mato —me dice mi papá, negando con la cabeza—. Llegó con ese perro inmundo y cuando le pregunté qué carajo hacía me puso cara de lástima y me dijo “¿Y con quién querés que lo deje?”. Decí que el bicho terminó viajando en El Conquistador, si no era para quilombo —me cuenta, refiriéndose a que dos días después de salir de Buenos Aires, cuando estaban amarrados en Villa Constitución, Ringo, el perro de Adrián, saltó a El Conquistador y nunca más quiso volver a navegar con su dueño, algo que por supuesto generó burlas durante todo el viaje. “Callate, vos, que hasta tu perro te odia” le decían cuando se ponía pesado. A lo que él contestaba que no, que simplemente era un animal independiente que hacía lo que quería.

María también tiene cuarenta y algo y fue la última tripulante en sumarse a la expedición, sin contar al perro, claro. Es artista, trabaja con muchas técnicas y materiales diferentes, desde la cerámica hasta la proyección digital, y su obra está centrada en los territorios vinculados a las orillas. Llegó a subirse a El Conquistador porque conoció a Iturbe en un cumpleaños de un amigo en común y cuando él le contó del viaje que estaba por hacer, le dijo que había ganado un fondo y que podía aportar plata para el combustible o para lo que hiciera falta, que sus padres la habían llevado al río desde que era un bebé así que sabía moverse perfectamente en un barco, que sabía algo de mecánica, que era muy fácil convivir con ella, y que si no la llevaba lo iba a cagar a trompadas. Iturbe aceptó rápido y con una sonrisa. Quizás influyó que a él tampoco mi viejo y Fer le habían

hecho un casting el día que lo visitaron, o quizás no, no lo sé. “Salimos en tres semanas, si vos te la aguantas, vamos” le dijo el tucumano y ella agarró viaje.

Aquel día de la tormenta en el arroyo Feliciano, cuando la lluvia y los relatos de Arlt ya habían parado, María agarró el bote auxiliar de El Conquistador y sin avisarle a nadie encaró para la orilla. Esperó a que se hiciera de noche y cuando estuvo lo suficientemente cerca de la costa, apagó el motor fuera de borda y dejó que el río la moviese a su merced. Solo se escuchaba el ruido tenue del agua chocando contra el bote y contra los juncos. Esperó en silencio durante veinticinco minutos hasta que la oscuridad fue plena y con un proyector portátil reflejó en la pared verde que se formaba en la maleza una foto que había sacado hacía un par de días: la de dos pescadores, parados con las piernas abiertas, agazapados en la proa de una lanchita y levantando el espinel. Solo se veían las siluetas iluminadas sobre el verde, el resto era un fondo negro. Las siluetas de dos pescadores que en ese momento parecían dioses. Dioses agachados, dioses trabajando, dioses sucios. Algo difícil de ver.

—Era impresionante —dice mi viejo, con los ojos llorosos—. Todo totalmente oscuro y esas figuras iluminadas que solo se movían cuando alguna ola sacudía el bote, extraordinario. Después te muestro porque la gracia era que ella a eso le sacaba una foto para exponer.

Así que esta era la tripulación completa de la travesía al Pantanal. Dos viejos amigos concretando el plan de jubilación que idearon durante quince años, un vasco tucumano tan adicto a la aventura que fue incapaz de resistirse a la idea de volver a atravesar el continente, un arregla tutti saldando una deuda pendiente con sus ancestros, una artista obsesionada con las costas del litoral y un perro gordo que odiaba a su dueño. Juntos por tres o cuatro meses, lo que tardaran en ir y volver de Corumbá, o el tiempo que les llevara enloquecer.

El siguiente puerto, después de los días que pasaron refugiados por la tormenta en el arroyo Feliciano, fue La Paz, el último de Entre Ríos antes de entrar a Corrientes. Mi viejo lo recuerda como un pueblo hermoso, en donde estuvieron cuarenta y ocho horas y

visitaron un centro cultural con el que María había hablado previamente.

—Lo difícil fue amarrar, porque había muy poca agua y el muelle estaba hecho mierda. Estábamos arruinados, la verdad. Fue la primera vez que sentimos el cansancio y el hastío durante el viaje — dice mi papá, que aunque ya no estamos embotellados mantiene el ritmo lento, como si le diera prioridad a recordar por sobre manejar.

Habían sido dos días cansadores, con la tensión que significó la tormenta y las dificultades de no poder bajar a tierra, intentando refugiarse en el medio del río. Así que lo único que esperaban al llegar a La Paz era descansar, caminar un par de cuadras por tierra firme y dormir un poco. Algo que no fue tan sencillo, porque a la hora de la siesta los sonidos graves de un parlante empezaron a anticipar el gran evento que estaba por arrancar: la fiesta del surubí entrerriano. Una fiesta provincial a la que no paraban de llegar lanchas, doscientas cincuenta para ser exactos, que iban siendo recibidas y nombradas una a una por un locutor que hacía de maestro de ceremonias. Una fiesta en donde los pescadores son presentados como pilotos de Fórmula 1 y en la que todo el pueblo se reúne a orillas del río para ver quién se lleva el primer puesto ese año. Aunque hay un rasgo que me parece importante aclarar: los que compiten no son los pescadores de los ranchos hechos con silobolsa, los de las manos de callo. Para esos no hay premios, no hay entradas triunfales. Tendrán que conformarse, si es que lo vieron, con el homenaje de María al proyectarlos en la maleza esa noche de tormenta. Y todo indica que sí, que lo vieron. Porque así es el río: aunque no te des cuenta, siempre hay alguien mirando.

III

De La Paz a Goya hubo tres días de navegación en los que la mayor dificultad fue encontrar las zonas de profundidad en el río. Por momentos tenían que bajar la marcha, mirar las cartas e ir chequeando con el Ecosonda, el aparato que mide la distancia entre el fondo y el casco del barco, dónde encontrar las canaletas en las que la hondura fuera navegable. Los ánimos estaban bien, el parate después de la tormenta no solo les había servido para descansar sino también para ganar esas primeras capas de fortaleza que necesitan los grupos y que únicamente se consiguen después de superar una adversidad. Habrá sido por eso que ninguno de los obstáculos que tuvieron esos días, como las fallas en el cargador de baterías del Viejo Almacén, ni la rotura de la bomba de agua de El Conquistador, fueron tomadas con demasiado dramatismo.

El paisaje se mantenía bastante parecido al de la última semana: los campamentos de pescadores hechos con silobolsa, barro en las costas, algunas zonas con pendientes y horizontes verdes.

La llegada a Goya fue a eso de las seis y media de la tarde, por un riacho al que costó tenerle confianza por la poca cantidad de agua que traía pero que finalmente, con algo de paciencia, se pudo navegar. Habían avisado por radio que llegarían, así que Lisandro y Andrés, los encargados del Club de Pesca y Náutico de Goya, los esperaban con una cerveza. El lugar era muy cómodo, por lejos el más confortable desde que habían salido de Buenos Aires hacía exactamente dos semanas. Tenía un restaurante con mesas al aire libre desde donde se veían salir las lanchas que bajaban por una rampa de cemento para empezar sus expediciones de pesca nocturna en busca del dorado o el surubí más grande que pudieran atrapar. El clima era perfecto, podría haber sido caluroso pero la brisa fresca de la costa lo emparejaba en el punto justo.

—Imaginate, después de navegar todo el día, ya estaba anocheciendo y se veían las lucecitas de los barcos por toda la costa. Era París, la París correntina —dice mi viejo mientras vemos San Lorenzo vs. River, el único partido que le importa en todo el campeonato, porque hace mucho que no mira fútbol con interés. Mira canales de deportes, ve los partidos, pero no se involucra ni se calienta, salvo que sea contra River. Contra River, sí. Porque mi papá antes de ser hinch de cualquier equipo, es anti-River. No por cuestiones futbolísticas, ahí hay algo más, una espina de otro palo.

Hasta comienzos de la década del ochenta mi viejo era de Boca. Iba a la cancha, gritaba los goles, se alegraba en los triunfos y puteaba en las derrotas. Un hinch común, un bostero. El problema fue el verano de 1983, ese maldito mercado de pases en el que Boca compró a Juan José López, que no solo había sido estrella de River como jugador, sino que además había salido un par de veces con mi mamá, antes de que mi papá y ella se conocieran haciendo la residencia en el hospital Castex de San Martín. Ahí se dio el desarraigo, la expatriación. En el momento en el que mi viejo se imaginó teniendo que gritar un gol de J.J., de la bronca que sintió, decidió cambiar de equipo y adoptar al ciclón de Boedo como nuevo cuadro. Una decisión rara que pone a competir entre sí diferentes mandatos de la masculinidad argentina. Y a mi vieja contra Boca.

—Qué tipo desagradable Gallardo.

—Es terrible —contesto yo, que si bien no heredé a San Lorenzo, sí me tocó su antigallinismo.

—¿Qué te estaba contando? ¡Ah, sí! Goya... Linda ciudad, che. Y buena gente.

Después de la primera noche en la París correntina, la prioridad era ocuparse de las reparaciones que necesitaban los dos barcos. Así que Adrián fue el encargado de ir a recorrer las casas de repuestos con una única indicación: que no lo caguen. “¿Sos boludo? Los tengo de hijos a todos los ferreteros, desde Tigre hasta San Martín, mirá si me va a cagar un correntino”, se fue diciendo mientras los demás lo callaban como a un chico, diciéndole que no fuera maleducado porque si lo escuchaban y lo cagaban a palos se la iba a tener que bancar solo.

—A veces lo quiero matar —reflexiona mi viejo y no queda claro si se refiere a Adrián o al cuatro de San Lorenzo, que acaba de mandar un centro directo al lateral.

Ese primer día tuvieron que contratar un flete para ir a llenar los bidones de gasoil a una estación de servicio cercana. Empezaba a pasar algo que sería una constante durante un buen tramo del viaje: la escasez de combustible. También caminaron un poco por el centro, aprovechando que en Goya no hay barrancas ni grandes pendientes como en los puertos en los que venían parando. A la media hora de caminata, lo cruzaron a Adrián saliendo de una ferretería con una sonrisa triunfante seguida de una guiñada de ojo.

—Listo, el jueves está acá la bomba —dijo como si acabara de cerrar un trato millonario con algún fondo de Wall Street.

—¿Recién el jueves? —le reprochó Iturbe—. ¿Qué vamos a hacer cuatro días en Goya?

—Y qué sé yo... La tienen que traer de Buenos Aires me dijo.

—Qué la van a traer de Buenos Aires, si es una bomba de mierda. ¿Cuánto te cobraron? —insistió Iturbe con una irritación un tanto desacostumbrada en él.

—Ciento cincuenta lucas, por el flete —dijo Adrián, abandonando la pose ganadora.

—¡¿Ves que sos un pelotudo?! ¡Te vieron la cara! —lo apuró Iturbe, que si bien estaba en lo cierto, se notaba que su enojo tenía que ver con otra cosa.

—Bueno, ya está, vasco. Son unos días nomás, se pasan rápido —intercedió mi viejo para bajar un poco la tensión y lo miró a Adrián —: Y vos, boludo, a ver si te hacés un poco menos el canchero, que es eso lo que da bronca.

El clima del grupo quedó raro por primera vez en lo iba del viaje. Cuando llegaron al muelle, Iturbe se puso a ordenar la cubierta de El Conquistador y mientras corría de lugar las bateas y los baldes, sus movimientos eran bruscos. A diferencia de casi todo el resto del tiempo, no tarareaba ni silbaba ninguna melodía.

María había salido a conocer un centro cultural con el que se había contactado previamente y Adrián intentaba jugar con Ringo, sin demasiado éxito. “Es increíble lo poco que te quiere ese

perro, yo nunca vi algo así”, opinó Iturbe desde el otro barco, en un tono que, si bien no era del todo amigable, ayudó a romper el silencio nervioso de la última hora y media.

Dos horas más tarde, cuando ya eran casi las nueve de la noche y Fernando tenía la cena encaminada, volvió María. Estaba acompañada por una mujer de aproximadamente cincuenta años, petisa, de rasgos guaraníes, con los ojos y el pelo tan negros que se confundían con la noche.

—A ver, viejos, si cambian la cara que traje a una amiga —dijo María unos pasos antes de llegar al Viejo Almacén, como dándoles tiempo a que se acomodaran en caso de ser necesario—. Ella es Mabel, una artista increíble de acá, de Goya. Es la directora y fundadora del museo de la ciudad. Mabel..., ellos son los viejos vinagres con los que estamos haciendo el viaje que te contaba.

Los capitanes levantaron la mirada y suspendieron sus actividades. Mi papá dobló una hoja para marcar por dónde iba y cerró el policial sueco que estaba leyendo, Fernando bajó el fuego y dejó de revolver la cacerola. “Que rico olorcito a pollo”, dijo Mabel, con ese sonido de “elie” inconfundiblemente litoraleño. Tenía una sonrisa chiquita y se la notaba genuinamente interesada en conocerlos. “No le dé manija que después hay que aguantárselo fanfarroneando”, acotó mi viejo.

—Mabel viene a invitarnos a una cena mañana en la casa de la cultura —anunció María—. Yo ya confirmé que íbamos todos así que esto es solo una formalidad para darnos la bienvenida a Goya.

La visita terminó por dejar atrás las tensiones del día. Hay algo en la impostación frente a los desconocidos que ayuda muchas veces a las parejas o a las familias a olvidar discusiones o a dejarlas para más adelante. Además, tener un evento les daba un poco más de sentido a los cuatro días vacíos que se venían en esta epopeya de la paciencia.

El día siguiente fue bastante tranquilo. Mi viejo aprovechó para caminar por la costanera y llegó hasta el puerto del transbordador que estaba fuera de servicio por la falta de agua. Después se quedó un rato mirando cómo unos niños de entre diez y doce años arreaban unos caballos a pastar a los hornos de ladrillos que estaban

a doscientos metros. Cuando se apoyó en un alambrado, al tocarse el mentón con la mano que le sostenía la cara, notó que su barba estaba más crecida de lo que la había usado los últimos treinta años y decidió que no se la cortaría hasta volver a Buenos Aires, una especie de promesa en la tierra del Gauchito Gil. Volvió al Viejo Almacén a eso de las cinco de la tarde a prepararse para la cena. Era un lindo atardecer el de Goya, musicalizado por los acordeones de diferentes chamamés que, de fondo, se fundían en un mismo sonido ambiente.

—Esto es un asco —se resigna mi papá, refiriéndose al partido que va 0 a 0 y me hace dar cuenta de que hace varios minutos que no le estoy prestando atención—. Uno más burro que el otro.

—¿Para vos lo cagaron a Adrián con la bomba de agua o era un mambo de Iturbe? —le pregunto.

—No tengas dudas, lo cagaron desde arriba de un puente, pero yo creo que al vasco se le jugaban otras cosas —dice mientras sube el volumen de la tele—. ¿Cómo puede ser que no sepan meter un centro al área estos tipos?

En la cena que arregló María había diez personas. Los cinco tripulantes de la expedición al Pantanal, Mabel, su asistente (que, según mi viejo, en realidad era su novia) y tres tipos de la Secretaría de Cultura del Municipio. Fue en un salón al lado del museo de doña Goya, la mujer que le dio el nombre a la ciudad.

—Hay varias versiones sobre quién era Gregoria Morales Alegre —arrancó Mabel, con los ojos puestos en una copa de vino que su asistente iba llenando de a poco—. De lo que estamos seguros es de que le decían “Goya” porque es el diminutivo de Gregoria, que tenía un almacén de ramos generales, que se casó con un portugués llamado Bernardo de Oliveira y que vivió en esta zona entre 1750 y 1781. Del resto se dicen muchas cosas...

Uno de los rumores más fuertes sobre la vida de doña Goya es que no solo era famosa por los quesos que vendía en el almacén sino que además regenteaba un prostíbulo en una isla que está frente a la ciudad, que hoy es conocida como Isla de las Damas, en donde paraban los marinos y contrabandistas que iban y volvían de Paraguay y Brasil.

—¿Y usted sabe si hoy en día continúa aquella tradición?

—Adrián, por favor... —rogó Fernando con tanta incomodidad como vergüenza.

Mabel no rio pero tampoco pareció molestarse.

—En todos los puertos por los que pasan hombres hay necesidad.

—Qué paciencia la suya, Mabel —dijo María—. Yo quería hablar sobre las poras y terminamos hablando sobre las putas.

En la mitología guaraní, las poras son seres que cuidan la naturaleza. Entidades fantasmales que habitan en los distintos elementos de la selva y aparecen para castigar al que está siendo ofensivo o poco cuidadoso con el entorno. La pora del carpincho, por ejemplo, es un carpincho blanco dos o tres veces más grande que un ejemplar normal, y suele aparecer en épocas de caza indiscriminada.

—Conozco muchos casos y testimonios de gente que se cruzó y fue atacada por esa pora —contó Mabel—. Primero te tienden una trampa, te hacen perseguirlos, te marean, y cuando ya lograron desorientarte por completo, te atacan. He escuchado de un hombre al que le cortaron un brazo y lo encontraron en un lugar al que hubiese sido imposible que llegara por su cuenta.

La anfitriona lograba lo que las buenas contadoras de historias: que sin tener que levantar el tono, todos los comensales, los creyentes y los escépticos, tuvieran la atención puesta en ella. Aunque no todos la miraran. Porque Iturbe, si bien se notaba que la estaba escuchando, sostenía sus ojos fijos y sin pestañear sobre un punto invisible.

Salvo unas pocas preguntas de María, que escuchaba fascinada, solo hablaba Mabel. Su relato ahora era sobre las diferentes poras que existen en la naturaleza. Desde las poras de algunos animales en particular, como unas ratas pequeñas que de un momento a otro se vuelven enormes, hasta la pora del río, que es una mujer extremadamente bella a la que llaman Ysy, que se les aparece a los cazadores y pescadores deportivos, y a los que tiran basura al agua o contaminan el ambiente. Su modus operandi, según los testimonios que recopiló Mabel, es siempre el mismo. Primero los

seduce hasta tenerlos cerca y cuando los hombres están rendidos y sin armas, entregados a esta mujer de barro, extiende sus manos hechas de lianas y los ahorca hasta hundirlos en el río. “Es una sirena guaraní”, aclaró la asistente.

—Una sirena, como en las historias que contaba Ezcurra, ¿no? — le pregunto.

—Qué sé yo... Historias de viejos navegantes, hay mucho cuentero —dice y empieza a convertirse en ese pez barroso y resbaladizo, imposible de agarrar. Conozco el tono de mi viejo cuando trata de mentiroso o de chanta a alguien y no es el que acaba de usar. Acá no hay desprecio, no hay juicio. Incluso se parece más a su tono de mentir.

La cena en Goya mantuvo un ritmo similar por un tiempo más. María seguía en su faceta investigadora y todas sus preguntas iban direccionadas a Mabel y su conocimiento sobre la mitología guaraní. Pero la atención de los viejos ya no era la misma. Mi papá y Fernando escuchaban y movían la cabeza, a veces para asentir y a veces por el sueño. Adrián, que había sostenido un ritmo de bebida mucho más constante que los demás, intentaba mantener una conversación paralela sobre fútbol con uno de los tipos de la municipalidad aunque sin demasiado éxito porque se notaba que respetaban tanto a Mabel que ninguno quería ser el mal alumno del fondo de la clase. Iturbe en cambio seguía callado, ausente.

El pombero, el caráu, el yahuabicho, que es la versión guaraní de lo que en otras regiones se conoce como lobizón, eran algunas de las criaturas que describía la anfitriona, que a esta altura ya tenía un aura mitológica igual de fuerte que los personajes que narraba.

—Aquí el más temido por la gente es el yahuabicho —dijo Mabel—. Su origen viene de cuando Tupá, el dios guaraní, el que está por encima de todos, castigó a la hija de un cacique por escapar con un espíritu maligno que la había seducido. La pena de Tupá fue determinar que todos los hijos que tuviera esa pareja fueran monstruos. Y así fue, tuvieron siete hijos con forma de bestias y el séptimo terminó siendo un perro mezclado con bicho. Por eso se dice que el séptimo hijo varón es un yahuabicho. Yo he escuchado muchos relatos orales por la zona.

No era fácil identificar si Mabel oficiaba de historiadora encargada de salvaguardar la mitología de su tierra o si lo contaba desde un lugar testimonial. De todas maneras, en algunas culturas ese límite es muy difuso. Y en la guaraní, que hasta la llegada de los europeos a América era cien por ciento oral, y en la que, por ejemplo, la leyenda es que Ñamandú, el dios creador, se autocreó a partir de la palabra, esto tiene todo el sentido del mundo. Y si la palabra es la vida, entonces todas las historias que se han contado son ciertas y el mito le gana al hecho.

Volvieron a la amarra extremadamente cansados, como si en esas semanas de río hubiesen perdido la práctica social con los del exterior. Adrián fue el único que se quedó en el centro porque dijo que uno de los muchachos de la casa de repuestos lo había invitado a tomar una cerveza. Todos temieron por él pero nadie se quiso hacer cargo. Era como si viajaran con un niño sin padres al que nadie quería tutelar.

—Te digo que volver de noche al barco a veces te daba un poco de miedo —retoma mi viejo, que se cansó de insultar a la tele.

—¿Eran lugares peligrosos?

—No, pero viste... Después de estar dos horas escuchando tanto cuento, tanta leyenda. Te parece una boludez hasta que estás ahí, no ves un pomo, sentís ruidos de todo tipo y bueno..., se te llena el culo de preguntas.

—¿Qué ruidos?

—Los pájaros, los peces, los monos, qué sé yo, hay ruidos.

Tener acceso a los miedos de un padre es algo de la adultez. Son lugares a los que un niño no llega porque se topa antes con una cortina de seguridad impostada. Nadie le pregunta a un padre si le teme a la oscuridad, a los ladrones, a los fantasmas o a las arenas movedizas. Porque lo cierto es que si les teme, es preferible no saberlo. Si a mi papá lo asusta imaginate a mí. De grande la cosa cambia y uno va descubriendo los miedos de los padres adentro suyo. Suelen ser temores más cotidianos, como el miedo a no tener guita, a quedarse sin laburo, a los trámites, a los conflictos, a las alturas. O al menos esos son los que heredé yo.

Después de llegar y desensillar en los barcos, antes de meterse para adentro a dormir, mi viejo, que lo venía relojeando desde la tarde, miró a Iturbe y tomó coraje para ejecutar una de las acciones más difíciles que un hombre de su edad puede tener por delante: preguntarle a otro hombre si está bien.

—Sí, sí, estoy bien. ¿Tenés un pucho?

—En serio, boludo —replicó mi papá, que en su tono también decía “no me la hagas más difícil”—. Vos manguendo fasos, ¿desde cuándo?

El tucumano usó de excusa la búsqueda del cigarrillo para dar dos pasos en la cubierta y acercarse al Viejo Almacén.

—Mal de amores nomás —dijo en voz baja—. Me enganché con una mina de acá, en el viaje anterior, y ahora la tengo dando vueltas en la cabeza, una boludez.

Mi viejo decidió no ahondar en ese dolor. Un tipo grande llorando por una mina que vio hace años, que no rompa las pelotas. Por lo que lo conozco, eso es lo que debe haber pensado después del esfuerzo de acercarse pensando que podría ser un problema más grave. Pero la calma del río y la cercanía de los dos barcos en la amarra hacían que irse a dormir no significara ganar intimidad o separarse del resto. Costaba tener privacidad cuando los motores estaban apagados. Por eso, desde la cucheta del Viejo Almacén, escuchó los pasos de Iturbe por la cubierta de El Conquistador yéndose hacia la popa y bajando al gomón auxiliar. Unos segundos más tarde, el ruido de los remos clavándose en el agua delataron que el capitán de El Conquistador había abandonado la nave para iniciar una expedición nocturna.

El bote se fue alejando del puerto hasta perderse de vista. Ya no se veían las luces de la prefectura, ni las guirnaldas de lamparitas que estaban colgadas en la galería del restaurante del club. Sin embargo, la luna casi llena reflejada sobre las pequeñas ondulaciones del río Goya teñía el paisaje con destellos blancos y plateados. Cuando el gomón estuvo a cuatro o cinco metros de los juncos de la costa, Iturbe dejó de remar y parado en el medio del bote se prendió el pucho que le había dado mi papá. Le dio dos secas hondas y mientras largaba el humo, con la mirada en el agua,

tiró el cigarrillo al río, como cuando el villano de una película pretende hacer explotar un barril de nafta. Pasaron treinta, cuarenta, cincuenta segundos y el vasco se mantenía inmóvil, con la mirada en un punto fijo pero esta vez sin disociar, esta vez con los ojos tan enfocados que penetraban hasta el barro del fondo. Y cuando parecía que el contexto no le devolvería nada a esa suerte de ritual de la quietud, una espuma rojiza empezó a formarse de a poco en el medio del río. Parecía lava que salía de un volcán en erupción. Un géiser marrón. Burbujas de espuma y barro juntando sedimento en el lugar exacto en donde Iturbe había tirado el cigarrillo, su carnada.

La intensidad de la ebullición no paraba. El barro iba tomando volumen y de a poco empezaban a notarse las curvas de un cuerpo femenino. Un cuerpo robusto, ancho, con dos tetas chiquitas y los pezones grandes, con la piel marrón, marrón rojizo, como la tierra del litoral. Su textura barrosa en algunas partes se mezclaba con la de algunas plantas y ramas, así que de su torso también se desprendían hojas y juncos verdes. Se elevaba a medida que el cuerpo ganaba altura y de la cintura para abajo sus caderas se ensanchaban como si llevara puesta una pollera que se fundía con el agua del río.

La mirada de Iturbe seguía fija, pero ya no estaba sobre un punto, sino sobre los ojos de esta mujer, que se veían humanos y profundos. Ella lo miraba también. Y así estuvieron unos segundos hasta que la espuma dejó de burbujear. Los ojos de Ysy eran intimidantes, claro. Pero los de Iturbe también.

La pora levantó sus brazos, que hasta ese momento estaban sumergidos a la altura de las muñecas, y los abrió como si fuese un ángel. Sus manos de juncos parecían alas, o garras, o tentáculos. Alrededor suyo, nada, ni un pez. Ni siquiera insectos que pudieran ser testigos de este encuentro. Mantuvo esta posición por cinco segundos y en un solo movimiento, en un ataque animal, enlazó a Iturbe, que seguía inmóvil, parado en el centro del gomón, y lo sumergió hasta lo más profundo del río Goya.

O al menos eso es lo que imagino que pasó cuando mi viejo me cuenta que escuchó cómo el agua se arremolinaba alrededor del

bote alejándose lentamente de El Conquistador.

—Sí, andá a saber qué se fue a hacer. Se habrá ido a pescar con el bote, no sé —dice cuando le pregunto, ya llegando a la recta final del partido, que sigue 0 a 0.

Al mediodía, Fernando y mi papá fueron a buscar la bomba porque Adrián había vuelto tarde de su aventura nocturna y todavía estaba durmiendo. Era uno de los primeros momentos de soledad para ellos desde que se encontraron en Rosario. Y aun así, su mayor demostración de intimidad fue quedarse callados, permitirse el silencio uno al otro. Eso es la intimidad para los varones a veces. Caminar con otro en silencio. Pateando una piedra para adelante cuando sos chico, yendo a una casa de repuestos en la adultez. Silencios que luego pueden desembocar en conversaciones casuales que refrescan el alma de estos tipos. Porque muchas veces se dice que los hombres de cierta edad no hablan con sus amigos y eso no es del todo cierto. Se hablan, claro que se hablan. Quizás no tanto en un código de catarsis explícita o psicoanalítica pero comentan el clima, la política, el fútbol, la música, los libros. Porque estos hombres muchas veces canalizan más emociones puteando a un árbitro de las que podrían resolver en una constelación familiar, expresan más amor leyendo un libro del que jamás podrían expresarles a sus mujeres o a sus hijos, conocen más las señales del clima que sus propios sentimientos. Entonces, ¿de qué otra cosa podrían hablar si no es de todo eso?

Cuando volvieron al Viejo Almacén, Adrián los esperaba sentado en la popa, tomando un mate y con la misma sonrisa de ganador que venía irritando a todos desde hacía días.

—Parece que doña Goya hizo buena escuela acá —dijo con claras intenciones de ser interrogado.

—No hace falta —contestó Fer.

—Salí con los muchachos, dicen que mañana llega la bomba.

—La fuimos a buscar recién, boludo, te estaban bicicleteando.

—Debe haber llegado antes de tiempo entonces. Viste cómo es.

Iturbe apareció a eso de la una del mediodía. Estaba recién bañado, afeitado al ras y con una camisa un poco más formal que las que venía usando. Cuando vio la bomba se puso contento y les

agradeció a mi viejo y a Fernando dándoles unas palmadas en la espalda. Después de almorzar, la actividad de la tarde pasó a ser instalarla y dejar a punto los barcos para seguir viaje al día siguiente. De nuevo el ritual de la revisión de fluidos, la medición de aceite, la técnica del vaso, cargar el agua y revisar las cartas navales para ir poniéndose al tanto del trayecto que se venía. María no estuvo presente en casi todo el día porque había aceptado la invitación de Mabel para conocer a una artista de la zona. Así que cuando llegó a la amarra se sorprendió con la noticia de que se habían adelantado los planes.

—Nos vamos, Mery, conseguimos la bomba —dijo Adrián.

—“Mery”... Qué tipo increíble —largó Iturbe entre medio de una carcajada.

La cena fue un dorado a la parrilla en el restaurante del club. No sabían con certeza cuándo volverían a estar en un puerto tan confortable, así que había que aprovechar las comodidades que la París correntina tenía para ofrecer. Mientras cenaban, los cinco experimentaron por primera vez una emoción que volvería a aparecer varias veces más durante el viaje: la sensación de despedida.

Partieron a las seis de la mañana. El Conquistador iba adelante, marcando el ritmo de navegación e Iturbe timoneaba mirando al frente, mientras María le cebaba mate.

—¿Tenés un pucho? —preguntó el tucumano.

María entendió que algo pasaba y decidió no hacer preguntas. ¿Este fuma? ¿Desde cuándo? ¿Va a empezar a fumar a las seis de la mañana? No era el momento de saberlo.

—Sí, tomá.

Iturbe soltó el timón para hacerse carpita con una mano mientras le daba fuego al cigarrillo con la otra. La primera seca la largó por la nariz y la segunda la soltó un instante después por la boca. Después de eso, se sacó el pucho de los labios, lo apagó cuidadosamente en la suela de su zapatilla y como quien atesora anotado el teléfono de un viejo amor, se lo guardó en el bolsillo del pecho de la camisa.

O al menos eso es lo que me imagino yo al pensar en su partida, mientras veo fútbol con mi papá en silencio, en la intimidad.

* * *

9 de agosto de 2024

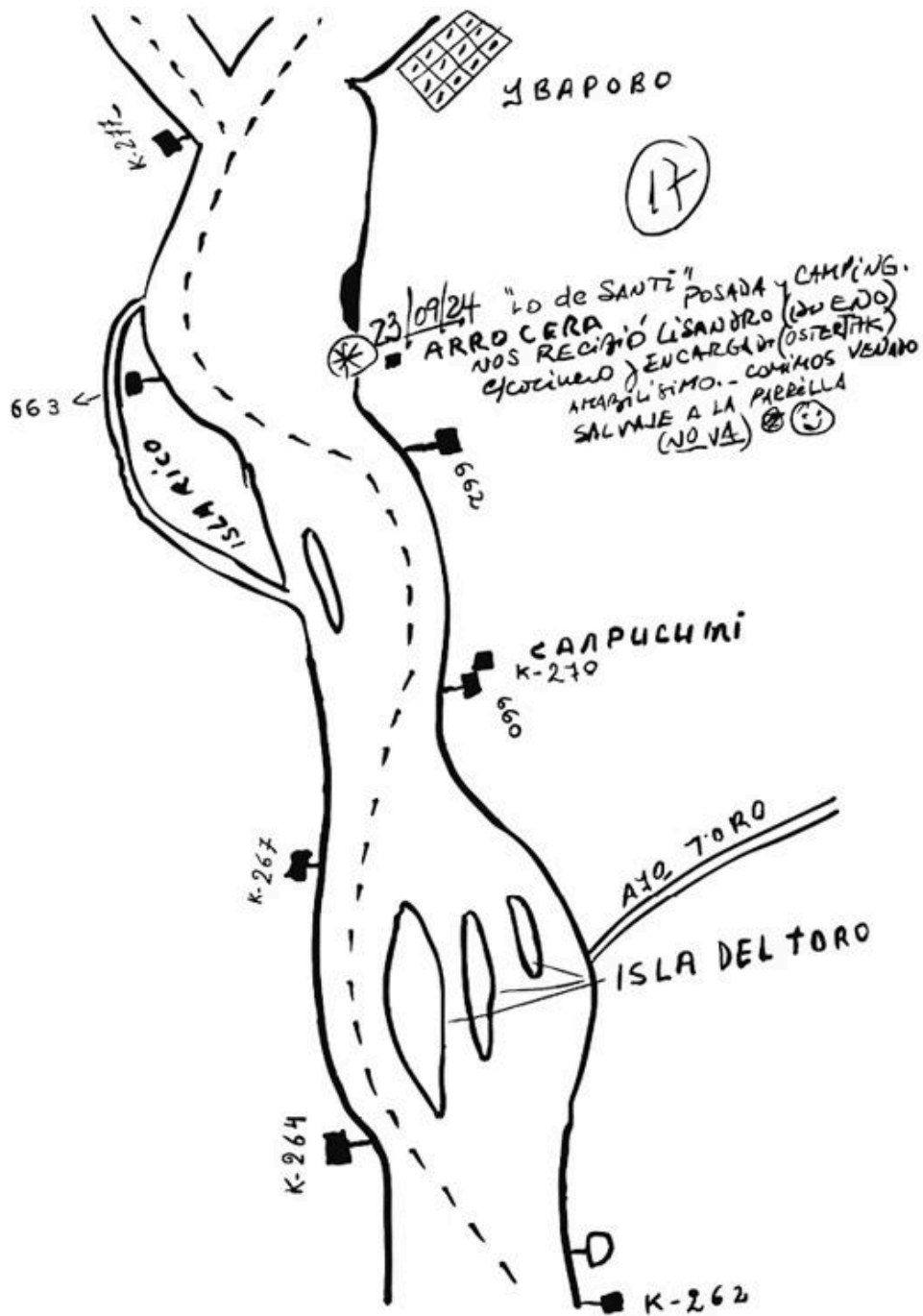
Roby papá

Hola hijos! Finalmente partimos de Goya, el río es un espejo. Conocimos a una señora muy interesante que creo que les hubiese caído simpática.

Mucha mitología y cosa e mandinga, como les gusta a ustedes. El próximo puerto importante será Asunción pero faltan unos días. Estoy adelgazando, no sé muy bien por qué.

Los quiero,
pá

6:01 a.m.



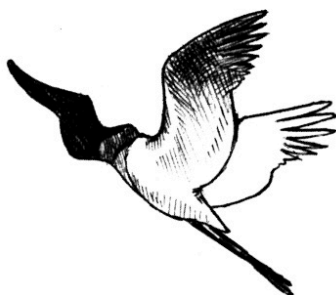
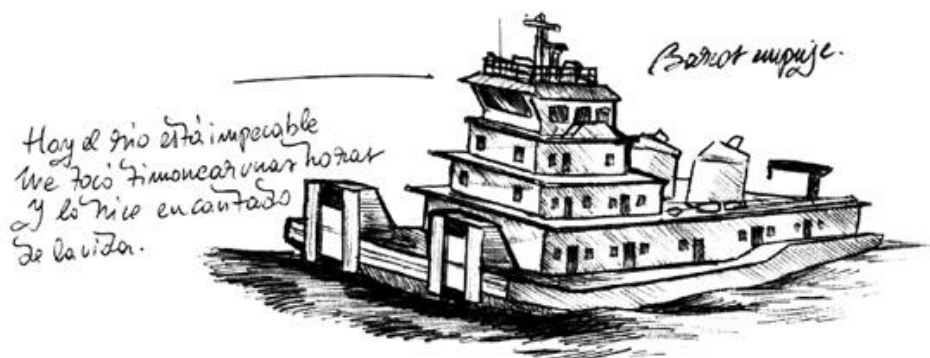
BITÁCORA DE ROBY EN SU VIAJE AL PANTANAL

13 DE AGOSTO DE 2024

Dejar Goya fue un alivio. Sentía que nos estábamos enmarañando y que en cualquier momento iban a empezar los quilombos entre nosotros. En cambio cuando navegamos es como que todo se acomoda y camina mejor. Además no me gusta pasar tanto tiempo en un lugar que no sea mi casa o el barco.

Hablando de casa, hoy aparecieron los primeros reflejos de extrañar mis cosas, mi inodoro, mi cama, el jardín, al perro. Eso sobre todo, porque con los chicos voy hablando y están bien. Desde que Delfinita o Marcos empezaron a irse de viaje solos, nos acostumbramos a que en estas situaciones... no news, good news. Ni hablar desde que Carola se fue a vivir a Francia.

"Las malas noticias llegan rápido" siempre fue mi mantra. Lo empecé a decir cuando en las reuniones de padres del colegio de los chicos alguno se ponía medio pesado con la seguridad o la prevención de los campamentos o los viajes de estudio. ¡¡¡¡Cómo me rompieron los huevos siempre esos padres paranoicos!!!! Esos que te quieren hacer sentir un descuidado por no estar obsesionado con el peligro. Un rompedero de huevos. Me acuerdo de que en una reunión del grado de Marquitos un maestro, al que un par de padres lo estaban bombardeando a preguntas por un viaje de estudios y "las medidas de seguridad por si pasaba algo", y que el tipo, con mucha calma, les contestó "claro... sí, puede pasar algo. Si quisiéramos que no pase nada iríamos a Temaikèn, ahí no pasa nada... en cambio acá, sí. Acá pueden pasar cosas". A mí me pareció maravilloso y más espectacular todavía ver cómo esos dos pesados se quedaron con la boca abierta. Por eso siempre odié esos cruceros de vacaciones que son como un shopping en el medio del mar y en donde no hay ninguna posibilidad de que pase algo interesante. Me mato antes de subir a uno de esos cruceros.



Hoy el río está impecable. Me tocó timonear unas horas y lo hice encantado de la vida. Fumando un pucho, porque volví a fumar. Todavía estoy tomando coraje para contárselo a los chicos porque me da un poco de culpa. Hace como 13 años que no me compraba cigarrillos. La primera vez que gaste plata en un atado fue a los veintiuno, antes solo había probado dos o tres veces, robándole fasos a mi viejo pero nunca me había gustado. Pero en la facultad todos fumaban, nos juntábamos a estudiar y se fumaba adentro, los profesores fumaban en el aula. Y después, en la residencia en el hospital, era casi imposible no fumar. Ahí la conocí a Mavi, que también fumaba. Y así pasó una vida, 38 años fumando. Cientos de miles de embotellamientos fumando, infinitas noches de leer y fumar, guardias interminables fumando, autos que se rompían y yo fumando mientras esperaba la grúa... Y las consecuencias, claro. 38 años respirando como el orto, ahogándome, agravando un asma que tengo desde que nací y que hace un tiempo se convirtió en epoc. Dejé de fumar a los 60, un día que volví del delta y me agarró un ataque tan grande que casi me muero. Me salvó Marquitos que me vino a buscar porque no contestaba el celular y cuando llegó, según él, yo estaba totalmente pelotudo porque no oxigenaba. Ahí me internaron y con el susto que me pegué hice el esfuerzo y lo dejé. 13 años sin fumar, hasta este viaje.

"no want good want"

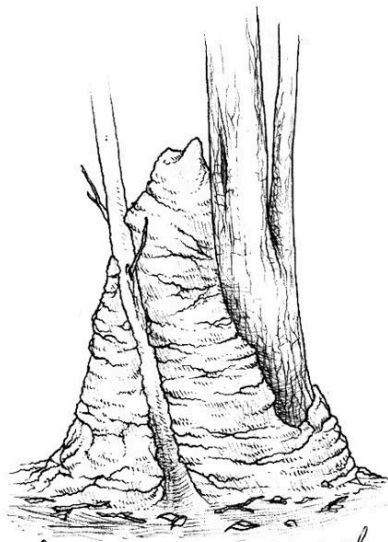
No sé por qué volví, imagino que por los nervios de partir, para liberar tensiones. "Y mientras fumo, mi vida no consumo porque flotando el humo me suelo adormecer" dice un tango que se llama justamente "Fumando espero". Y en esta aventura uno de los mayores desafíos es la espera, la paciencia. Porque el barco va lento y el Pantanal está lejos, así que mucha ciencia no hay. Es una travesía en cámara lenta.

Para mí, el pucho es una especie de compañía, por eso me gusta fumar en esas horas de timonear en silencio. Creo que para mucha gente es así, una compañía. Hace una semana o dos, íbamos navegando por el Paraná y en la orilla, en uno de esos ranchitos de silobolsa, había un tipo gritando que nos hacía señas. Nos acercamos con los barcos y vimos que era un hombre que estaba solo y que en una botella cortada al medio tenía un bagrecito que había pescado. Cuando le preguntamos qué quería nos dimos cuenta de que solo hablaba guaraní. Después de un rato nos hizo entender que nos quería intercambiar el pececito por un atado de cigarrillos. Una locura, un tipo solo, en el medio de la nada... no quería guita, quería puchos.

Igualmente, cuando vuelva a Buenos Aires lo voy a dejar porque ya estoy respirando notoriamente peor y esa sensación de muerte que te da el asma cuando no entra el aire es espantosa.

En un par de días deberíamos estar llegando a Asunción. Creo que Adrián tiene que visitar a sus abuelos, rompió bastante las bolas con eso. Bah, rompió bastante las pelotas con todo. Pero qué sé yo, es un buen tipo.

En fin, todo bastante bien. Mientras haya hielo, hay esperanza, decían por ahí. Y por ahora hay...



Taller, hormiguero gigante en el
tronco de un árbol.

IV

A diferencia de mis hermanas, a mí no me pasa nada malo al verlo fumar a mi papá. Entiendo que está mal desde un punto de vista médico, sobre todo tratándose de un hombre de setenta y cuatro años con asma crónica y epoc, pero no me molesta que fume. Mucho menos me angustia y no haría nada para que lo deje. Me resultan muy densos los hijos que vigilan a sus padres, los que le tiran el atado de puchos a la basura a un tipo que está haciendo lo que puede. Mis hermanas no son tan así, pero es un tema que las preocupa.

Hace poco, cuando mi papá acababa de llegar del viaje con la novedad de que había retomado el hábito, Delfina le compró unos cigarrillos que en vez de tabaco tenían lavanda y otra hierba que no recuerdo. Por suerte él fumó uno o dos y el resto los descartó disimuladamente con esa habilidad que tienen los padres para hacerse los boludos. A mí, en cambio, lo de los puchos saludables sí me molestaba. Ese impulso epocal de sacarle el costo a todo, de reducir riesgos a cambio de resignar placer. Fumar no puede ser una acción sana. Lo sano, en todo caso, sería no hacerlo. Pero fumar causa sus heridas y es a costa de eso que la gente encuentra un sentido en hacerlo.

—¿Qué tal los cigarrillos de lavanda? —pregunto para provocarlo.

—Qué sé yo... quedaba toda la casa como si hubiese prendido un sahumero —dice mi viejo, con un Marlboro humeante entre el índice y el dedo medio.

Creo que lo que me resulta revelador de cuando lo veo fumar es que lo siento más joven, más suelto. Resistiendo al paradigma actual de hacerle un contrapunto a la muerte con hábitos saludables, con vidas dietéticas y no con vidas mejores y más divertidas. Como si lo que nos matara fuesen los ultraprocesados y no nuestros ritmos, nuestros trabajos, nuestros amigos lejos y convertidos en

notificaciones de celular. Y no es mi intención hacer un culto de la autodestrucción, no hay nada novedoso en eso, pero creo que comerte un flan con tu abuela vale más que el colesterol que eso pueda aportarles a ambos. Que emborracharte con un amigo y terminar declarándole tu amor eterno sin los filtros inhibitorios del día a día es más importante que el daño que eso le pueda causar a tu hígado. Entonces, si a mi viejo, después de tanta vida, le baja un cambio fumarse un pucho, por mí que lo haga.

Estamos ordenando su cuarto porque ayer a la noche le entraron a robar y le dieron vuelta todo. No pasó nada, por suerte. Él no estaba y no tenía nada de mucho valor, pero le dieron vuelta el placard, la biblioteca y los cajones. Por eso el piso está cubierto de ropa, libros, mapas, cartas navales y papeles, papeles de todo tipo y por todos lados. También están mis cuadernos del colegio Waldorf, con algunos trabajos prácticos que mi papá guarda en unas bolsas de papel madera. Me da ternura y risa la imagen de un ladrón buscando una caja fuerte, con la adrenalina de haber entrado en una casa ajena, y encontrándose una bolsa llena de tejidos de lana, animales hechos en cerámica y acuarelas.

—¿Solo se llevaron tu compu?

—Sí, es lo único. Los boludos abrieron un paquete que estaba en la mesa de la cocina, deben haber pensado que tenía guita, y se encontraron con que eran unos yuyos digestivos que me mandó tu hermana. Pobres tipos, fue como entrar a robar a una casa de la comarca del Señor de los Anillos, todo lleno de hierbas y cosas raras, salieron rajando.

Mi papá prende otro pucho y la habitación se va llenando de humo. Fogwill decía que, al fumar, el humo del cigarrillo vuelve visible lo invisible y en este caso es evidente cómo cada libro o foto que recolecta del piso llena el aire de nostalgia, de recuerdos, de olores, de dolores, de vidas pasadas.

—¿Esto dónde es? —pregunto mientras le muestro una foto en blanco y negro en la que está él a los cuatro o cinco años con su mamá.

—En Mar del Plata, el año que nos quedamos dos meses por la polio. Habíamos ido de vacaciones y cuando estábamos por pegar la

vuelta se desató la epidemia en Buenos Aires. Así que con mi mamá y mis hermanas nos quedamos y mi viejo volvió solo a laburar.

La epidemia de poliomielitis fue en 1956, cuando mi papá tenía cinco años. Dejó setecientas muertes, más de seis mil casos y una histeria generalizada que hacía que las madres enrollaran a sus bebés en sábanas como si fuesen momias.

—Yo no me acuerdo mucho, solo que mi vieja estaba muerta de miedo —me cuenta, mientras sigue acomodando libros en un estante—. Hace poco se murió el Tito, un muy amigo mío que de chico se la agarró y quedó rengo.

—¿Pero murió de eso?

—No, pero pensá que la vida le costó el triple que a cualquier otro cuerpo, eso te va deteriorando. Y ya en los últimos años se dejó estar y se vino a pique. Además de que, bueno, fumaba como un animal.

—Hablando de eso, ¿fuiste a hacerte los estudios? —pregunto con una torpeza que identifico enseguida. Porque, además..., ¿"hablando de eso"? ¿Hablando de qué? ¿De amigos que se mueren? ¿De la vejez?

—No, iré esta semana calculo —contesta, sabiendo que mi desatino da lugar a su evasiva. Manual básico de las dinámicas familiares.

El Tito no es el único amigo de mi viejo que se muere últimamente. Hace unas semanas Horacio casi la queda por un medicamento mal administrado y a Claudio le dio un infarto y lo encontraron muerto los hijos el día de su cumpleaños. Así que es un tema que a mi papá lo tiene entre triste, preocupado y cínico.

—Hace poco con Fernando nos dimos cuenta de que estábamos teniendo un velorio cada quince días, que nos veíamos más ahí que en un bar.

—Es duro ese momento en el que a tu alrededor todos empiezan a tener quilombos, ¿no?

—Sí, imaginate mi viejo, que se murió a los 97 años... Ya no le quedaba ni un amigo.

—Y a vos ahora, ¿te da miedo?

—¿Qué cosa?

—Hacerte los estudios —contesto yo, que en realidad me refiero a la muerte, a si le da miedo morir. Pero no me animo a plantearse en esos términos.

—Ah, no. O sí. Un poco sí —dice él, que creo que entendió a dónde iba mi pregunta.

Mientras sigo su indicación de acomodar a los autores argentinos en los primeros dos estantes encaro como nuevo objetivo una montaña de libros, todos sobre el Delta, con *Sudeste*, de Haroldo Conti, en la cima. Al abrirlo me encuentro con una de las sensaciones más lindas que se pueden tener al abrir un libro viejo: la que genera un señalador improvisado. No sé por qué me gusta tanto eso, que entre las páginas haya un boleto, un envoltorio de golosina, un ticket de restaurante; es como viajar en el tiempo. En este caso era un folleto de turismo de la provincia de Corrientes.

—¿Este lo leíste en el viaje?

—Ese lo leí un millón de veces. De hecho en una época casi le compro un Fiat 600 a Haroldo porque él salía a navegar con un amigo mío. Pero sí, lo llevé al viaje sobre todo para tenerlo y leer en voz alta con los demás.

Después de Goya, el siguiente puerto importante sería el de la ciudad de Corrientes, que además es el último sobre el río Paraná antes de agarrar el Paraguay. El ritmo seguía siendo el mismo: despertarse a las cinco, revisar los fluidos del barco con el ritual del vaso encabezado por Fernando y empezar a navegar a las seis en punto para aprovechar la jornada. Pero el día en el que estaba previsto que llegaran a la capital provincial la salida se retrasó porque María se fue con Ringo en el bote a avistar a un grupo de yacarés que se escondían entre los camalotes y la bruma de la madrugada. El trajín del viaje y las historias de los pueblos portuarios no podían distraerlos de uno de los objetivos principales de la expedición al Pantanal: el cruce con la fauna. Y aunque todavía la zona no era la óptima para cumplir la meta del yagareté, tenían que estar atentos.

—Ese día vieron tres o cuatro yacarés —me cuenta mi viejo y a mí me da ternura que incluya al perro en el plural— pero eran bichos más bien chiquitos. Igual a partir de ahí ya estaba claro que no nos

íbamos a meter más al río porque podía ser peligroso, aunque los lugareños dijeran que no pasaba nada.

El clima los venía acompañando. Días diáfanos, con brisas frescas y poca corriente en contra, armaban un contexto casi perfecto para navegar. Aunque las costas, desnudas por la marea baja, le sacaban un poco de perspectiva y profundidad al horizonte y eso hacía que los paisajes no fueran tan impactantes como al inicio del viaje. La falta de agua, por la ausencia de lluvias en el Pantanal, se notaba cada vez más y los hacía trasladarse tres o cuatro metros por debajo de la línea de flotación habitual. De todas formas el tráfico fluvial no aflojaba y los empujes gigantes seguían siendo los actores principales del Paraná.

A medida que avanzaban, mi viejo le iba mandando sus ubicaciones a Mozetic, un amigo suyo y de Fernando desde la primaria (que además es mi padrino) y él, que es geólogo, les devolvía desde Madrid análisis geomorfológicos de las costas vía mensajes de WhatsApp. En este caso, lo que les llamaba la atención de la superficie que quedaba al descubierto eran unas franjas horizontales de distintos colores.

14 de agosto de 2024

Mozetic

Lo que pasa es que es como si estuvieran viajando en el tiempo. Esas franjas que ven en las barrancas son estratos, capas horizontales que registran lo que pasó en ese lugar durante millones de años. Entonces, cada tramo del río expone capas más antiguas. Desde que comenzaron el viaje recorrieron unos cinco millones de años de historia.

La zona del Río de la Plata hasta casi Diamante es una llanura tan plana que cualquier cambio pequeño tuvo efectos enormes. Por ejemplo: en uno de esos momentos en que el mar bajó un poco, el Paraná llegó a desembocar en el Atlántico a la altura de Punta del Este. Y al revés también: cuando el mar subió, ocupó todo el estuario hasta Rosario. Todo eso pasó hace menos de diez mil años.

En el tramo Goya-Corrientes, si se acercan a las barrancas, van a ver esa historia apilada: abajo, sedimentos del río; en el medio, capas de un clima árido, con dunas pequeñas, lagunas secas y ceniza volcánica; arriba, los suelos oscuros de hoy, donde pastan las vacas.

Lo que viene después, ya en Misiones, son las famosas tierras rojas: roca volcánica durísima que obliga al río a encajonarse y que, en el extremo, forma las cataratas del Iguazú.

¿Cómo la están pasando? Tráiganse una chipa. Que sigan disfrutando que yo disfruto siguiéndolos en el google maps.

2:25 p.m.

Corrientes se veía desde lejos por sus rascacielos en construcción y por el puente gigante que la une con la provincia de Chaco. A esa altura el Paraná se ensancha y da lugar a que los empujes puedan rearmar sus barcazas y seguir viaje. La actividad en la radio era alta, se escuchaba a la prefectura dar indicaciones y a los capitanes brindar sus datos. Los únicos que no parecían inmutarse eran los pescadores, imperturbables en sus botes, tirando los espineles en el medio del río, como hormigas llevando hojas y palitos entre las patas de una manada de elefantes. Al pasar por debajo del puente, el Viejo Almacén, El Conquistador y todos sus tripulantes celebraron con gritos y bocinazos la llegada a la última ciudad grande en territorio argentino y la última sobre el río Paraná.

—Es grande, ¿no? —preguntó Fernando, para chequear que lo que creía que era el puente efectivamente lo fuera.

—Sí, Fer, es enorme —contestó mi papá.

Cuando me cuenta esto, la cara de mi viejo adquiere una luminosidad que había estado ausente durante toda esta tarde más bien oscura y densa posthurto. El cuarto sigue desordenado, aunque la biblioteca grande ya tiene casi todos los libros en su lugar. Lo que quedan son los papeles y la ropa.

—Tomátela de acá —le dice mi viejo a Abdul, nuestro perro. Está enojado con él por su ineficiencia a la hora de proteger la casa—. A este boludo le deben haber hecho unos mimos y después lo encerraron en la cocina.

—Pararon unos días ahí, en Corrientes, ¿no? —le pregunto, oficiando esta vez de cómplice del perro.

—Sí, porque María tenía que exponer en el Museo de Bellas Artes de la ciudad, una grossa.

Corrientes no solo les gustó mucho sino que les sirvió para reabastecerse de gasoil, algo que les venía costando en los puertos anteriores. Pudieron pasear por sus callecitas arboladas, por sus plazas y juntos, como una familia, asistieron a la inauguración de la muestra en la que exponía María. La temática era el arte guaraní, las orillas y el barro, y participaban artistas argentinos y paraguayos.

—Qué sé yo... —soltó Adrián después de quedarse parado un rato mirando una serie de vasijas hechas con arcilla colorada por un artista de Ciudad del Este.

—No seas maleducado, nene —lo retó Fer.

La obra de María era una pintura hecha en acuarela en donde se representaba una máscara guaraní cuadrada y un plumaje colorido alrededor. Con el trazo grueso y el color negro, delimitaba la forma de las plumas que la adornaban mientras que con la gama de los verdes y los naranjas le daba volumen a esta suerte de corona indígena.

—Esto sí que es arte, Mery —dijo Adrián cuando llegó a pararse frente al lienzo.

Cuando estamos por terminar de acomodar los papeles, suena el timbre. Son dos policías que vienen a certificar la denuncia del robo y a hacer algunas preguntas de rutina. A mi viejo nunca le gustaron los policías. De hecho le tuve que insistir para que los llamara porque sin la denuncia formal no te dan bola.

—¿Cómo le va, oficial? —pregunta mi papá con un tono de cordialidad impostada que yo sé que en el fondo, además, es una burla— pase, claro, cómo no.

Uno de ellos tiene notorios problemas en el habla y el otro está tan duro que no puede ni abrir la boca. Así que la escena es bastante simpsoniana: dos oficiales mirando una reja con una linterna. Una reja que fue franqueada ayer a la noche pero que en el transcurso del día mi papá volvió a soldar y a pintar así que no tiene ningún rastro del delito.

—Qué cosa, ¿eh? Quedó impecable —se sorprende el policía gangoso.

—¿Ha visto? Nos damos mañana acá —contesta mi papá, ya sin ocultar la burla.

Después de cuatro o cinco preguntas inútiles, los oficiales se van y al cerrar la puerta mi viejo mira al perro y le hace un chiste para declarar la paz.

—¿Ves? Aprendé de estos héroes, ahora sí me siento a salvo.

—¿En el viaje hablaban mucho con prefectura o con la policía?

—Con prefectura un montón, por radio. Nos rompían mucho los huevos. Alguna que otra vez hasta se nos subieron al barco con perros para revisar que no tuviéramos falopa. Lo gracioso es que después, a la altura de Alberdi, vimos cómo cruzaban una camioneta por el río.

—¿Cómo?

—En dos canoas. Las ruedas de adelante en una y las de atrás en otra. Impresionante.

Antes de dejar Corrientes, recibieron una visita nocturna de la prefectura que sí fue bastante inquietante. Estaban en el Viejo Almacén, comiendo una picada, cuando de repente sintieron que un bote se les había pegado de la nada y que dos tipos vestidos de negro les apuntaban con linternas. Cuando los oficiales vieron que adentro del barco había tres gordos comiendo salami bajaron la guardia y después de una serie de preguntas de rutina les hicieron una advertencia: estaban entrando en una zona caliente. A partir de ahí, debían tener cuidado en dónde amarraban de noche y nunca, bajo ningún motivo, debían sacarles fotos a las lanchas que se cruzaran por más simpáticas que parecieran y tampoco alumbrar la selva en caso de escuchar un ruido. Las advertencias venían a cuento de que hacía unos días un grupo de contrabandistas había atacado una embarcación de la Prefectura Nacional Argentina con heridos de gravedad de por medio.

—Quédese tranquilo, mi general —dijo Adrián, que a partir de ahí, y para todo el resto del viaje, se comió una gastada infinita del resto de la tripulación cada vez que alguien se acordaba de su respuesta.

Al día siguiente, autoridades provinciales se acercaron a invitarlos a un “acto por la paz del mundo”, en donde la intención era condecorar a los integrantes de ambos barcos, que sonara el himno e izar la bandera.

—¿Y fueron?

—Fue Fernando.

Abandonar el Paraná era un acontecimiento importante para este grupo de navegantes criados en el Delta del Río de la Plata. La llegada a Paso de la Patria, la localidad correntina en donde desemboca el río Paraguay, tuvo una emotividad que, nutrida por una bandera argentina enorme que flameaba, casi redundante, en un cielo celeste manchado de nubes blancas, adquirió características cinematográficas.

Según mi papá, el cruce de ambos ríos es algo impresionante de ver, porque el marrón claro del Paraná se interrumpe de manera abrupta y en línea recta con el marrón oscuro, casi negro, del Paraguay, producto del barro que acarrea desde el Bermejo. Alguna vez vi algo similar en el Amazonas: al llegar a Manaos, se encuentra con el Río Negro y en el medio del agua se distingue una frontera perfectamente delimitada.

—Además el Paraguay es mucho más ancho a esa altura, te caes de orto —aclara mi viejo que ya parece haber soltado el robo, mientras descorcha una botella de vino tinto.

Después de unas horas navegando el nuevo cauce, lo siguiente que apareció en la costa fueron las ruinas de la antigua catedral de Humaitá, bombardeada por la flota brasilera en la guerra de la Triple Alianza. Lo que alguna vez había sido un fuerte en medio de la selva, una muralla sobre el río, hoy no es más que restos, material probatorio de una guerra que está marcada en la identidad del pueblo paraguayo.

El tramo hasta Asunción fue de varios días en los que vieron cómo algunos factores de la geografía iban cambiando.

Luego la localidad de Alberdi que, además de ser el lugar en donde vieron cómo cruzaban una camioneta sobre dos canoas, parecía zona liberada para que lanchas de todo tipo atravesaran la frontera en ambos sentidos con diferentes mercaderías. Bidones de gasoil, alimentos, autopartes, todos son libres ante los ojos de Alberdi.

—Por ahí fue que fondeamos un día al lado de una especie de caserío en donde vivían como ocho familias de pescadores adentro

de un bondi —dice—. Apenas apagamos el motor se nos acercó un tipo que sería el capo del grupo o algo así. Al principio parecía pesado pero charlamos un rato, le regalamos dos botellas de vino y se fue contento.

A medida que avanzaban, María aprovechaba que las aguas estaban más bajas que de costumbre y todas las tardes hacía una pequeña expedición con el bote auxiliar a la costa, para extraer arcilla del fondo. La iba empaquetando en nylon y agrupándola sobre la cubierta de El Conquistador y también sobre la del Viejo Almacén. A esa altura ya llevaba juntados aproximadamente ciento cincuenta kilos.

Cada día que pasaba, cada tramo que los acercaba a Asunción, la atmósfera se volvía más densa, la bruma más espesa, el aire más gris y más caliente. Al principio pensaron que era niebla pero después entendieron que no, que lo que iba aumentando era el humo. Se estaba quemando el Pantanal. Por la falta de lluvias, o por el cambio climático, o por accidentes, o por especuladores latifundistas, o por lo que fuera, miles de hectáreas se estaban prendiendo fuego y el humo hacía, como tantas otras veces, de mensajero. La expedición adquiría de repente una tonalidad apocalíptica. Lo que estaba pensado como una travesía por un paraíso verde podía convertirse en una campaña por el infierno.

—¿Pensaron en volverse?

—¿Estás en pedo?

Al igual que Corrientes, Asunción podía verse con anticipación por sus edificios y por el puente que la une con Chaco. Esta vez El Conquistador encabezaba la caravana con las velas izadas, marcando la estela por un río con muy poca agua. Tan poca que tuvieron que cambiar sus planes de amarre y dejar los barcos en una suerte de playa en donde había decenas de otros barcos embicados, amarrados a la tierra. En el trayecto final, mientras navegaban bordeando la costa, se veían enormes mansiones al lado de casitas muy pobres que prácticamente colgaban sobre el barro.

Se terminaba la primera etapa grande del viaje. Llegar a la capital paraguaya significaba un punto de no retorno. Ya estaban más cerca de Corumbá que de Buenos Aires así que ahora solo se

podía avanzar hasta el Pantanal. El cansancio empezaba a notarse en el cuerpo. La paciencia era un bien cada vez más escaso. Los ratos de soledad, un deseo aspiracional. Vendría bien la semana de estadía en la ciudad; a veces, uno solo necesita caminar un poco el asfalto.

SEGUNDA PARTE

V

Una de las escenas que más se me viene a la cabeza si pienso en mi infancia es la de quedarnos con el auto. Con un Renault 11 primero, con un Gol después, horas y horas en la banquina de la Panamericana, viendo como los miles de autos a los que no les había recalentado el motor armaban un océano de lucecitas que se iba notando cada vez más, a medida que terminaba de ponerse el sol y se hacía de noche. Porque infaliblemente era a esa hora, seis y media, siete de la tarde, cuando mi papá volvía de trabajar. Casi nunca venía una grúa a rescatarnos, porque casi siempre lo hacía algún amigo o mi tío, y mi viejo sacaba del baúl lo que él llamaba “la cuarta”, que no era más que una cadena que enlazaba un auto con el otro, para que nos fueran remolcando hasta casa.

—Hace mucho que no nos pasaba —le digo, mientras baja la velocidad sin perder la esperanza de llegar con el último aliento a la próxima YPF, aunque ya vamos varios kilómetros con la luz roja prendida en el tablero—. Antes nos quedábamos todo el tiempo, ¿te acordás?

—Sí, siempre nos quedamos mucho porque siempre tuve autos de mierda.

Al 11 y al Gol que narré antes, se le suma un Ford Falcón celeste que, después de fundirlo, mi viejo le puso un motor de barco sin papeles y se lo terminó intercambiando a un gaucho por un caballo. Un matungo blanco, un tanto deforme, que tuvimos durante unos meses en el jardín de casa, cuando todavía vivíamos en una quinta en Maschwitz, cuando Maschwitz era un pueblo en el culo del mundo y no tenía countries ni barrios cerrados.

—¿Qué pasó con ese caballo? —pregunto, con el vago recuerdo de haber visto alguna vez una yegua blanca por la ventana de mi cuarto.

—Lo regalamos, era un quilombo mantenerlo. Fue medio una locura —dice, como si el término “locura” le fuese esquivo, como si no le hubieran atraído ese tipo de cosas toda la vida.

—¿Pero alguien lo anduvo?

—Yo fui a una fiesta una vez, llegué a caballo.

Es importante aclarar que cuando hablamos de una yegua blanca, no nos referimos a la imagen estilizada y elegante que a uno se le viene a la cabeza si piensa en un cuadro de José de San Martín. Esta era más bien un burro albino, si es que eso existe. Por eso me da muchísima risa pensar en mi papá llegando a una fiesta así, montado a un caballo petiso, blanco pero sucio, con un andar irregular.

—Tenía una montura de cuero de la puta madre, eso sí —aclarar—. Me la regaló un paciente del hospital. Quedaba muy graciosa con el caballo, parecía un Fiat Duna con tapizado de cuero.

De estos delirios y malas decisiones desde un punto de vista financiero y económico hay muchos en mi familia. Al caballo se le podría sumar un gallinero, que no era más que un rectángulo alambrado en el fondo de nuestra casa, en donde mi papá criaba y mataba diez pollos por semana para comer, vender y regalar. También tuvimos un pavo al que, según dicen, yo le tiraba de la piel de la papada y salía corriendo.

Pero retomando lo de los autos, es muy extraño volver a vivir la sensación de quedarnos varados después de veinte años. Aunque esta vez no es en la Panamericana sino en la Ruta 2, a la altura de Samborombón, volviendo de Mar del Plata. Una vez frenados al costado del camino, a quince metros de una estación de servicio, atinamos a abrir la tapa del capot para ver si la solución era lo suficientemente evidente como para poder detectarla a simple vista.

—A los autos modernos ya no se les puede meter mucha mano —dice mi viejo con cierta frustración al ver que gran parte del motor está cubierto por una tapa de plástico.

No sé si es cierto, porque nunca entendí nada de mecánica, pero esa es una observación que ya escuché muchas veces y que me pone triste. Será mi enemistad con el presente la que me lleva a esta romanización insoportable del siglo XX, pero la imagen de una

persona frente a su auto, metiendo el brazo en el corazón de un motor grasiento sin más armas que una llave Allen, un trapito y su ingenio, me resulta extremadamente potente y efectiva para graficar uno de los puntos más altos de nuestra evolución como especie. Un humano frente a una máquina que no solo sabe usar, sino que además entiende. Un humano que sabe cómo funcionan las cosas. Algo inusual en este período histórico en el que todo se prende y se apaga aceptando una lógica casi mágica. Porque en el siglo XXI no se puede meter mano, ni usar un motor de barco, ni mucho menos intercambiarlo por un caballo. Ni tampoco llamar a un amigo para que venga a rescatarte con una soga, porque aunque lo más probable sea que ese amigo vaya, en el siglo XXI a uno no se le ocurre llamarlo porque en el siglo XXI antes hay que llamar a una aseguradora multinacional para que ellos manden una grúa, pero como el siglo XXI es una porquería en decadencia esas grúas nunca llegan y es por eso que nos enfrentamos a la realidad de que vamos a tener que esperar por lo menos seis horas al costado de la ruta, mientras las luces de los autos, al igual que en siglo anterior, forman un océano lumínico que se va notando más y más a medida que el sol se va y se hace de noche.

Mi papá está tranquilo, no se embroncó ni un segundo. Una diferencia bastante grande con aquellos años en los que mi mamá se estaba muriendo o ya se había muerto y entonces en mi familia todo explotaba con mucha facilidad. El enojo y la ira estaban a un partido de fútbol de distancia (en mi caso) o a una luz en el tablero (en el suyo). Hoy lo entiendo, pero en ese momento me daba bronca porque además de estar tirados al costado de la Panamericana, había que aguantarlo enojado, cerrando el capot con fuerza, suspirando sin parar, cambiando irritado el dial de la radio. Verlo tranquilo no solo es una buena noticia para sobrellevar la espera compartida, es una constatación del paso del tiempo, de que hace rato que ya pasamos a otra etapa. Y yo, haciendo un corte de lo más arbitrario, esa tranquilidad se la atribuyo a dos cosas: a la paciencia cultivada en el Pantanal y a las microdosis de psilocibina. Punto para el presente.

—¿Las estás tomando?

—Por supuesto, retomé hace unos días.

Antes de salir con el Viejo Almacén, mi hermana Delfina logró algo que de tan inesperado ni siquiera puedo decir que me pareciera imposible, porque honestamente nunca lo había ni pensado: convencer a mi papá de que se llevara cápsulas con dosis muy bajas de psilocibina, la sustancia que tienen los cucumelos, los hongos psicodélicos.

—¿En qué momento del viaje las empezaste a tomar?

—En Asunción, cuando ya la convivencia empezaba a ser un tema.

—¿Ahí fue lo del tucán?

—Sí —contesta seco—, ahí fue lo del tucán.

La primera o segunda mañana en Asunción, mi viejo se despertó por el ruido de algo que martillaba en el vidrio de su ventana. El golpeteo era constante así que pensó que Fernando estaba arreglando alguna cosa en un horario al límite de lo indecoroso. Pero descubrió que no cuando corrió la cortina y se encontró con un tucán de pico naranja, de todos los tonos de naranja que existen, con plumas rojas en la cola, blancas en el cuello y el pecho y negras en el resto del cuerpo, que al verlo dejó de golpear y empezó a mirarlo torciendo la cabeza hacia un costado. El ave lo observó durante un minuto, en donde sus ojos perfectamente redondos se movían de acá para allá, y se mandó a volar.

20 de agosto de 2024

Roby papá

Hijos queridos, hoy me tocó la ventana este bicho impresionante, me asusté porque no entendía quién carajo golpeaba el vidrio. Se quedó como un minuto mirándome y rajó. Les mando video.

10:25 a.m.

Las dos mañanas que siguieron pasó exactamente lo mismo, solo que para mi papá ya no se trataba de una sorpresa, sino de una

visita. El Tucán golpeaba el vidrio, mi viejo le abría la cortina, se miraban un rato y se echaba a volar.

22 de agosto de 2024

Roby papá

Hoy tercera microdosis y tercera aparición del tucán, que a esta altura ya es mi amigo. También hoy es el aniversario de la partida de Mavi, aunque la veo mucho en ustedes, hijos amados. Les mando un beso y abrazo desde el lejano río Paraguay.

7:14 p.m.

—¿Qué sentías con las microdosis en el viaje? —le pregunto mientras esperamos lo que será el primer café de una tarde larga en la YPF de Samborombón.

—No sé, no mucho. Una tranquilidad, una calma. No estaba beligerante y me resultaba muy sencillo no entrar en ninguna discusión.

—Bueno, es bastante —le digo, mientras me acuerdo de ese tornado que le salía del cuerpo en las tardes de banquina.

—Sí, puede ser. Pero digo físico. Físico no sentí nada.

—Yo cuando vos mandabas lo del tucán decía “este está re loco flasheando con un pájaro”.

—No seas boludo, Delfina dice lo mismo. Bah, no sé, en el momento no lo pensé.

Pasaron cuatro o cinco días en Asunción en los que aprovecharon para reabastecerse de alimentos en variedad y cantidad, así que en las comidas que siguieron el menú pasó a incluir más vegetales, hongos, tortillas, carnes, dejando descansar al arroz con pollo que, por más noble que sea, empezaba a agotarlos.

La capital paraguaya es una ciudad de muchísimo contraste entre una enorme mayoría muy pobre y una pequeñísima minoría muy rica. Como toda capital sudamericana, tiene un casco histórico con arquitectura colonial pero a diferencia del de Lima o el de Buenos Aires, este no está conservado. El turismo en Paraguay es una

industria casi inexistente, así que en el centro no hay locales de cadenas de comida, ni cafés de especialidad. Ese tipo de lugares están concentrados en áreas más modernas, en donde también hay shoppings para el decil más rico del país.

—Estos boludos te hablan en guaraní. Les contesto en español y vuelven con el guaraní. ¿No se dan cuenta que no cazo una? —se quejó Adrián después de unas horas recorriendo casas de repuestos.

—¿No te enseñaron nada tus abuelos? —preguntó Iturbe, que después del incidente en Goya, lo esperaba afuera de los comercios y le pedía explicaciones como si fuese un chico al que recién lo están dejando ir a comprar solo.

—¿Mis abuelos?

—Sí, ¿no son paraguayos?

—¡Ah! Sí. No, no me enseñaron nada.

De Asunción para arriba, aunque la potabilidad del agua estaba “casi asegurada”, Fernando sugirió agregar una medida de cloro a los tanques de reserva a modo de control antibacterias. Su experiencia como químico le daba la autoridad suficiente como para que nadie que no quisiera agarrarse una cagadera violenta se animara a contradecirlo, ni a quejarse del gusto a lavandina.

Como el río estaba demasiado bajo, no habían podido entrar a la bahía sobre la que estaba el club en el que querían amarrar originalmente, así que tuvieron que hacerlo en la zona norte de Asunción, en un lugar en donde los barcos llegaban y amarraban a tierra, sin ningún tipo de muelle. En palabras de mi viejo, los baños eran “asquerosos y putrefactos”, no tenían agua caliente y la luz les llegaba a través de un cable que estaba a punto de prenderse fuego. Subir y bajar del barco era difícil y tenían que hacerlo por una escalera muy inestable. Después de un mes de viaje y 1578 kilómetros navegados, los cuerpos empezaban a acusar recibo y las cuquetas del Viejo Almacén iban dejando de parecer tan cómodas. Pero nada de todo esto era realmente importante. El entusiasmo del grupo por haber llegado a Asunción y por empezar la fase decisiva del viaje era imposible de alterar. Iturbe tocaba la guitarra por las noches, María ya se había convertido en una especie de capitana emocional de la tripulación que manejaba las tensiones, los humores

y los enojos de esos señores con los que estaba compartiendo la vida. Fernando revisaba las cartas navales poniéndolas arriba de la mesa, chequeando las curvas de los trayectos que estaban por venir, revisando que estuviera todo en regla. Adrián casi no se quejaba de nada. Mi papá, con sus microdosis y su amigo el tucán, habitaba el estado que más le cuesta: la tranquilidad.

—Hace poco volví a ver *Fitzcarraldo* —le cuento mientras tomamos el café en la YPF.

—¿Vos viste lo que es esa película? ¡Qué maravilla, dios mío!

Fitzcarraldo es una película del director alemán Werner Herzog, filmada en Iquitos y Manaos a principios de los 80 y estrenada en 1982. Cuenta la historia de un fanático de la ópera que en pleno auge del caucho emprende una travesía de alto riesgo con el único objetivo de conseguir los fondos suficientes para construir un teatro en la selva y estrenarlo llevando a Enrico Caruso a cantar.

Hay muchas cosas de *Fitzcarraldo* que me hacen acordar a la expedición al Pantanal de mi viejo y sus amigos, más allá del color del río, de la tierra rojiza y de los montes verdes e impenetrables. Hay algo con la inutilidad. De hecho, al principio de la película, un latifundista al que el protagonista va a buscar como potencial inversor en su campaña, lo define como “el conquistador de lo inútil”, un término que encuentro muy preciso para describir a estos dos señores que llevan adelante una travesía de varios meses, bañándose en duchas frías, asquerosas y putrefactas, enfrentándose a riesgos internos y externos, solo para eso, para conquistar lo inútil. De hecho, de eso trata *Fitzcarraldo*. Y no solo me refiero a *Fitzcarraldo* la película, sino a Fitzcarraldo como concepto. Porque para filmarla Herzog pasó meses en la selva, en un rodaje igual de delirante y peligroso que lo que intentaba narrar, en el que murieron varias personas y en el que terminó a punta de escopeta con su actor principal, Klaus Kinski. Conquistadores de lo inútil: los que la filmaron, sus personajes, los que se inspiran con ella.

—Mirándola descubrí algo que me pareció muy lindo— le digo a mi papá—. ¿Viste que ustedes joden con esa frase de que mientras haya hielo hay esperanza?

—Sí, claro. Es de un viejo con el que navegábamos cuando éramos chicos, se murió hace poco. En el viaje la decíamos todo el tiempo.

—Bueno, ¿te acordás de qué trabajaba Fitzcarraldo antes de empezar la travesía? Fabricaba hielo. O sea que mientras intentaba armar su epopeya inútil, fabricaba esperanza.

—A mí me gusta cuando el tipo va con la vitrola por el medio del río.

En la YPF la situación es la siguiente: los del seguro, después de casi media hora de dejarnos escuchando su música de espera, nos avisan que recién en dos horas van a poder decirnos con precisión cuándo vendrá la grúa que nos va a llevar a casa. Hay olor a asfalto caliente; también a nafta y a pasto seco. Son las siete de la tarde, ese momento del día en el que suele levantarse un viento fresco en el campo. Y se levanta. Se levanta y hace bailar a los eucaliptos que se tambalean y entonces sus hojas hacen ruido a lluvia.

Llevamos ahí un poco más de hora y media, los que atienden el café de la estación de servicio, una señora petisa y un muchacho flaco y alto con pinta de jugador de básquet, nos tratan como si fuésemos los varados de turno: con amabilidad pero sin alarmarse. Sorpresivamente, el mal humor me invade más a mí que a mi viejo. En la tele, Riestra, el equipo de una marca de energizante, le gana a Newell's 1 a 0. Otro rasgo terrible de este siglo.

—¿En Asunción no era donde Adrián tenía que ver a sus abuelos?
—pregunto.

—¿No te conté eso? —hizo una pausa para terminar el café—. Se armó un quilombo bárbaro, casi lo dejamos ahí.

Al tercer día en Asunción, María se animó a preguntarle a Adrián lo que los demás no: dónde vivían sus abuelos y por qué todavía no había dado ninguna señal de ir a verlos. Lo hizo con dulzura pero también con firmeza, mientras almorzaban fideos con bolognesa en la cubierta del Viejo Almacén.

—Los llamé pero no me da tono —contestó Adrián, pensando que con eso se la sacaba de encima.

—¿No te da tono? —preguntó María, un poco irritada—.
¿Navegaste un mes para verlos y la respuesta final es que no te da

tono?

—Sí, no sé, Mery. Son gente del campo, quizás una rama les cortó la línea.

—Escuchame una cosa, Adrián —intercedió mi viejo—. Me rompiste los huevos sin parar porque querías venir a ver a tu sangre guaraní y no sé cuántas boludeces más y ahora salís con esto. ¿Cómo es la historia?

A medida que avanzaba el interrogatorio, los rasgos infantiles de Adrián se exacerbaban. Sus respuestas eran cada vez más incoherentes, su voz se apagaba como la llama de una vela expuesta al viento, sus cachetes se teñían de bordó y no paraba de hacer un rulo con los dedos enrollándolos en el cordón de la capucha del buzo.

—Estás transpirando como testigo falso, boludo. ¿Qué pasa?

—Es que... —dijo Adrián un par de veces, mirando para un costado—. Es que... mis abuelos no son de acá.

—¿De acá de Asunción?

—No, de acá acá. De Paraguay.

—¿Y de dónde son? —preguntó María.

—Ni puta idea, no los conocí, creo que de La Pampa —contestó Adrián que, aunque se lo veía más quebrado, haber dicho la verdad también lo había aflojado un poco.

En una tripulación tan chica y en un viaje tan largo mentir es algo bastante grave. Uno puede ocultar, esquivar temas, hacerse el boludo, pero mentir no. Y no importa que esa mentira a la larga no le cambiara mucho la ecuación al resto (aunque es probable que sin la carta de los abuelos Adrián no hubiese logrado convencerlos de sumarse a la travesía): el simple hecho de mentir genera una desconfianza muy difícil de manejar.

—¿Y lo iban a dejar en Asunción? —le pregunto a mi papá que interrumpió su relato por un buen ataque de Newell's que lo distrajo.

—En realidad es una exageración, no lo íbamos a dejar. Pero él hizo todo un drama, nos pidió perdón, juntó todas sus cosas y se puso a disposición de lo que decidiéramos.

—¿Qué vamos a decidir? Si te dejamos acá no duras ni veinte minutos —dijo Iturbe desde El Conquistador.

—Por mí no te preocupes, vasco. Me llevo al guardián —contestó Adrián y señaló a Ringo, que dormía a los pies de María.

—¿Al perro? —siguió Iturbe—. Primero que ese perro no te sigue ni a la esquina, te odia. Y segundo que tiene menos de guardián que yo de... de... no sé de qué.

—Y bueno, me iré solo. *Quevaser...*

Adrián, otra vez, me hace acordar al Chavo del 8. Para bien y para mal. Su carisma, su torpeza, lo fácil que es quererlo y también la bronca que genera a veces. Por eso esta escena de él juntando su ropa y metiéndola en un bolso, listo para quedar a la deriva casi sin plata en Asunción mientras su perro lo ignora por completo me recuerda mucho al capítulo ese en el que al Chavo lo echan de la vecindad e inevitablemente siento compasión.

—Dejá eso ahí que se te va a caer al agua —dijo Fer, que hasta ese momento era el único de la tripulación que no había hablado y que sorprendentemente logró ver a seis o siete metros que el acusado estaba levantando su bolso para abandonar el barco—. Contestame algo, Adrián, ¿sos boludo vos?

Todos quedaron congelados ante la irrupción categórica de Fernando, que era el único habilitado para retomar la palabra.

—En serio te pregunto. ¿Cómo vas a mentir con esta pelotudez? Y ahora armás toda esta pantomima de víctima. ¡Qué teatrero! —el silencio de los demás seguía mientras el acusado miraba para abajo—. Dejate de joder. Metete adentro del barco y la próxima vez que nos chamuyes te rajamos pero no en Asunción, te tiramos a los cocodrilos, ¿entendiste?

—Sí, Fer. Perdón —fue lo que se animó a contestar mientras entraba al Viejo Almacén para tirarse en su cucheta y a mí se me hace imposible no volver a pensar en el chavo, metiéndose al barril.

—Lo único parecido al Chavo que tiene Adrián es que es un tipo grande que parece un nene —remata mi viejo con los ojos todavía en la tele.

Ya llevamos tres horas y media al costado de la ruta. Mi papá sigue sin enojarse pero ahora lo veo pinchado, cansado. Incluso diría que su cara parece más vieja que antes de empezar el viaje en auto. Lo veo más débil en sus movimientos, en su forma de pararse, en

sus frases. Empiezo a tener miedo de que el enojo no llegue por falta de energía. Lo primero que me sale decir es que es uno de esos momentos en los que dejás de sentirte hijo. Pero si lo pienso un poco creo que no es verdad. Sí me siento hijo, un hijo preocupado que intenta resolver, pero un hijo.

Los del seguro siguen sin dar precisiones de cuándo nos van a venir a buscar. Quizás en tres horas más, dijeron hace un rato. El muchacho que atiende el kiosco de la estación de servicio nos pregunta si estamos bien y nos avisa que en cuarenta minutos tiene que cerrar.

—Esta mierda del seguro es como la prepaga —dice mi papá, y ahora sí hay un poco más de bronca en su voz—: la pagás toda tu vida sin usarla y cuando la tenés que usar te dejan a gamba. Qué país...

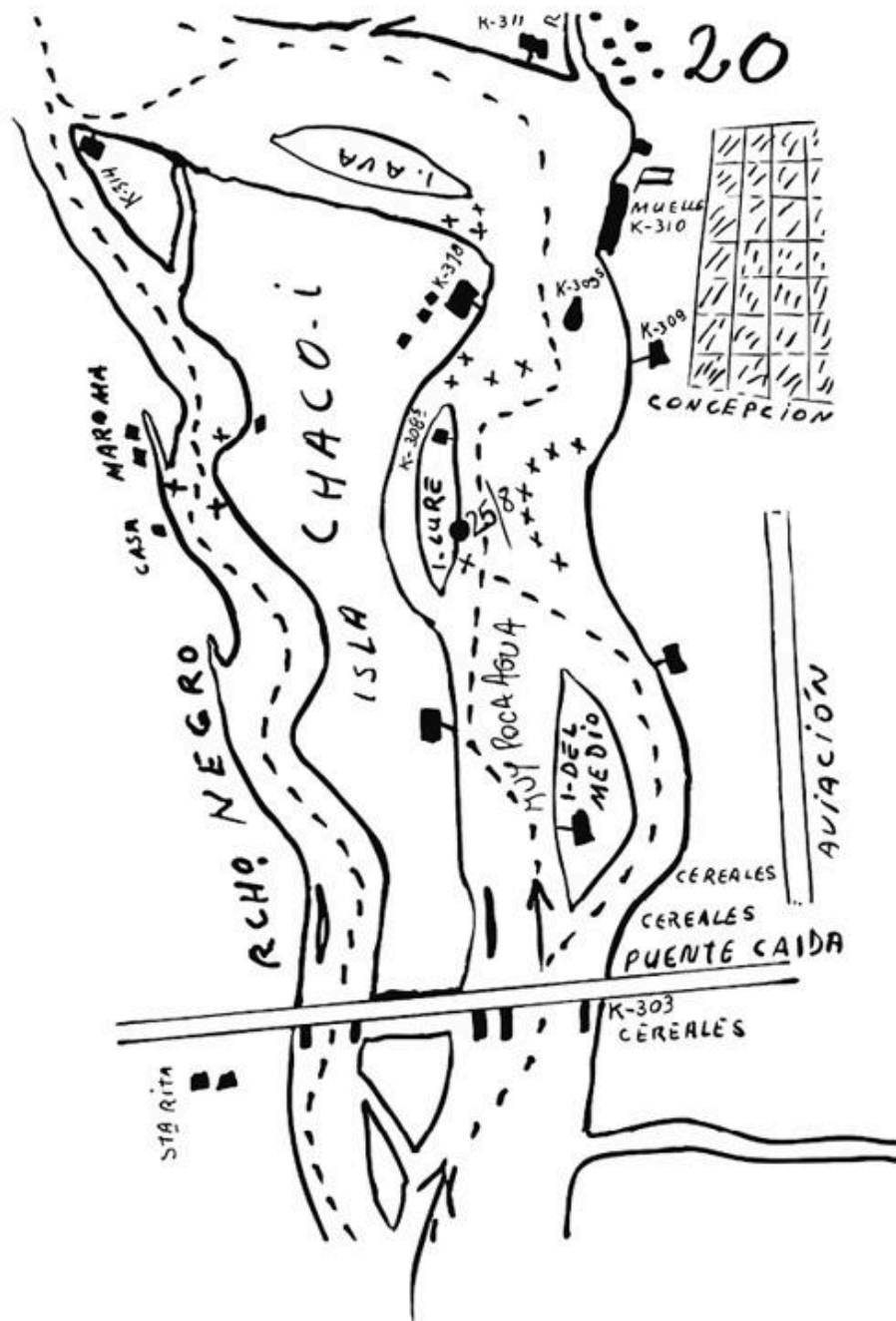
“Qué país.” Cuánta información hay en ese lamento. Setenta y cuatro años de información. Quizás en otra situación escuchar esa frase me hubiese irritado, lo hubiese encontrado un poco tilingo, hubiese citado ejemplos de otros países que también fallan, hubiese sido un pesado tratando de convencer a un médico jubilado de que este país está bueno como si él no lo supiera. Pero hoy no. Hoy tiene razón. Estamos tirados al costado de la ruta hace cuatro horas y a nadie pareciera importarle. Hoy, ahora, en este momento, este país es una mierda y no hay por qué defenderlo. Mi amigo Quintín dice que nosotros amamos Argentina porque Argentina quiere matar a nuestros viejos, que nuestro país quiere matar al padre, que nuestro nacionalismo es casi psicoanalítico. No sé si es así, pero hoy lo que veo es que el tipo que fue y volvió del Pantanal, el que mataba diez pollos por semana y caía a una fiesta montando un caballo deforme, está perdiendo contra una aseguradora.

—Miren, yo tengo que cerrar ahora —nos dice Franco, el muchacho alto de la YPF—, pero si ustedes quieren en el baúl tengo una soga y voy para Etcheverry, llegando a La Plata. Los puedo remolcar hasta allá, que es otra jurisdicción y las grúas llegan mucho más rápido.

—Sos un gauchazo, Franco —contesta mi viejo, y la cara del pibe es la de alguien que no termina de entender si lo están elogiando o

insultando.

Y así nos volvemos. Empujados por un Clio rojo, atados con una soga. Ayudados por un humano. Un humano que tenía una soga en el baúl, una soga para ayudar a otros humanos. Y charlamos con Franco. Del motor del auto que recalentó, de las microdosis, de Riestra-Newell's. Mi viejo le pregunta si vio *Fitzcarraldo*, Franco contesta que no, mi papá le dice que no se la puede perder, Franco dice que le gustan los barcos pero que nunca estuvo en ninguno, mi viejo le cuenta del Viejo Almacén, Franco dice que le encantaría hacer algo así, que sus abuelos son paraguayos, mi viejo le hace un chiste sobre Adrián, Franco no lo entiende.



BITÁCORA DE ROBY EN SU VIAJE AL PANTANAL

31 DE AGOSTO DE 2024

Ya vamos un mes, un mes y pico de viaje. Más de 1600 km navegados. La chata va y va. El 1114 se la viene bancando, su ronroneo es parejo y por ahora nada nos detiene. Dejar atrás Asunción fue un envión fuerte, sentir que avanzamos, que estamos bastante adentro del continente, que el paisaje cambia (hace más o menos 90 km que venimos navegando entre costas altas y acantiladas a ambos lados del río), todo eso ayuda a seguir. Lo que no ayuda es el agua, porque cada vez hay menos. Pequeño inconveniente, aunque confiamos en que las mareas de los días próximos nos darán una mano. De lo contrario, estamos ante un quilombo bastante groso porque con este caudal no vamos a poder entrar a Concepción y mucho menos llegar hasta el Pantanal.

Hace dos días que nos vienen siguiendo unos chaparrones cortos. Caen soretes de punta durante veinte minutos y después para. Es una linda sensación. Nos obliga a todos a callarnos porque con el ruido no se escucha una mierda. El río se llena de burbujas y uno adentro del barco se siente protegido. Siempre me gustó ese ruido, cuando vivíamos en Maschwitz teníamos techo de chapa y era espectacular. Es el sonido perfecto para leer.

Hoy tercera aparición
del Tucán que a esta
altura ya es mi amigo.



Hablando de eso, estuve leyendo un poco sobre el viaje de Juan de Ayolas, un marino español que fue mayordomo de Pedro de Mendoza y al que después de la fundación de Buenos Aires, en 1537, enviaron a una expedición desde el Río de La Plata hasta el Pantanal, con el objetivo de encontrar la Sierra de la Plata, aquella montaña mitológica que los españoles buscaron sin parar y nunca encontraron. A Ayolas lo mandaron con 3 barcos y 180 hombres. Casi sin víveres, una locura. Siempre que leo sobre estas cosas me impresiona la precariedad en la que vivían esos tipos. Lo que se cree es que entablaron una relación bastante amistosa con un grupo de indígenas payaguaes y que estos los invitaron a su poblado para darles de morfar y que por algún motivo una vez que estaban en el poblado los emboscaron y los mataron a palazos. Al menos eso es lo que narra Álgar Núñez Cabeza de Vaca, otro marino español al que años más tarde enviaron a investigar qué carajo había pasado.

Así que acá estamos, navegando las mismas aguas que Ayolas hace 500 años. Remontando el mismo río Paraguay, quizás con menos fauna salvaje, con menos riesgos, a motor y no a vela o a remo como ellos, aunque impulsados por el mismo espíritu común: el de la búsqueda de nuevos horizontes.

La vida en el barco viene bastante bien. Sigue la rutina de que me toca timonear a la mañana temprano y lo disfruto mucho porque nadie me rompe las pelotas y a esa hora el río es un espejo así que me voy fumando un pucho tranquilo. Cuando llegue a Buenos Aires voy a tener que dejar.



Hace unos días empecé las microdosis que me preparó Delfinita. Yo nunca había probado psilocibina, por ahora no me hace mucho, aunque me siento más tranquilo. Menos beligerante, por no decir que me chupa todo un huevo. Las empecé en Asunción, con mi amigo el tucán, veremos cómo sigue la cosa. Creo que fueron fundamentales para no ahorcarlo al boludo de Adrián cuando nos enteramos que lo de sus abuelos paraguayos era un bolazo. Aunque con la cagada a pedos de Fer no hizo falta.

Ya vamos un met.
un met y pico de
viaje.
Más de 1600 km navegados.
La chata va y va.

Pero bueno, sigo pensando que es un buen tipo y que su intención no era cagar a nadie sino dejar de estar solo. Es brava la soledad a cierta edad. Me da un poco de culpa con los demás pero creo que a su manera Adrián también aporta lo suyo al grupo. Lo gracioso es que ahora quedó tan asustado de que lo dejemos abandonado que casi no habla y se porta como un chico que

acaba de salir de penitencia. Siempre me costaron las penitencias, nunca fui bueno para ponérselas a mis hijos.

María es amorosa. Una mina muy gaucha, muy corajuda. Ella agarra el bote y se manda para los juncos a hacer sus proyecciones y a juntar barro. Ya debemos tener varios kilos. Que se haya sumado a la tripulación es muy importante, charlar con ella oxigena los quilombos.

Mañana deberíamos poder entrar a Concepción. Si el agua acompaña. A rezarle a Dios, a Ayolas y a la puta que lo parió.

VI

El otoño en Villa Adelina es perfecto. Hay un momento en el que los plátanos se ponen naranjas y toda la Avenida de Mayo, desde el golf municipal hasta la estación de tren, parece un túnel de fuego. En la calle de mi papá, que aunque yo ya no viva ahí también es mi calle, se va juntando la hojarasca y de repente uno siente que camina por un bosque de fauna conurbana en donde en vez de troncos llenos de musgo hay autos abandonados con un tachito apoyado en el techo y las liebres y los zorros en realidad son perros que ladran detrás de una reja despintada.

Nos fuimos a Villa Adelina en 2007, tres años después de que se muriera mi mamá, lo cual es una picardía porque su cumpleaños era en mayo y creo que hubiese disfrutado mucho pasarlo alguna vez en este barrio anaranjado. La mudanza de una quinta casi rural en Maschwitz a un chalet en la zona norte del Gran Buenos Aires fue difícil; de hecho, nunca la terminamos del todo. Todavía hay algunas cosas embaladas y las fotos, por ejemplo, están todas amontonadas en una caja enorme sin ningún tipo de organización. Algunas de la década del sesenta, de las infancias de mis viejos, otras de cuando se conocieron, otras de la época en las que empezaron a tener colores, otras de los noventa en donde empiezo a aparecer. Varían los cortes de pelo y la ropa, los perros, las casas, los actores secundarios, pero no nuestra familia. Hace unos días que mi papá decidió encarar ese orden y tiene la caja arriba de la mesa de la cocina. Va sacando de a pilones e intentando encontrarles una lógica posible, apoyándolas por ahí como si fueran piezas del rompecabezas de toda su vida.

—Mirá, esta es la tía Carola —dice, mostrándome una foto que debe tener seis décadas y media de antigüedad en donde se lo ve a él de cinco años, a sus hermanas de cuatro y tres y a una señora con un bebé a upa, que es el hermano menor de mi papá—. En

realidad, mi vieja decía que era su tía pero no lo era, era una amiga de su mamá.

La tía Carola, que treinta años después le dio el nombre a mi hermana Carola, venía a Buenos Aires tres o cuatro veces al año a visitar a mi abuela. Era de los pocos vínculos que le quedaban en Rosario y cada vez que llegaba, mi abuelo le compraba ginebra porque ella decía que sin un chupito no podía hacer la digestión. En la foto se la ve sonriente, igual que a mi papá, al que es muy fácil encontrarle los mismos rasgos en la cara que hoy, solo que peinadito para un costado y con un short y una camisa blanca abrochada hasta el cuello. Algún día, la ciencia tendrá que darnos una explicación sobre las caras de época, sobre por qué los niños de la década del cincuenta se ven tan distintos a los de ahora, sobre por qué los jóvenes de los treinta no se parecen ni a los adultos de hoy. A mí me gusta pensar que lo que vemos modifica nuestras caras y que entonces a medida que modificamos el mundo vamos cambiándole el rostro a las generaciones venideras. Pero acepto su falta de rigor científico.

—¿En esa casa fue lo de la soda cáustica? —pregunto.

—Sí, justo detrás de donde estamos parados, en un tallercito que tenía mi viejo.

Las secuelas del episodio de la soda cáustica acompañan a mi padre hasta el día de hoy. Fue por esos años, una tarde en la que él, sus hermanas y unos vecinos jugaban a los borrachos con las botellas que encontraban en el galponcito. Mi papá se puso a explorar y de abajo de una mesa sacó unos envases de Seven Up, agarró uno y como si fuese un trofeo lo levantó y le pegó un trago, obviamente sin saber que tenía un fondito de soda cáustica que mi abuelo había estado usando para remover la pintura de unos postigos.

—Terminé en el hospital de niños, me hicieron un lavaje de estómago, una catástrofe —dice mi viejo, que al día de hoy tiene el esófago quemado y se ahoga si no mastica bien, algo que pasa muy seguido y que a sus hijos nos irrita porque no aprende a comer despacio.

—¿Pudieron entrar a Concepción al final? —pregunto una vez que dejó la foto de la tía Carola en un piloncito con otras fotos en blanco y negro.

—Poder pudimos, pero no con el Viejo Almacén, llegamos en un gomón que nos prestaron.

Por una decisión estratégica, habían resuelto dejar de navegar un poco más temprano de lo habitual y fondear unos kilómetros antes de la entrada a Concepción para poder encarar la llegada al día siguiente con luz plena y apelando a que con un poco de suerte la marea los ayudaría. Pero no los ayudó. Salieron bien temprano, aprovechando también que había dejado de llover, pero a medida que se acercaban el río les devolvía una imagen flaca, de poco volumen, incapaz de transportarlos. La falta de agua sería algo con lo que tendrían que lidiar a medida que se acercaran al Pantanal. También los incendios, aunque ese día no llegaron a verlos porque los chaparrones de la noche anterior los habían apagado así que solo quedaban las ramas negras de las plantaciones de eucaliptus y el olor a ceniza mojada como evidencia.

—Lo del humo se va a poner espeso en unos kilómetros — advirtió Fernando.

Muchas barcas amarradas a las costas eran la prueba de que efectivamente no podrían entrar a la ciudad, así que abandonaron el canal principal y se dirigieron a la isla de Chaco'í, en donde, según las cartas del Aquidabán, figuraba una reserva natural. La navegación era lenta y tortuosa y obligaba al timonel, que en este caso era mi viejo, a ir encontrando el camino de mayor profundidad.

Después de un par de kilómetros bordeando la isla se encontraron un cartel que señalaba el inicio del área protegida. Estaba pintado en blanco sobre una chapa oxidada y no aportaba más información que la palabra "reserva" en imprenta mayúscula. Unos veinte o treinta metros más adelante un barco totalmente negro descansaba amarrado a un poste y a la misma altura pero un poco más adentro de la costa, sobre una colina, se veía un rancho hecho de maderas, chapa y una lona verde de Gatorade.

—No sabés lo fulero que era el barco, El Danubio se llamaba — relata mi viejo, que ya tiene un nuevo pilón de fotos en la mano—.

Una cosa espantosa, enorme, todo pintado de negro, ¿podés creer?
¡De negro!

Mi papá odia las cosas pintadas de negro. Las casas, los barcos, los autos, la ropa. La odia por una razón pura y exclusivamente práctica: dice que absorben demasiado el calor.

—¿Y de quién era el barco?

—De dos húngaros.

De toda la fauna que habita el Pantanal, de todos los personajes posibles que pueblan las costas del río Paraguay, desde Corrientes hasta el Mato Grosso brasileiro, de todos los marineros errantes que navegan las arterias marrones de nuestro continente, esa fue la respuesta que menos me esperaba: dos húngaros.

—Sí, no habíamos ni apagado el motor y ya salieron a saludar. Uno canoso, con el pelo y la barba muy largos, y el otro medio pelado.

Se llamaban László y Dávid y, según la descripción de mi papá, que no pudo definir con claridad cuál era el pelado y cuál el canoso, parecían dos personajes de una película, una especie de *Waterworld* húngaro-guaraní.

—¿Qué carajo hacían dos húngaros ahí?

—Es un misterio —contesta mi viejo abriendo grandes los ojos—. Tenían toda una explicación pero lo cierto es que es un misterio.

Según su historia, László y Dávid eran amigos y habían salido de Trieste, Italia, en un velero hace por lo menos siete años. Velero que abandonaron en la isla africana de Cabo Verde, frente a Senegal, por una falla en el motor. El siguiente capítulo de su narración los ubicaba directamente y sin explicaciones ahí, en Chaco'í, una isla recóndita en el centro de Paraguay en donde eran propietarios de una hectárea y media, en la que supuestamente vivían de gestionar trámites migratorios para gente de África, Rusia y Europa del Este con ganas de instalarse en la república guaraní.

—Qué turbio... —fue lo primero que me salió decir.

—Andá a saber en qué andaban —dice mi viejo con bastante seriedad—. A quién traerían... Espías rusos, asesinos, prófugos, cualquier chanchullo...

Pero lo más raro de todo es que apenas El Conquistador y el Viejo Almacén apagaron los motores, estos dos personajes aparecieron con una sonrisa y una birra en la mano para recibirlos como si los hubieran estado esperando hacía horas. Hablaban un castellano bastante trabado pero se hacían entender y demostraban una hospitalidad difícil de rechazar en una situación así. Tenían una heladerita portátil llena de latas de cerveza y no paraban de hacer preguntas sobre el origen y el destino de los barcos recién llegados.

—¿Y a ustedes les parecía raro o estaban tranquilos? —pregunto un tanto inquieto por la aparición de los húngaros.

—Bueno, pensá que toda esta información de los migrantes, del velero en Cabo Verde, todavía no la teníamos. Hasta ahí eran solo dos gringos simpáticos en un barco negro. Aunque lo del barco negro, fuera de joda, era raro. Es muy de contrabandista un barco negro...

Ringo fue el primero en desembarcar en la reserva y encaró directo a olfatearle las botas al de pelo largo, que a partir de ahora voy a suponer que era László. Iturbe tardó unos minutos en tomar confianza pero al rato ya estaba intercambiando datos sobre viajes en velero y cruces del Atlántico.

—¿Dónde es Hungría, che? —preguntó Adrián que ya tenía una birra en la mano—. Yo salí con una mina que su familia era de ahí.

—Ni se te ocurra, Adrián —lo frenó Fer.

Los europeos parecían no entender del todo las conversaciones pero se reían constantemente y no paraban de abrir latas que sacaban de la heladerita. Las vacías iban al piso. El ambiente era festivo y la rapidez con la que se había armado le daba un toque onírico al encuentro. Una radio FM pasaba clásicos de los ochenta a un volumen un poco más alto de lo que mi viejo y Fernando hubiesen querido. María era la única que parecía observar todo con distancia.

—¡Bienvenidos, amigos argentinos! —exclamó László; cuando mi papá lo imita lo hace con un acento ruso estereotipado—. Esta es nuestra casa, nuestra reserva natural, así que pueden quedarse todo el tiempo que quieran. Aquí podemos conseguir lo que vosotros

queráis. Y si quieren ir a Concepción pueden hacerlo en nuestro gomón.

—Tenemos que ir a comprar combustible y algunas provisiones, así que nos vendría bien, la verdad —dijo Fer.

—Úsenlo sin problema. Pero si quieren combustible no recomiendo comprar en Concepción. Tenemos amigos que venden barato —complementó Dávid—. Solo tienen que avisarnos y los llamamos, se acercan hasta la boca del río Paraguay.

A la hora del almuerzo, una mujer paraguaya, que hasta ese momento no se había dejado ver, empezó a repartir bandejas con una picada que incluía quesos, fiambres y trozos de yacaré fritos, una carne blanca un poco dura que solo cobra sentido si se la humedece con un alioli o algo parecido. La presencia de la mujer les llamó la atención porque las condiciones precarias de la vivienda de los húngaros no coincidían con la idea de tener personal doméstico.

—Gracias, ¿cómo te llamás? —le preguntó María en una de sus primeras intervenciones del día. Pero la mujer no respondió, esquivó la mirada y se retiró rápido de la escena.

—Raro eso, ¿no? —lo interrumpo a mi viejo, que está tan compenetrado con el relato que hace varios minutos dejó de acomodar las fotos en pilones.

—Sí, pero ipará! Al rato viene María y se me sienta al lado. Estaba medio pálida y me dice: “Roby, fui a caminar y está lleno de casquillos de bala por todos lados”.

—¿Y qué hiciste? —pregunto, sintiendo de pronto que mi corazón bombea cada vez más acelerado.

—¿Y qué voy a hacer, boludo? —retruca mi viejo con un principio de sonrisa en la cara—. Me cagué en las patas y le dije que se quedara tranquila.

Mi papá nunca fue de alarmarse. De hecho, diría que es lo contrario a una persona alarmista. Como padre, e incluso como padre/médico, era realmente difícil verlo entrar en un estado de preocupación, siempre mantenía la calma si alguno de nosotros se enfermaba o sufría algún tipo de lesión. Siempre priorizaba el diagnóstico menos dramático. Y así como su tensión y sus frustraciones exageradas ante problemas chicos —como poner un

tornillo torcido— siempre me molestaron mucho, su calma ante situaciones de caos real es algo por lo que le estoy muy agradecido.

—Pero ¿se quedaron ahí?

—Es que no teníamos adónde ir, había muy poca agua. Lo que hice fue convencer a todos de que teníamos que ir a pasar la tarde a Concepción como para salir del radio de acción inmediato de los húngaros.

Arrancaron para la ciudad en el gomón de los húngaros. Todos: mi papá, Fer, Adrián, Iturbe, María, Ringo y László y Dávid, que insistieron en acompañarlos. Serían las dos de la tarde y el sol, que pegaba fuerte, empastaba la leve borrachera que se habían agarrado sin darse cuenta.

—Aquí van a esperar a nuestros amigos esta noche para comprar el combustible —señaló László cuando entraron al río Paraguay.

Concepción es hermosa, con calles amplias, muchas de ellas empedradas con lajas y un casco histórico con arquitectura antigua que permite imaginar cómo era la ciudad en los años cercanos a su fundación, en 1773. Es un pueblo muy orgulloso y por muchos años sufrieron discriminación y aislamiento por ser políticamente opositores al dictador Alfredo Stroessner.

—Cuando llegamos al puerto vimos el Aquidabán abandonado, listo para el desguace —me dice mi papá, que pausó hace unos minutos su tarea de las fotos y ahora se está haciendo un café—. Te da una tristeza, me acordé de vos.

Conocí el Aquidabán en julio de 2019, en un viaje que hice con mis amigos por Paraguay en el que recorrimos desde la capital hasta las colonias menonitas de Chaco, pasando por el río cristalino de Tagatiyá. Llegamos medio de casualidad, por la recomendación de una señora con la que conversamos en un restaurante de Asunción, y navegamos un día y medio hasta Vallemí. Mis recuerdos son difusos porque ese tramo lo hice estando enfermo, con una gripe bastante fuerte, así que en mi memoria los pasillos repletos de gente durmiendo en hamacas —a punto tal de tener que pasarles por encima para poder caminar—, la cubierta llena de bolsas de cebolla, motos y distintas máquinas, los cuatro borrachos que nunca se movieron del bar y nuestro camarote minúsculo en el que nos

alimentábamos a base de Sugus confitados y una botella de Ballantine's se mezclan en una especie de sueño febril.

En ese barco, una señora de un grupo de cuatro mujeres de entre cincuenta y sesenta años me preguntó si podían sacarse una foto conmigo y cuando les pregunté por qué me dijeron que porque era muy rubio. El resultado es fascinante: yo en el medio, con una remera de Fernando Peña, en mi época de pelo platinado y todas ellas alrededor con esa sonrisa que ponen las personas que posan sosteniendo una boa.

—No puedo creer que está ahí tirado, pudriéndose —contesto—. Cuando viajamos estaba medio baqueta, pero era el corazón de la zona, le daba vida al lugar.

El Aquidabán es un barco de doscientos pasajeros construido en 1979. Su capacidad de carga es de nueve toneladas. Tiene treinta y nueve metros de eslora (largo) y seis de manga (ancho) y en las marcas del casco se le notan sus cuatro décadas transportando gente y todo tipo de mercancías entre Concepción y Bahía Negra, en la frontera con Brasil. Unía pueblos que por años no tuvieron otra conexión que esa. Era parte del ecosistema del río. Verlo vacío y abandonado al costado del puerto es encontrarse con el cadáver de una ballena centenaria en la orilla del mar.

—Lo construyó la familia Desvars —dice mi papá— y fue un Desvars, hijo del primer capitán del barco, el que le regaló las cartas navales a Iturbe.

—¿Y por qué lo abandonaron?

—Parece que necesitaba unas reparaciones que eran tan caras que no las podían afrontar. Además, las rutas terrestres fueron mejorando y eso les sacó laburo.

Al llegar al puerto, tres adolescentes los ayudaron a bajar del gomón con una gestualidad en la que se advertía que reconocían la autoridad de los húngaros. Uno de ellos, que estaba en cuero y con un short de Cerro Porteño, cuando hizo contacto visual con László soltó un tímido *karai*, que en guaraní significa "señor".

—Nos tenemos que ir a la mierda —le dijo Iturbe a mi viejo por lo bajo y sin mirarlo, con la mirada hacia el frente.

—Sí, vasco, ya sé. Cargamos gasoil esta noche y si enganchamos un poco de agua rajamos mañana a la mañana, ya lo hablé con Fer.

Fueron tres horas en la ciudad, repartidas entre turismo y aprovisionamiento. Los húngaros los guiaban, o los vigilaban, o las dos cosas. Adrián era el único que parecía no entender la tensión de los demás e iba charlando con Dávid, preguntándole si era más fácil levantarse una mina en Paraguay o en Hungría, aunque nunca se refería a Hungría como Hungría sino diciendo “allá”.

—¿Y cómo consiguieron gasoil al final? —trato de retomar con mi papá, que hace un rato volvió al orden de fotos en pilones y dejó de hablar.

—Es lo que te conté la otra vez, lo de los filibusteros que vinieron con el bote de fierro y nos quisieron cagar guita.

—¿Y por qué Iturbe no estaba con ustedes durante la carga?

—Porque El Conquistador tiene una reserva más grande de combustible y el vasco no quiso cargar ahí, así que nos esperaba doscientos metros más arriba —dice y con una foto en la mano señala al norte—. Pero fueron una cagada esos días.

—¿Se fueron ahí nomás?

—Sí y asustados porque les habíamos dicho a los húngaros que íbamos a cargar gasoil y volvíamos a comer. Pero cuando se armó el quilombo con los filibusteros le hablamos a Iturbe por la radio y dijimos “rajemos ya”.

Irse intempestivamente en esa situación podía significar dos cosas. La primera lectura posible es la del escape perfecto: el Viejo Almacén y El Conquistador habían encontrado el momento justo para huir de dos traficantes de personas que planeaban reducirlos a la esclavitud o simplemente matarlos por placer. La segunda, y la más probable, es que los húngaros, que en términos estrictos habían sido sumamente amables y buenos anfitriones y que usaban armas para cazar, como casi todas las personas de la zona, estaban siendo víctimas de un episodio de psicosis paranoica colectiva por la cual un grupo de viajeros a los que habían agasajado los estaba plantando con un asado a medio hacer yéndose sin saludar.

—Sí, esa es otra opción —dice mi papá—, pero no la pienso mucho porque me da una culpa terrible.

A la decisión de la escapada le siguieron unas dos horas de navegación nocturna, algo bastante peligroso y poco recomendable porque estaban en una zona de muchas curvas y rocas que, yendo a una buena velocidad, pueden destruir el casco del barco. Por suerte el agua había empezado a subir y la adrenalina de la huida empujaba las hélices casi tanto como los motores.

—Mirá, en esta estamos con Fernando —me dice, mostrándome una foto en donde se los ve a ellos con veintipico de años a bordo de un velero. Ambos visten pantalón de gabardina y camisa de manga corta, ambos tienen bigotes, ambos sonríen mirando a cámara, solo mi papá está fumando, solo Fernando usa anteojos—. Eso fue en unas regatas a Montevideo, en el barco de un viejo que nos invitaba para que le hiciéramos de tripulación.

El papel de la foto amarilleó. Aunque conserva la imagen de dos rostros jóvenes, envejeció con ellos.

Quedaban dos o tres días de navegación antes de entrar a Brasil. Dejar atrás Concepción, fuera correcta o no su paranoia sobre los húngaros, significó un alivio. A cada kilómetro que avanzaban se encontraban con un paisaje más indómito. Se sorprendían cada vez menos con las familias de yacarés y de carpinchos que tomaban sol de a decenas en las costas barrancosas del río. A la fauna frecuente se le sumaba un nuevo integrante que daba cuenta del ingreso al Pantanal: el tuyuyú, una cigüeña que puede medir hasta un metro y medio, con plumas blancas en el cuerpo, rojas en el cuello, con la cabeza y el pico negros.

—Tremendo pajarraco —destacó Adrián cuando se cruzaron al primero.

María, en cambio, logró captar el vuelo de uno de ellos en una serie de fotos que luego, al anochecer, imprimió con el proyector en el monte, generando una especie de stop motion de luces en la vegetación.

El tuyuyú es uno de los emblemas del Pantanal. Verlos volar paralelos al agua calma que los espejaba en el atardecer, parados en los bancos de arena o en el lomo de un carpincho no solo fue hermoso, era reconfortante. Quería decir que estaban llegando, que

el destino final estaba un poco más cerca. Ahora solo faltaba el otro símbolo, la figurita difícil que habían ido a buscar: el yaguareté.

—La primera señal la vimos en las cuevas de Vallemí —recuerda mi papá ante mi pregunta de si sentían que estaban cerca de verlo—. Ahí nos bajamos y estaba lleno de huellas, se notaban muy claramente las patas marcadas en el barro.

—¿Bajaron en las cuevas?

—Sí, todos menos Fernando que dijo que se sentía más seguro en el barco. Pero sí, impresionante ver esas cavernas al costado del río. Cuando bajamos estaba todo el piso lleno de piel de yacaré porque ahí los cuerean los cazadores para después venderlos.

Vallemí es uno de los últimos pueblos de Paraguay antes de llegar a Brasil; ahí viven cerca de veinte mil personas, de las cuales la mayoría trabaja en tareas relacionadas con la industria del cemento. Su gente es increíblemente hospitalaria y atenta, lo experimenté en carne propia en aquel viaje que hice en 2019. Es el comienzo de una zona más montañosa que el resto de la región y es por eso que el río se vuelve bastante más complicado de navegar por las curvas y los picos pedregosos. También el humo, que a medida que avanzaban se tornaba más y más espeso, complicaba la visión e irritaba los ojos y los pulmones.

—Acá creo que va a ser más útil usar las cartas del Aquidabán —dijo Fer, que miraba las hojas con una lupa y se tapaba la boca con el cuello de la remera—. Da miedo confiar en su precisión pero miren..., tiene marcado todo, las profundidades, las piedras grandes, todo.

—Mirá que por esas cartas terminamos en lo de esos húngaros que casi nos comen crudos —intervino Adrián, aunque sabía que su opinión sobre temas relacionados a la náutica no sería considerada ni un segundo.

En este tramo el timonel era mi viejo, que hizo caso a la recomendación de su amigo. Porque si bien es cierto que seguir las indicaciones del tripulante que menos ve no parece ser la decisión más racional, también es verdad que para una situación así no hace falta ver, hace falta sentir el río, ser el río. Como un pez, como un

tronco que se deja ir con la corriente, como una roca, como un viejo navegante y su lupa.

VII

Una tarde, durante el viaje que hice en 2019 a Paraguay con mis amigos Iván y Nico, nos tomamos un ácido en un camping a orillas del río Tagatiyá. En realidad era la casa de una señora que alquilaba parte de su jardín, que daba a ese río de agua azul verdosa que se llena de peces nadando entre las piedras. Recuerdo que jugamos mucho ese día, que fue como volver a ser niños, y que cuando se hizo de noche, mientras intentábamos descongelar un pollo entero adentro de un balde con agua tibia, Iván puso unos tangos de Gardel en el parlante Bluetooth. Desde los trece o catorce años que me gusta el tango, pero esa vez fue diferente; se sentía en el aire una especie de conexión con nuestros antepasados, con nuestra raíz argentina, con la tradición. Y sé que suena grandilocuente pero así se habitan las emociones a veces en estado de psicodelia. De hecho Nico, en un momento, con los ojos llenos de lágrimas, nos contó que estaba sintiendo una emoción muy grande porque recordaba a su abuelo afeitándose, con una musculosa de morley, tarareando la melodía de “El día que me quieras”, que era el tango que estábamos escuchando. Por pensar en eso se me dibuja una sonrisa cuando escucho que Fer se acerca a la puerta silbando la primera estrofa de esa canción.

—¿Qué haces, Marquitos, tanto tiempo? Me alegro mucho de verte, estás hecho un tipo grande.

Yo a él en cambio lo veo igual. Con el bigote tupido y de color gris, con los anteojos integrados a su cara como si fuesen parte de sus rasgos, un poco más encorvado y con alguna que otra arruga más, pero en esencia igual a la imagen que guardo en mi memoria de aquel tío postizo que rápidamente me encomendaba una tarea si me veía demasiado al pedo. Lo noto contento de verme y a mí también me gusta encontrármelo.

—¿Querés un café? —me propone, mientras agarra unas mangueras que le entrego, que son en realidad el objetivo principal de mi visita por pedido de mi papá.

—Dale, uno y arrancho.

—¿Cómo está tu viejo? —pregunta, dándole fuego con un magiclick a una hornalla en la que se apoya una cafetera Volturno.

—Bien, ya está en la casa hace un par de horas.

Durante la pandemia, mi papá tuvo una neumonía que casi lo mata. Estuvo en terapia intensiva un par de días y Fernando fue una de las personas que más nos acompañó. Desde entonces que no me lo cruzaba. Esta vez lo de mi papá es algo mucho más sencillo: una intervención programada y sin demasiado riesgo pero que le exige un tiempo de reposo y es por eso que me asignaron la misión del traslado de las mangueras para el Viejo Almacén.

La casa de Fer es exactamente como uno imagina la casa de Fer. Hay cuadros de barcos pintados y fotografiados por todos lados, mapas enmarcados, cartas náuticas apiladas en la mesa del living, lupas, un globo terráqueo... Y muchas obras de sus hijos, que son pintores, en las que retratan paisajes del Delta.

—¿Extrañás estar de viaje? —le pregunto, interrumpiendo su silbido gardeliano que cada tanto reaparece.

—Totalmente, desde el momento en el que puse un pie en la tierra —dice—. Llegué a Buenos Aires después de navegar noventa días y apenas bajé las cosas del barco dije: "Yo me voy de nuevo". Me pasa siempre que vuelvo. Pero porque a mí me gusta navegar, sí. Pero lo que más me gusta es la vida a bordo, eso me apasiona. Yo soy feliz viviendo a bordo. Con la cocina, con el motor, sacando agua cuando se mete, arreglando algo..., la vida a bordo.

Usa las manos para hablar. Y las cejas también. Levanta ambas cuando quiere hacer hincapié en lo que está diciendo.

—El otro día se lo pregunté a mi papá, pero quiero saber qué pensás vos. ¿Cuál era el objetivo final del viaje? Porque entiendo eso que decís de la vida a bordo, pero diez años armando un barco, tres meses navegando... no sé, siento que hay algo más.

—Creo que el impulso era hacer algo épico, algo presuntuoso, algo que no todo el mundo hace. Agarrar tu barco y meterle seis mil

kilómetros —dice mientras sirve los cafés en dos pocillos estampados con el dibujo de un ancla—. Y porque teníamos tiempo. Yo en la vida me tomé más de dos semanas de vacaciones... Laburábamos todo el día. Y ahora, en cambio, podíamos, teníamos tiempo.

Tener tiempo. Lo más valioso en esta época. Y tener guita, sí, también. Pero sobre todo tener tiempo. O al menos a mí esa idea me genera más fantasía que la de acumular plata.

—¿Qué hay con la épica? —pregunto—. ¿Con qué tiene que ver?

Antes de contestar, piensa unos segundos, mueve el cuerpo unos centímetros hacia adelante y se sienta en el borde de la silla.

—Con sostener el esfuerzo de hacer algo que a otros les parece ridículo. Con terminar un proyecto que otros no entienden ni le dan valor.

Me gusta esa idea. Sobre todo en una época en donde las características que conocíamos sobre lo épico y lo espectacular parecieran agotadas. En donde todas las imágenes increíbles que uno ve, al dudar si son reales o generadas con inteligencia artificial, pierden su potencia. En donde todas las historias pueden ser falsas. Tenemos el desafío de construir la nueva *épica*, el nuevo *espectacular*. Y creo que la propuesta de hacerlo desde lo que no tiene valor para nadie excepto para uno mismo es un punto de partida interesante para luego compartirlo con los demás. Que nos asombren más las razones que las cosas. Que encontremos la perplejidad en el mundo interno de los otros.

Unos kilómetros después de Vallemí, luego de la desembocadura del río Apa, se da un fenómeno que tenía muchísima importancia para todos los integrantes de la expedición al Pantanal: la aparición de Brasil. Desde ahí, el río Paraguay, que venían navegando desde Corrientes, delimita la frontera legal entre los dos países: a la izquierda la nación guaraní, a la derecha el gigante sudamericano.

—Entrar a Brasil es cambiar de mundo —dice Fer—. Se nota la potencia económica hasta en los pequeños detalles, como la señalización del río, las boyas, la prefectura, las lanchas al costado de la costa.

Los incendios eran cada vez más protagonistas del ambiente; el olor a quemado, la densidad del humo mezclado con neblina. Incluso

a veces, cuando anochecía, el horizonte irradiaba un resplandor rojizo con un efecto similar al de las auroras australes. Y cuanto más naranja el cielo, más cerca estaban las llamas. Se prendía fuego el Pantanal, y hacia él iban.

—Algo increíble era la conjunción entre el cerro y el río —dice Frenando, que ahora puso unas tostadas con manteca en un plato sobre la mesa—. Cuando ibas timoneando y pegabas una curva y atrás del río, entre la bruma de los incendios, aparecía un morro... Era algo muy impresionante.

Cuando describe el paisaje y la altura de los cerros, mira hacia arriba y su cuerpo se retrae un poco hacia atrás, como si estuviera viendo a un gigante en ese mismo momento.

Hay una pregunta que quiero hacerle y no me termino de animar. Por eso quedan unos segundos vacíos en la conversación, que él llena con un nuevo tango, esta vez de Aníbal Troilo y Cátulo Castillo.

—“Lastima bandoneón, mi corazón,/ tu ronca maldición maleva” —canta por lo bajo—. Esa idea, esa letra, es extraordinaria.

—Impresionante —asiento y me veo tentado de preguntarle por las referencias tangueras en los nombres de sus barcos, pero temo que cuanto más me aleje de este momento más me va a costar hacer mi pregunta difícil, así que decido escupirla y que salga como salga—. Che, Fer..., y vos, ¿hasta dónde ves? ¿Cómo hacías para timonear, para ver los cerros?

—Supongo que me ayuda haber navegado mucho cuando veía un poco más, aunque toda la vida vi mal —su tono me relaja porque no siento incomodidad ante mi curiosidad, al contrario—. Entonces juntás una experiencia que te dice que si hay una curva, pronto va a haber un banco. Y así te vas fijando qué sí y qué no. Yo puedo timonear siguiendo un barco que está a cincuenta metros, porque lo veo como una manchita blanca en el medio del río marrón. En cambio no puedo manejar un auto porque los semáforos se me mezclan con los árboles y los carteles de la calle. Las costas también me ayudan, por eso ya no navego en el mar, porque no hay costas y en los espacios tan abiertos se me complica. Estar a contraluz me suele cagar mucho, por ejemplo. Depende de cada situación..., voy viendo.

Me río ante su última expresión y descubro que era un chiste adrede cuando él también lanza una pequeña carcajada que se convierte en tos.

—Comé, Marquitos, porque me estoy morfando todo yo.

—Y para arreglar el motor, ¿cómo hacés?

—Uf, eso es como una operación a corazón abierto. Porque en un velero, el motor es como el hígado, pero en un barco como el Viejo Almacén, es el corazón. Así que voy con mucho cuidado.

La primera población del lado brasileiro era Porto Murtinho y el plan original era frenar a dormir ahí pero nuevamente la falta de agua hizo que tuvieran que improvisar y volver sobre sus pasos por el río Paraguay con la esperanza de poder entrar al río Apa y fondear en algún lugar un poco más resguardado.

—Che, esta posada Isla Margarita se ve linda —dijo Iturbe por la radio cuando estaban volviendo—. ¿No la vimos a la ida? ¿Frenamos a preguntar?

El muelle de la posada estaba nuevo, prolijo, recién pintado, no habían visto un muelle así en todo Paraguay. Había un parque grande con el pasto cortado y un hombre peinado hacia el costado que los saludaba con una sonrisa en la cara mientras acercaban los barcos.

—Yo soy Vidal, mayor gusto, ¿qué tal? —saludó el hombre, estrechando la mano a mi papá, que fue el primero en descender a tierra firme—. Siéntanse totalmente bienvenidos, esta es su casa. Y también la casa de Dios.

El episodio de los húngaros hacía que cualquier gesto de hospitalidad fuera recibido con desconfianza por el grupo. Pero lo cierto es que este hombre parecía bueno, o al menos no tenía pinta de traficante de personas.

Vidal era un poco petiso. Con el pecho para afuera y la espalda recta, como suelen tener los petisos. Su vestimenta impecable, con camisa rosada, pantalón de vestir y zapatos, delataba que estaba a punto de salir hacia un evento o algo similar, igual que su pelo brillante de gomina. Tenía una actitud alegre y luminosa, y una sonrisa casi permanente en la cara.

—Cuando pasaron hacia el norte, los vi y me sentí en paz —dijo llevándose las dos manos al pecho—. Siento que, de alguna forma, fue Dios quien los ha enviado de vuelta. Así que, por favor, siéntanse cómodos de estar aquí. Ahí está viniendo la Quica, mi esposa, que les va a enseñar las habitaciones y las duchas.

La mujer tenía un vestido blanco con bordados, zapatos y una vincha negra que recogía todo su pelo gris hacia atrás. Venía caminando desde la casa y a medida que se acercaba descubrían que tenía la misma sonrisa que Vidal.

—El lugar era espectacular —dice Fer después de un buen sorbo de café—. Tenía todas las habitaciones alrededor de un patio central cubierto. Y ellos, una gente de primera, nos mostraron todo y se fueron.

—¿Cómo que se fueron?

—Sí, a la media hora Vidal dijo que tenían un evento en la iglesia de la isla y nos dejaron todo para nosotros.

Por lo que averiguaron en ese tiempo breve, Vidal era dueño de dos barcos-hotel: el Madre de Dios y el Tupãsy que, valga la redundancia, también significa “madre de dios”, pero en guaraní. Cada embarcación tenía dieciocho habitaciones y su servicio: con un valor de mil dólares por persona, ofrecía una semana de paseo y pesca por la zona. La mayoría de los turistas eran brasileiros y japoneses y la principal política de la empresa era que no ofrecía turismo sexual.

—¿Por qué lo aclaraban? —pregunto.

—Porque todo el resto de los que ofrecen esos paseos venden cruceros empresariales en donde llenan el barco de putas y se van cinco días por el Pantanal diciendo que es una excursión de pesca.

Llegar a la posada Isla Margarita era acceder a un nivel de confort muy por encima del alcanzado durante el resto del viaje. Las habitaciones estaban limpias y todas tenían ventilador de techo. La Quica había dejado toallas a los pies de las camas y un plato con frutas en la mesada de la cocina común.

—Bastante bien la casa del señor —se le escuchó decir a Adrián, que estaba acostado con los brazos y las piernas extendidas en forma de estrella sobre una cama de dos plazas.

Pero el mayor lujo que podían darse en un lugar así era una ducha caliente. Porque si hay una falencia que tiene el Viejo Almacén es la ducha. El espacio del baño era tan pequeño que si prendían la regadera terminaban mojando todo, así que venían bañándose en la cubierta, usando una manguera y un balde, algo que ya los tenía bastante cansados porque los puertos con vestuarios durante el trayecto habían sido muchos menos de lo que esperaban.

Los baños de la posada estaban en una construcción aparte, a veinte o treinta metros de las habitaciones, en el último tramo del parque desmalezado y justo antes del inicio de la vegetación selvática. Vidal y la Quica habían dejado el termotanque a leña encendido, las puertas abiertas y hasta una jabonera y un shampoo para que usaran los nuevos huéspedes.

Fernando fue el primero en encarar hacia la ducha. Serían las seis y media de la tarde cuando entró al cuartito que hacía de vestidor, ese horario en el que el sol empieza a bajar su intensidad. Venía cantando por lo bajo “Yira yira”, imitando a Gardel, y se le dibujó una sonrisa en la cara cuando en el marco de la ventana se posó un zorzal de cuello blanco, el más característico de la zona.

—De zorzal a zorzal —dijo Fer, con una venia sutil hacia el pájaro—. Del Abasto al Pantanal.

El agua salía con buena presión. Y una ducha con buena presión es capaz de iluminar a un hombre, de dejarlo en estado de gracia. Fernando acomodaba el cuerpo de modo tal que el chorro cayera como un gran diluvio concentrado sobre su cuello. Después de dos o tres minutos así, agarró el tarro de shampoo que habían dejado Vidal y la Quica y se sirvió una cantidad generosa en la mano, que luego se llevó a la cabeza. Con la fricción del agua, la espuma se formó rápido y fue ganando más y más volumen hasta volverse incontrolable. Era demasiada espuma, tanta que lo agobiaba y en un intento de sacársela de encima, se la terminó metiendo los ojos, lo que lo hizo soltar una puteada al aire. La primera sensación fue ardor y luego desconcierto, porque ya no veía nada. Todo estaba oscuro, a excepción de algunas manchas de luz que iban apareciendo entre el agua que caía sobre sus párpados para

limpiarlos. Las manchas se esparcían como figuras psicodélicas y se reconvertían constantemente en otras manchas. Sintió alivio cuando notó que a medida que se enjuagaba la cara, volvía la visión. Pero también adrenalina al encontrarse con un factor determinante: la nitidez. Las texturas de las plantas que veía por la ventana, los tonos de verde de cada hoja, la profundidad de la selva, las ramas, el reflejo grisáceo y brillante de las telarañas entre los árboles, estaba todo tan claro, tan definido que le generaba una especie de mareo. Veía como nunca lo había hecho. Era un milagro. Un milagro de Dios, o de Vidal y la Quica, o del shampoo, o de la ducha fuerte. Veía. Veía mucho, veía todo. Abría los ojos grandes para que entrara más información, no quería perderse un solo detalle. Su corazón latía fuerte como el motor del Viejo Almacén. Y en eso, de tanto ver y descubrir, se encontró con algo que lo paralizó. Con algo vivo. Agazapado en el monte, metido entre la maleza. Hizo contacto visual con ese par de ojos color miel que lo miraban fijo desde antes de que él pudiera notarlo. Su piel era más brillante de lo que hubiese imaginado y ese mosaico perfecto, dorado con manchas negras, le resultó hipnótico. Inmóvil. Solo lo delataba el leve abrir y cerrar del diafragma en cada respiración y un movimiento sutil que hacía con el hocico. Fernando también estaba quieto, desnudo, mirando por la ventanita del baño mientras la espuma seguía cayendo de su cabeza y la luz del atardecer se iba apagando. Cuando cayó en la cuenta de lo que estaba pasando quiso salir para avisar a los demás, así que intentó acelerar el enjuague con las dos manos, aunque el shampoo parecía que nunca iba a terminarse. Y entonces volvió a arder. Y volvieron las manchas y volvió la oscuridad. Y después de unos segundos volvió el filtro turbio por el cual toda la selva era un telón verde uniforme y sin matices, sin hojas, sin ramas y sin nada ni nadie que lo mirara a los ojos.

—Pero ¿lo viste? —le pregunto. Hace rato que ninguno de los dos tiene café en la taza.

—Yo no veo un pomo, pero siento que sí —contesta Fer, en un tono al que se le nota la pena de no tener certezas—. Bah, si lo pensás bien, lo más probable es que no.

Yo sé que lo vio, que le baja el precio porque a algunos hombres les da vergüenza no tener explicaciones. Pero yo no las necesito. Estoy seguro de que lo vio, de que el milagro de Vidal y la Quica existió, aunque ahora su único testigo y beneficiario intente convencerme de que no, de que fue solo una impresión, una sensación.

—Vos ibas registrando todo, ¿no? —le pregunto.

—Sí. Tengo un cuaderno en donde todos los días iba escribiendo la cantidad de kilómetros que hacíamos y todo lo que sucedía en el día. A modo de diario de viaje, no con un fin literario —aclaró Fer, aunque yo sé que su pluma es muy buena porque viene de ganar dos concursos de poesía para escritores mayores de sesenta.

—¿Y qué importancia tenía para vos narrar este viaje?

—Es que el viaje no termina el día que llegás. Lo vas contando y lo vas descubriendo. Además está bueno dejar testimonio porque siempre hay alguien que viene después que vos al que le puede servir. Hace años leí sobre unos amigos que se subieron a un Ford T en Buenos Aires y se fueron a Ushuaia. Bueno, nuestra chata es un Ford T prácticamente, así que eso también nos inspiró. En navegación son importantes las historias de los que fueron antes.

De todos modos, cuando volvió de la ducha, Fernando prefirió no contar lo que había vivido. No tenía ganas de responder preguntas, ni de correr el riesgo de que lo pusieran en duda. Prefirió el retiro de silencio, la reflexión, así que su monasterio lo encontró en la cocina y su rezo fue cortar verduras para un guiso de lentejas.

Iturbe y mi viejo también eligieron la soledad. El vasco bonaerense leía en calzoncillos acostado en la cama, mientras el vasco tucumano abrió una cerveza y miraba la puesta de sol desde una reposera en la punta del muelle. María, Adrián y Ringo agarraron un sendero que bordeaba la costa y que según las indicaciones de Vidal llegaba a una proveeduría que quedaba a dos kilómetros, aunque lo hacían más por caminar y cruzarse con alguien que por la necesidad de comprar algo.

—Che, nos dijeron en el almacén que hay que tener cuidado con los yagaretés —alertó Adrián apenas estuvieron de vuelta—. Que la semana pasada en un pueblo de acá al lado se morfaron a un tipo.

Antes de responder, todas las miradas se concentraron en María para chequear el grado de veracidad de la alerta.

—Es verdad lo que dice el muchacho de abuelos guaraníes —dijo María con una sonrisa cargada de ese cinismo implacable que suele tener la gente más callada.

—Che, ila puta madre! —reaccionó mi papá—. A partir de ahora mucho cuidado con andar solos. Sobre todo vos, Adrián, que tenés todos los números.

—Una vez vi un documental de un tipo que adiestraba tigres, debe ser medio parecido —contestó el acusado, un poco provocando, otro poco en serio.

El único que no parecía alarmado era Fer, que revolvía el guiso con los ojos fijos en las burbujas del jugo.

—¿Alguno de ustedes notó algo raro en el shampoo del baño? —lanzó de la nada ante la sorpresa del resto.

—Yo le sentí olor a pedo, así que no lo usé —contestó Adrián.

—¿Qué dice, señor? —lo cortó María—. Yo lo usé. No noté nada raro. ¿Por qué?

—Hay una película de Luis Sandrini en la que un peluquero le lava la cabeza a un ciego y el tipo empieza a ver, ¿la tienen? —volvió a meterse Adrián, esta vez con una puntería llamativa—. Ese shampoo deberías usar algún día, Fer.

A Fernando lo puso nervioso lo certero del comentario, pero a la vez lo ayudó a evadir la pregunta de María, de la que terminó de escapar avisando que estaba lista la comida.

A la mañana siguiente, despertar en la posada fue realmente agradable. Vidal y la Quica habían preparado una mesa con tostadas, mermeladas caseras, frutas, chipa recién horneado, café, tereré y jugo de naranja.

—¿Han descansado bien? —preguntó Vidal.

—Un lujo —contestó Iturbe—. Andamos con la duda sobre los yaguaretés. ¿Hay muchos por esta zona? ¿Hay que tener cuidado? ¿Cómo podemos hacer si queremos ver uno sin que nos ataque?

—Haber, hay —dijo Vidal—. Pasa que como se comen el ganado la gente les tira y por eso andan escondidos y eligen bien con quién se dejan ver. Es el bicho el que decide a quién se muestra.

La Quica había preparado una fuente de empanadas caseras y se las dio para que las almorzaran durante el viaje. A la vuelta pasan a dejarme la bandeja, agregó riendo.

—¿Y cuánto les cobraron la estadía? —le pregunto a Fer.

—Nada, ni una moneda. Insistieron en que a nosotros nos había enviado Dios y que se sentían iluminados por recibirnos —contesta y apenas termina la frase cambia su postura corporal para seguirla con un verso cantado, de un tanguito de Julio Sosa—. “¿Qué querés que le haga, hermano? ¡Si es regalo del destino!”

Cuando me ofrece otro café me doy cuenta de que llevo más de una hora en su casa y que tengo que irme.

—¿Vas para lo de tu viejo? Llévale esto —me pide, sacando del horno una sartén teflonada tamaño grande, y yo recuerdo su reflejo de asignarles tareas a quienes lo rodean y también su irrefrenable pulsión de amistad—. Es para hacer tortillas, decile que se la regalo, que tengo otra igual.

Nos saludamos en el portón de su casa. Me da un abrazo largo y una palmada fuerte en la espalda. Le agradezco el café y cuando cierra la puerta lo escucho cantar del otro lado de la reja. Esta vez una letra de Homero Manzi: “A ver, viejo ciego, tocá un tango lerdo,/ muy lerdo y muy triste, que quiero llorar”.

* * *

23 de septiembre de 2024

Roby papá

Hola hijitos. Ya estamos próximos a llegar a Corumbá. El Viejo Almacén se la banca como si fuese un buque de guerra. Les cuento que ayer preguntamos si era posible desembarcar en alguna orilla para ver animales y nos dijeron que es posible pero que es indispensable hacerlo de a dos y con una rama seca, mojada con gasoil y prendida fuego tipo antorcha. Así que su padre anda con muchas chances de ser devorado por un bicho en cualquier momento. Cómo andan ustedes??? Manden fotos de mis nietas que tengo miedo de no reconocerlas al llegar.

Los quiere,
pá

6:32 p.m.

VIII

—Es increíble, realmente —dice mi papá.

—¿Qué cosa? —contesto desconcertado. A su frase no la antecede ningún hecho que permita deducir a qué se refiere.

—Lo del Artemis, el cohete este que va a la Luna —aclara como si fuese obvio—. Se le rompió el inodoro, ¿podés creer? Tiene los mismos problemas que el Viejo Almacén, una chata... ide 1931!

Rápidamente entiendo cómo fue la construcción de esta conversación en su cabeza: los de la mesa de al lado, una familia de tres hijas y un padre, están hablando del alunizaje y él, sin ningún tipo de introducción o advertencia, empezó a charlar conmigo desde ahí. Un clásico de la casa.

—Parece que ya lo arreglaron —aporto, devolviendo la pelota.

—Sí, fue la mina. Un bocho total.

Ir a un restaurante con mi papá es toda una experiencia. Habla fuerte de personas que están cerca, le pone apodos a los mozos tipo "Carlitos" o nombres de actores a los que ve parecidos, y presta mucha atención a los comensales vecinos intentando adivinar la relación entre ellos, sus trabajos, los clubes de los que son hinchas y toda la información que pueda ir recolectando.

—¿Dónde viste la llegada del hombre a la Luna? —pregunto.

—¿La del 69? No la vimos, la escuchamos por radio en un camping porque estábamos en las vacaciones de invierno de quinto año y con mis amigos nos fuimos a hacer un viaje de cuatrocientos kilómetros en bicicleta desde Buenos hasta San Pedro y después a Mercedes.

Todavía ni pedimos y todo parece indicar que va a ser de esas veces en las que las cosas van a tardar. La carta, la panera, la comida, la cuenta, todo será lento. Por suerte para él, estamos sentados en la vereda y poder fumar le quita la impaciencia. Por

suerte para mí, tengo un rato largo para intentar atrapar al pez resbaladizo.

—La llegada a Corumbá, ¿fue especial o fue un día más de navegación?

—No, fue especial, fue especial. Empavesamos, que es cuando le colgás todos los banderines al barco como si fuese la Fragata Libertad, y llegamos haciendo un quilombo bárbaro, tocando la bocina que nos regaló tu tío, nadie entendía nada.

Corumbá era la línea de llegada de la expedición al Pantanal. El punto en el mapa con el que mi viejo y Fernando se obsesionaron hace casi dos décadas. El escenario de todas las historias que el viejo Ezcurra había contado. Entonces, claro que era especial.

Ya desde los días previos, la geografía montañosa de las costas los tenía muy impactados. Navegar ese río lleno de curvas, con el aire cargado de humo y rodeados de esos gigantes de piedra a los lados, era muy diferente a la chatura del Delta del Paraná, a la que estaban acostumbrados. La imagen del Viejo Almacén y de El Conquistador avanzando contra la corriente por el río Paraguay en esas condiciones estaba en el mismo código estético que las grandes aventuras del cine y la literatura. Eran Frodo y Sam camino a Mordor, solo que sin ningún anillo que destruir.

—¿Y entre ustedes charlaban sobre esa emoción de llegar? — pregunto a ver si logro que el pez muerda al menos un pedacito de carnada.

—Sí, las noches previas a llegar hablábamos bastante de eso, sobre todo con María porque Fernando es más difícil. Aunque el día que fondeamos en Corumbá sí nos dimos un abrazo, pero fue raro.

—¿Por qué raro?

—Porque él se pone incómodo con el contacto físico, se entumece, pero acá fue medio de casualidad. Nos cruzamos en un pasillo durante la maniobra de fondeo y nos pegamos un abrazo rápido.

Sería fácil describir esta escena con cierta superioridad emocional, hablar sobre cómo a los hombres grandes les cuesta manifestarse amor, de cómo sufren la exposición al cariño, al contacto físico, a las palabras tiernas. Pero la verdad es que

mientras mi papá me cuenta sobre ese abrazo, por más que quiero saber todo, preguntarle si recuerda otros abrazos en la historia de su amistad con Fer, si alguna vez se dijeron que se amaban por más que den por sentado que sí, si se agradecieron por haberse acompañado en esta locura, yo mismo siento una incomodidad que me paraliza y me lleva a meterme un pan con manteca en la boca. Es como si después de tanto intentar atrapar al pez, una vez que lo tengo en mis manos decidiera soltarlo. Es que lo cierto es que fui criado por este pez, aprendí a temerle a lo mismo que él.

—¿Lo veías contento? —es lo más profundo que me animo a preguntar.

—Estábamos los dos muy contentos. Fue mucho trabajo, muchos años —contesta y a medida que empieza a bajar el ritmo del relato sus ojos se van humedeciendo—. Fue como decir “Hicimos todo lo que había que hacer y vinimos. Dijimos que lo íbamos a hacer y lo hicimos”.

Se ha escrito mucho, en canciones, en libros, que lo que importa siempre es el recorrido, mucho más que llegar a la meta. La conquista de lo inútil, como lo llama Herzog, es justamente eso: dotar de importancia a algo que no la tiene, para tener una excusa, un móvil, una luz. Steinbeck marca algo parecido: dice que a veces uno solo se pone un objetivo para poder moverse. Y lo entiendo, y estoy de acuerdo. Pero hay algo que me gustaría sumar: llegar a veces es importante. Digo, por más que el camino sea la vida, por más que casi todo es camino y entonces más vale disfrutarlo, a veces hace bien sentir que uno llegó. Quizás no al final, pero llegó. A un lugar. A una pequeña meta inventada, a un objetivo intermedio y arbitrario, a lo inútil, pero llegó. Porque cuando Herzog llegó a París caminando desde Múnich, después de tres semanas andando por la nieve con el objetivo de que su visita salvara de alguna manera a una amiga suya que estaba muy enferma, le dijo: “Por un breve y delicado momento algo dulce atravesó mi cuerpo muerto de cansancio. Entonces le dije: abra las ventanas, desde hace unos días que puedo volar”. Y todos merecemos poder volar alguna vez. Después de una travesía en barco o de cocinar un par de horas para

los amigos, después de terminar una carrera o de volver a casa en un viaje eterno en colectivo. Llegar. O volar. Da lo mismo.

Unos kilómetros antes de entrar a Corumbá, una voz hablando en portugués les ordenó por la radio que detuvieran inmediatamente el motor. Era el ejército brasileño, que desde un barco militar amarrado en la orilla les ordenaba que pararan y se prepararan para ser inspeccionados. Unos segundos después, dos gomones y una moto de agua rodearon al Viejo Almacén montando un operativo que de lo exagerado preocupó a la tripulación.

—Ahí se bajaron dos milicos con fusiles y un cagatinta que iba anotando todo —cuenta mi papá—. Revisaron hasta debajo de las camas, no sé si buscaban falopa o qué.

—¿Ustedes se asustaron?

—A Fernando casi le da un bobazo porque se puso nervioso y no encontraba por ningún lado su carnet de timonel.

A la tensión natural de la situación se sumó que a Adrián le pareció que era buen momento para reavivar la histórica rivalidad futbolística que hay entre ambos países y sutilmente comenzó a silbar la melodía de “Brasil decime qué se siente”, esa conocida y agotada canción de cancha hecha sobre la música de “Bad Moon Rising”, de Creedence Clearwater Revival.

—En ese momento estuve a punto de asesinarlo —dice mi viejo sin reír.

Pero nada pasó a mayores. Ni todos los ejércitos del mundo podían detener a esa flota de chiflados, nada podía interponerse entre Corumbá y la proa de sus barcos. Por eso la llegada fue triunfal, ruidosa y fuera de contexto para un puerto tranquilo y con poco movimiento.

Amarraron en un muelle a mil metros del puerto principal, en la zona del casco histórico en donde las edificaciones de la colonia miran al río con las barrancas y la ciudad a sus espaldas. No había otras embarcaciones turísticas, nadie que hubiera llegado navegando desde miles de kilómetros, ningún otro grupo de viejos aventureros. Ni Herzog, ni Steinbeck, ni tampoco Neil Armstrong. Al parecer eran los únicos a los que se les había ocurrido la hazaña delirante de unir Buenos Aires con Corumbá.

Durante toda la expedición al Pantanal, todos los días a las siete de la tarde, Iturbe y María cruzaban al Viejo Almacén y compartían una picada y vino con los demás. Durante toda la expedición al Pantanal, todos los días a las siete de la tarde, Iturbe sacaba una lata de sardinas en aceite para sumar al copetín. El resto de los ingredientes podían ir variando según las provisiones que encontraran en las despensas de la zona; las sardinas, no. Las sardinas de Iturbe estaban siempre.

—A ver, muchachos —dijo el tucumano antes de que empezara el festejo por haber alcanzado la meta; tenía el tono de quien sabe que está interrumpiendo un clima, pero quiere ser escuchado—, hoy no salen las sardinas de siempre. Hoy, como es un día especial en el que plantamos la bandera del Viejo Almacén y la de El Conquistador en suelo brasileiro, salen estas sardinas en tomate traídas directamente del País Vasco.

Iturbe puso sobre la mesa una lata dorada y todos lo aplaudieron durante diez segundos, intercalando chistes sobre cómo había sido capaz de encanutársela por dos meses enteros.

—Ya que estamos, yo también quisiera decir algo —interrumpió Adrián. El resto hizo silencio esperando el chiste fuera de lugar que esta vez sí les diera risa porque el contexto habilitaba todo—. Yo salí de Buenos Aires diciendo que tenía una familia y era mentira.

—No me hagas acordar —murmuró Iturbe, mientras abría la lata dorada.

—¡Pará, boludo! Dejame terminar —gritó Adrián y volvió a bajar la voz a un tono más suave, carraspera de por medio—. Yo salí de Buenos Aires diciendo que tenía una familia y era mentira. Pero ya no voy a mentir más. Y no porque vaya a dejar de decir que tengo una familia, sino porque en este viaje conseguí una. Por eso quería agradecerles. A Roby, que me recibe en su casa y me hace sentir que es también mía aunque yo sé que a veces me llama para arreglar cosas que ni están rotas o que podría hacer él, pero lo hace para tirarme un hueso. A Fer, que confió en mí para que viniera y hoy lo veo casi como a un padre. A Mery, que es la primera mina a la que siento como una amiga real que no me quiero coger y es una sensación espectacular porque es alguien demasiado inteligente que

me enseñó mucho. Y a vos, Tucu, que sé que a veces te hago calentar, pero yo te quiero porque sos un buen tipo.

Al punto final del discurso le siguieron dos segundos de silencio extremo. Dos segundos de vacío.

—¡Me vas a hacer llorar, pelotudo! —rezongó mi viejo, que ya estaba lagrimeando.

Iturbe soltó las sardinas y su primer impulso cariñoso fue darle dos o tres palmadas fuertes en la espalda. Bastante fuertes, de esas que pican. Apenas se escuchó el ruido de la lata sobre la mesa, Ringo dio un paso adelante para ver si ligaba algo. Ni verlo emocionado lo hacía sentir apego por su amo. O al menos no lo suficiente como para desestimar una picada.

—Muy lindo, nene —dijo Fer, dejando claro con su tono que esa sería toda su intervención en el tema.

—Sí, qué hermoso, Adri —agregó María—. Yo tampoco te quiero coger.

—Igual, no lo digo porque seas una mina fea, ¿eh? Sos un minón. Es por la confianza que armamos.

Más tarde, después del momento emotivo, las sardinas vascas, un par de tubos de vino y unas medidas de whisky, Iturbe agarró la guitarra criolla y, al igual que esa vez en la que mi papá y Fer fueron a buscarlo a Burzaco para hacerle preguntas sobre su viaje anterior a Corumbá, cantó “La pomeña”. “Si pasa sobre la arena/ y va pisando la Luna”, cantaba primero el tucumano y repetía el resto. Fue una de esas escenas que uno elegiría para contar su vida entera, instantes en los que la realidad se impone sobre cualquier neurosis y somete a sus protagonistas a conectar con el tiempo presente. Una sobredosis de ahora.

Nuestra comida llega a la mesa, llevamos esperando cuarenta minutos. Mi viejo pidió un bife de chorizo con ensalada y yo, un pastel de papa que lo hace arrepentirse de su decisión.

—Para mí esos dos se están por separar —dice mi papá, apuntando con la cabeza a una mesa que tenemos demasiado cerca para el volumen que acaba de usar en su comentario—. Ella tiene una cara de furia acumulada, le da bronca hasta cómo él corta la milanesa.

—¿Te dio ternura lo que dijo Adrián? —desvió, porque me incomoda la posibilidad de que los de la otra mesa nos escuchen.

—¡Uy! ¡Cómo están con el Artemis los de allá! —intenta escapar el pez—. Siguen hablando de eso.

—¿Había buen cielo en Corumbá? —insisto, en un intento desesperado por capturarlo de alguna manera. Todavía me arrepiento de cómo lo dejé escapar hace un rato.

—Sí, impresionante. Aunque el humo de los incendios a veces tapaba todo.

Mientras habla, se mete un bocado demasiado grande de bife en la boca. A mí eso me irrita porque así es como siempre se termina ahogando por las secuelas del incidente de la soda cáustica en la infancia. Me irrita porque no aprende aunque ya esté grande, como si el padre impaciente fuera yo. Lo miro fijo y se da cuenta de que se va a tener que concentrar en masticar para no darme la razón.

—¿Tenías unos ratos de contemplación —sigo con mi interrogatorio una vez que la carne superó el esófago—, de quedarte mirando el paisaje y pensar?

—Cuando timoneaba solo —dice, mientras corta otro pedazo—. Ahí iba mirando la orilla, el agua, los empujes... pensando. Pero después, sentarme a mirar el horizonte, no. Siempre estabas haciendo algo.

—Es demasiado grande eso, boludo. Cortá más chico —le pido, señalando su plato. Sé que volví a cortar el clima, pero el error repetido logró exasperarme. Es difícil la paciencia con los padres, dejárselas pasar, no volverse un hijo tirano. Odio cuando lo hago. Lo hago seguido.

Después de la llegada y el festejo en Corumbá, el grupo decidió regalarse algo que todos los integrantes, a excepción de Fernando, que no lo necesitaba, añoraban desde hacía dos meses: una mañana de dormir sin despertadores. Durante el día, recorrieron la ciudad y aprovecharon para abastecerse de fruta y verdura fresca que venía siendo un bien bastante escaso desde hacía varios kilómetros. Las bocinas de los autos les llamaban la atención y en ese tipo de detalles urbanos es en donde se daban cuenta de que llevaban un buen tiempo lejos de casa. En los vendedores ambulantes, en las

ferias, en los semáforos, en una plaza llena de jubilados jugando al bingo, en la ciudad. Hacía mucho no estaban en una ciudad.

El siguiente destino, el último antes de pegar la vuelta, era el Parque Nacional del Pantanal, una reserva natural de mil trescientos kilómetros cuadrados, en donde viven ciervos, yagüaretés, carpinchos, yacarés y cientos de especies diferentes de aves. Sería el punto más alto en el mapa al que llegarían, porque se encuentra a unos doscientos kilómetros pasando Corumbá, entrando por el Boca do João, un río de aguas casi transparentes y a la vez muy caudaloso.

—Ahí el río sí que no es joda —dice mi papá, que ya terminó de comer así que está fuera de peligro—, tiene una corriente tremenda.

La fuerza del agua hacía que la navegación se volviera mucho más complicada de lo que venía siendo. Mantener el control del barco una vez fondeados también era un desafío.

—En un momento nos empezamos a ir contra la costa y nos la estábamos por poner contra un tronco así que con Adrián saltamos a la orilla a empujar la chata hacia el centro del río —mi viejo narra y eleva la voz, logrando que ahora los fanáticos del Artemis y la pareja en crisis nos presten atención a nosotros—. Y viste cómo son esos momentos, no lo pensás mucho. Pero cuando puse los dos pies en la tierra me di cuenta de que estábamos rodeados de quince o veinte yacarés que nos miraban.

Todas las mesas cercanas están pendientes del desenlace de la historia. Casi que nos miran abiertamente; son como los yacarés de la orilla. Hay un mozo que dejó de tomar el pedido para escuchar y sospecho que mi papá lo sabe porque aumentó un poco su histrionismo. Disfruta ese lugar, ser el centro de la escena, lo conozco, va a saber aprovecharlo.

—¿Y entonces? —hago de partenaire.

—Y entonces le digo: “Adrián, ¡quedate quieto y callate!”. Imaginate, es lo peor que le podés pedir a un tipo así. Los bichos nos miraban, inmóviles, pero te daba la sensación de que dábamos un paso en falso y nos morfaban a los dos porque estaríamos a tres o cuatro metros como mucho.

—¿El barco seguía viniéndose contra la costa?

—Sí, y por suerte porque si no nos quedábamos varados ahí en la orilla. En fin, para hacerla corta: el gordo, del susto que tenía, se quedó mudo y a la primera que pudo saltó a cubierta y me tiró un remo para que yo me agarrara y con la misma fuerza empujara el barco y subiera. Terminé con el agua por las rodillas, pero zafamos —concluyó mi papá y todo el restaurante respiró aliviado.

El Parque Nacional del Pantanal es un lugar realmente hermoso. El sol y los árboles se espejan en el agua de modo tal que la separación entre arriba y abajo, entre cielo y tierra, deja de estar clara. Un caleidoscopio verde de juncos, flores y río.

—¿Qué mierda es eso blanco que hay en los troncos? —preguntó Adrián al ver que muchos de los árboles estaban cubiertos por un material parecido al musgo, pero color sal. La duda terminó desatando un debate entre todos los tripulantes que duraría casi cien kilómetros, en donde cada uno expuso sus teorías sin que se llegara a una conclusión que tuviera consenso.

También en los árboles se ubicaban los hormigueros gigantes de los que les había hablado Ezcurra. Bolas de tierra dura como el cemento que rodeaban los troncos a más de dos metros de altura, para sobrevivir a las épocas de inundaciones. Solo les faltaba el yaguareté.

—¿Lo vieron al final?

—María bajó a tierra un día y encontró huellas. Los lugareños nos decían que ella no lo vio pero que el bicho sí o sí la vio a ella.

—¿Te contó Fer lo de la ducha en lo de Vidal y la Quica? —pregunto con miedo a meter la pata y listo para recular en caso de necesitarlo.

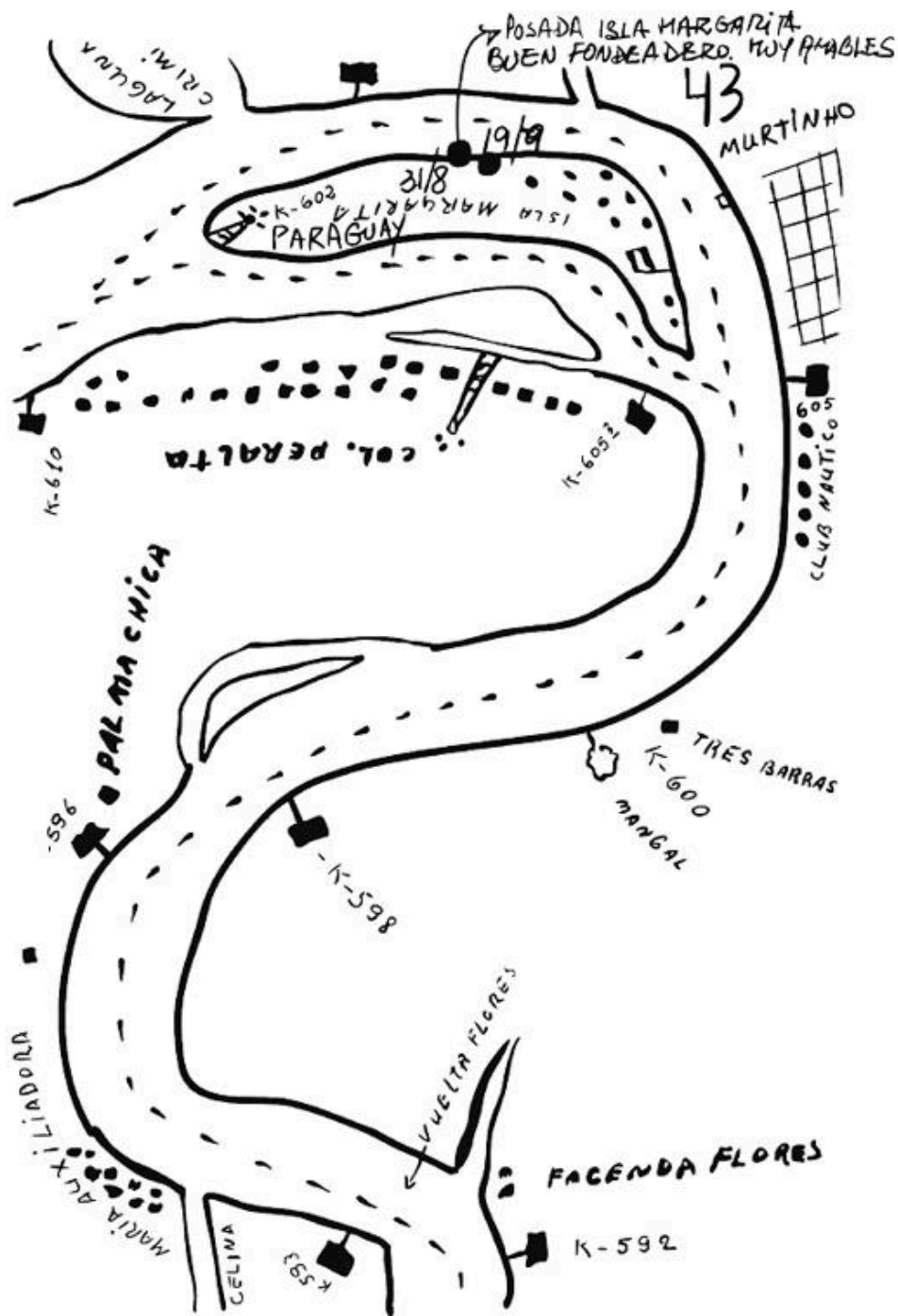
—Creo que no —contestó con esa voz cerrada que ponen los fumadores cuando todavía están sacando el aire de la pitada—. ¿Compartimos un postre?

No me hizo falta la maniobra, el azúcar la hizo por mí.

—¿Un flan?

Después de remontar los últimos quince kilómetros que harían con la corriente en contra y llegar a una laguna inmensa en medio del parque, dieron por terminada la parte ascendente de la travesía. Hubo festejos y bocinazos pero esta vez la ceremonia fue más alegre

que emotiva. Como esos partidos que juega un equipo ya siendo campeón solo para completar el torneo. Llevaban 2982 kilómetros recorridos en sesenta y cinco días de viaje. Ahora había que volver a casa. Pero corriente a favor todo es más fácil, solo hay que dejarse llevar por el agua, abrir las ventanas y volar.

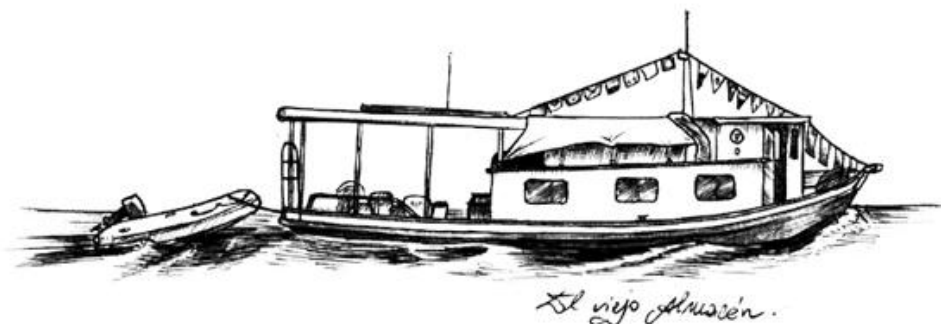


BITÁCORA DE ROBY EN SU VIAJE AL PANTANAL

14 DE SEPTIEMBRE DE 2024

Y llegamos a Corumbá nomás. Qué manera de largar los bofes, pero llegamos. Ya llevamos más de dos meses de viaje, el cuerpo hace rato que viene pasando factura y el marote también, aunque la sensación de ya estar acá me da una paz muy grande. Viene siendo una experiencia loca la de navegar entre cerros, por momentos siento que estoy en Ruca Choroy, en Aluminé, ese pueblo neuquino al que íbamos a laburar los veranos en las décadas del sesenta y setenta. Allá nos recibía el cura Valerio, un tano encantador que trabajaba con las comunidades mapuches y que nos cambió la vida a todos los que lo conocimos. Viajábamos los veranos para allá, durante años y años, a dar una mano con lo que pudiéramos: haciendo una escuela, arreglando alguna cosa, lo que el viejo nos dijera que teníamos que hacer. Íbamos con Luli y Marcelo, que se quedó a vivir allá en Neuquén Capital. Por eso también es muy emocionante este paisaje montañoso, porque reúne el verde y marrón del delta que navegamos siempre, con las montañas de aquellos viajes que fueron de los momentos más felices de mi vida.

→ 200km paraíso Corumbá
(entrando por el Boca do João).



El viejo Alusien.

Corumbá es pintoresco. Tiene un casco histórico antiquísimo y la verdad es que es muy llamativo lo bien que nos han recibido en todos los lugares a los que fuimos cayendo durante el viaje. Gente de primera dispuesta a darte una mano aunque no les sobre nada, a abrirte las puertas de sus casas, muy curiosos de nuestro recorrido. Aquí unos muchachos de la municipalidad nos llevaron a pasear y nos aconsejaron cómo seguir hasta el Parque Nacional. Lo que es verdaderamente insoportable es verlo a Adrián pensando que habla bien el portugués, inventando palabras y haciendo papelones en cada esquina.

Último punto del viaje
antes de pegar la vuelta:
Parque Nacional del Pantanal.

Ya estoy con ganas de volver. Fernando, en cambio, no. Si fuese por él, viviría arriba del barco. De hecho a veces bajamos todos en algún pueblo o a conocer la costa y él se queda a bordo. Pero yo estoy cansado. Me dan ganas de ver a los chicos, a mis nietos, ver cómo anda la casa. Volver, bah. Pero sin la frente marchita.

Más allá del desgaste normal, estoy muy contento. Catorce años estuvimos planeando esto, no es joda. Más que catorce años, una vida. Y llegamos a Corumbá nomás.



IX

El timbre suena a las 9:36 de la mañana. Mi viejo dijo que llegaría a las 10, pero la verdad es que no me sorprende su impuntualidad porque últimamente es así: dice un horario y desde una hora antes a lo pactado tenés que estar atento porque llega a la hora que quiere sin avisar el cambio. Lo que sí me sorprende es que no esté solo.

—Mirá quién vino —dice, antes de saludar.

—¿Qué hacés, nene? —se suma Fer, como si fuese una rutina preparada de antemano.

—Lo tenía que pasar a buscar porque en un rato nos vamos para Burzaco y me quedaba más cómodo ir antes a su casa —agrega mi papá, antes de que yo pueda meter un comentario—. ¿Nos das un café?

Mi casa está un poco más desordenada de lo que quisiera para recibirlos. Pensé que mi papá vendría hasta la puerta para dejarme unas herramientas que le pedí y seguiría viaje, pero es imposible negarles un cafecito a estos dos en un día frío como este.

—¿Van a ver a Iturbe? —pregunto—. ¿Hace cuánto no lo ven?

—Hace unos meses, desde que volvimos, ¿no, Fer? Nos saludamos en el río y cada uno agarró para su club y no nos vimos más.

—¿Le ponen azúcar al café? —consulto en plural solo por cortesía. Sé que mi papá va a decir que no.

—Si es por mí, tirele dos cucharaditas de café a la azucarera —contesta Fernando y ya empiezan a asomar los contrapuntos.

Verlos interactuar es sobre todo tierno. Conocen los movimientos del otro, los están esperando, los anticipan, los generan. Ahora se detienen a comentar sobre la arquitectura de mi casa, a calcular en qué año fue construida, si fue refaccionada, a mirar las aberturas, los materiales del piso. A veces se ayudan a terminar la frase, otras discuten fechas y nombres, a veces se hacen reír, a veces se irritan.

—¿Van los demás al asado o solo ustedes dos?

—Mirá si Adrián se va a perder un asado, ya debe estar en la puerta —responde mi papá.

—María no va porque está en Berlín —agrega Fer—. Parece que ganó un premio con las proyecciones del viaje al Pantanal.

La tribu está en suspenso. No se ven, no comentan la diaria en un grupo compartido, hoy será el primer asado desde que volvieron hace casi nueve meses. Lo poco que saben es que Iturbe está planeando un nuevo viaje en El Conquistador hasta Foz de Iguazú y que Adrián cada tanto sube fotos del barco como si fuera suyo a los estados de WhatsApp. Es común que los grupos que se arman en contextos extraordinarios no se sostengan en el cotidiano.

—¿Cómo fue la vuelta? —pregunto ya con los tres cafés sobre la mesa—. ¿Era distinto navegar sabiendo que estaban volviendo?

—Ves todo de manera diferente porque estás encarando el río desde el otro lado —dice Fernando—. No es lo mismo mirar para atrás que encarar de frente. Por eso yo noté una gran diferencia en el viaje de regreso. Incluso en las barrancas, porque no es lo mismo mirarlas río arriba que río abajo. Ves otra veta, el sol les pega en otros lugares. Lo que sí lamento es no habernos detenido más a..., a nada, a boludear.

—Yo ya tenía la ansiedad de volver —lo corta mi papá—. Porque además vas al doble de velocidad y te vas cebando, sentís la querencia.

Sentir la querencia. Eso que les pasa a los caballos cuando, desesperados por volver, apuran el paso y hasta se disparan rumbo a la caballeriza. Sentir amor por un lugar y, por eso, tener el impulso de volver ahí. Eso significa sentir la querencia. En 1884, José Hernández la describió así en su *Instrucción del estanciero*: “La querencia es el recuerdo que el animal tiene del paraje en que nació, donde aprendió a comer, y donde pasó los primeros años de su vida. Este recuerdo le dura muchos años, y en cuanto puede vuelve a su querencia, para lo cual atraviesa largas distancias, caminando de día y de noche, apartándose de los caminos generalmente, cruzando ríos, arroyos y cuantos obstáculos encuentra, sin perder la dirección que lleva, y recto y seguro va a parar al punto a donde quiere ir”.

Pero se ve que no a todos los caballos les pasa, o que uno de estos dos tiene la querencia en el agua.

—Si fuese por mí, no me bajaría del barco nunca —aclaró Fernando.

Es normal la discusión de si en una amistad o en una relación de pareja, o en cualquier vínculo de amor duradero, es importante que las partes sean parecidas o complementarias. A mí esa opción dicotómica no me satisface para nada. Creo que es imposible llegar a una respuesta que explique por qué dos personas son capaces de soportarse toda una vida. Pedro Saborido suele hablar de la teoría de Lennon y McCartney. Dice que en toda dupla que funciona uno es John y el otro Paul, que uno es soñador, creativo, volátil, aéreo y que el otro es disciplina, orden, trabajo y tierra. Me gusta esa teoría, creo que podría explicar al Roby y al Fer del viaje, sus roles, sus formas. Pero no sé si alcanza a abarcar al Roby y al Fer amigos. Ahí las cuentas son mucho más difíciles, ahí son setenta años de cuentas. Y entonces todo se convierte en una de esas ecuaciones matemáticas tan complejas que parecen magia.

—El tema de ir encontrando la profundidad del agua, ¿es más complicado a la vuelta? —pregunto.

—Tenés que tener más cuidado, porque si te subís al banco con la corriente a favor, sacarlo es mucho más complicado. Igual nosotros zafamos, no nos varamos ni una vez.

—Y con los empujes también es más bravo, porque como vienen más rápido, los tipos tienen menos control de las barcas. Encima nos cruzamos con unos que habían puesto una red gigante a los costados y venían jugando un partidito de fútbol seis contra seis.

El trayecto río abajo tenía otra ventaja: sabían con qué personajes de la ida podían contar como aliados y a cuáles mejor esquivar. Al pasar por la posada Isla Margarita, por ejemplo, Vidal y la Quica los recibieron nuevamente y les regalaron todo el gasoil que les hacía falta para llenar el tanque y los bidones de reserva. La Quica hizo chipa guazú para todos y Vidal les agradeció la visita como si el intercambio de combustible fuese al revés. En Concepción, en cambio, tuvieron que estar atentos a no llamar la atención de los húngaros que, en cualquier caso, fuesen los villanos

que parecían ser o no, seguro estarían muy enojados por el desplante en el asado.

—Decidimos parar justo antes de Concepción así una vez que pasáramos por ahí, le metíamos unas buenas horas de navegación para ya estar a una distancia considerable —cuenta mi papá.

Pararon en “Lo de Santi”, una de las arroceras de la zona, en donde se cultiva arroz gracias a un sistema de caños con los que arman diques con el agua del río para inundar el campo. Allí los recibieron con un venado a la parrilla.

—Más duro que la mierda —dice Fer—. Sabroso, pero duro como una piedra.

Hace unos minutos que mi viejo se paró a fumar así que está apoyado en el marco de la puerta. Su mano está hinchada porque lo picó una abeja. Acaba de retomar sus actividades como apicultor amateur después de muchos años.

—Empecé a ir a lo de un tipo al que le compro verdura y huevos, porque tiene una huerta y gallinas, y cuando me enteré de que también tiene colmenas le dije de ir a darle una mano. Gratarola, imagínate.

—Qué bueno que retomaste, no sabía —reacciona su amigo—. ¿Hace cuánto?

—Un par de semanas.

—¿Cuántas colmenas tiene el tipo? —pregunta Fernando y a mí me da la sensación de que si en ese momento me retirara, ellos podrían iniciar una conversación de horas y ninguno percibiría mi ausencia.

Uno de los lugares más impactantes que conocieron en el viaje de vuelta fue Puerto Bermejo, en la provincia argentina de Chaco, a orillas del río Paraguay y a solo algunos kilómetros de la desembocadura del río homónimo. Puerto Bermejo, o sus ruinas. Porque en 1984, por la erosión de las crecidas contra las costas, la barranca sobre la que estaba el cementerio se derrumbó y con ella se desplomaron las bóvedas, los cajones y las lápidas, que todavía están ahí, tapados a medias por la vegetación, olvidados por todos, salvo por algunas vacas que se animan a pastar entre esos restos.

—El pueblo lo mudaron a cuatro kilómetros antes de que se venga todo abajo —cuenta Fer—. Y el cementerio, después del derrumbe, también. Pero como no aparecieron todos los deudos, a algunos los dejaron ahí.

Si a la ida dejar el río Paraná para entrar al Paraguay significó una primera posta hacia lo desconocido, a la vuelta el cambio de aguas fue el primer paso para sentir que estaban cerca de la querencia.

—Disfruté mucho ver la línea que separaba las aguas oscuras que veníamos navegando del marrón claro al que estábamos por entrar —dice mi papá—. Mirar a la izquierda y ver la Isla del Cerrito, en donde flamea una bandera argentina gigante, era imponente y un alivio.

—Totalmente —aporta Fernando—. Para mí, estar en el Paraná es como estar en casa. Y eso que es más jodido de navegar. Para que te des una idea, son dos mil setecientos metros cúbicos por segundo en el Paraguay, contra quince mil en el Paraná. Es mucho más caudal, se mueve más, si te toca un viento sur, te tenés que agarrar fuerte porque te hamaca sin joda, y aun así es como estar en casa.

Si bien la geografía del Paraná a la altura de Corrientes es bastante diferente a la del Delta que navegaron toda la vida, sobre todo por sus barrancas en las orillas, el hecho de entrar por su desembocadura gigante y montarse sobre esa pasarela inagotable de agua consolidaba la sensación de que solo había que dejarse llevar por la corriente para tarde o temprano estar en Buenos Aires.

—¿Les daba nostalgia estar volviendo? —pregunto.

—¡No! —responden ambos a coro.

—Al contrario, diría yo —sigue mi papá—. Me daba alegría haber completado el viaje. Más si pensaba en esa canoa piojosa que compramos para remodelar en 2010 y en cómo se la bancó hasta allá.

—Nada de nostalgia —confirma Fer—. Muy buenos recuerdos. ¿Y sabés qué es lo que más me llevo? La gente. La gente fue increíble. Toda la gente. Siempre nos recibieron, nos ayudaron, nos saludaban cuando veían pasar el barco, nos llevaban a comprar gasoil de onda,

nos han invitado a comer a todos. La gente, eso fue lo más impactante.

—Mabel, los paraguayos, Vidal, la Quica, los trabajadores de los puertos... —enumera mi papá.

Me gusta que el humano sea fanático del humano. Que se sorprenda y se alegre de encontrarse con otros que lo traten bien. Que eso les gane a todos los paisajes del mundo. Me aburre bastante la postura de los que siempre elogian a otras especies en detrimento de la nuestra. Me aburre y además me parece antinatural porque ningún otro animal del planeta Tierra se comportaría de esa forma. Esto no significa que no me conmueva al mirar a un perro a los ojos o que una ballena emergiendo en la superficie del agua no pueda hacerme sentir pequeño y en paz en el mundo gigante. Pero me irrita el antihumano, el misántropo. Me irrita la idea de los que creen que el humano es un animal despreciable y cruel, o que lo es más que otros. ¿No vieron a un león comiéndose a sus crías? ¿No escucharon sobre esas aves que matan a los pichones de un nido ajeno para implantar sus huevos y que sean criados por los padres de los muertos? Por eso, incluso esa empatía racionalizada de algunos, que los hace anteponer a otras especies por sobre la nuestra, es solo humana. Ningún otro animal pondría a una especie diferente por sobre la propia. No sé cuántos animales le harían un asado a dos viejos que llegan en barco. No sé si existe un oso que te suba a su chata y maneje treinta kilómetros para que puedas cargar gasoil. Pero humanos sí, y el Viejo Almacén se los cruzó.

Ambos terminan sus cafés al mismo tiempo. Sé que, como máximo en media hora, tienen que salir para Burzaco porque Iturbe los espera para el reencuentro y, si lo dejan mucho tiempo solo con Adrián, los va a putear. Así que voy al grano.

—¿Cómo fue llegar? —pregunto.

—Emocionante —contesta mi papá—. Porque salieron otras chatas de amigos a buscarnos al río y entonces se armó una caravana de gente en el agua, haciendo quilombo. Ir acercándonos al muelle y verla a tu hermana, a vos, a mis nietos, a desconocidos que venían a ver qué carajo pasaba y por qué había tanto bardo fue hermoso.

Me acuerdo de ese día: un sábado, a las once de la mañana. Fuimos con mi hermana mayor y sus hijos, a pararnos en el muelle y esperar a que llegaran. Por las bocinas de los barcos, el ruido del motor y los gritos, los escuchamos llegar un rato antes de verlos. Al resto de la gente no la conocíamos. Amigos de mi viejo de otras vidas, o de otros años, o de otros mundos. La proa del Viejo Almacén apareció por una curva del río Luján marcando el surco y una de las primeras cosas que distinguí fue el brazo de mi papá, que lo agitaba por la ventana sin dejar de timonear. Adrián, parado en el techo de la cabina, saludaba con las palmas abiertas como si fuese un presidente recientemente electo, mientras Ringo ladraba por los bocinazos. A Fernando no se lo veía porque estaba adentro del barco.

Ver a mi papá poner un pie en tierra, con la barba larga y gris, considerablemente más flaco que antes de salir, y una sonrisa tan grande que convertía las arrugas de su cara en los miles de afluentes que tiene el río hasta Corumbá, para mí, fue como explotar de felicidad. O como implosionar, mejor dicho, porque casi toda la emoción se quedó contenida adentro del cuerpo.

Son difíciles las relaciones entre padre e hijo. Es difícil hablar. Siempre hay perdones que quedan pendientes, enojos cristalizados, frustraciones que se heredan, miedos que se combaten, chistes que se replican, formas de las que uno quiere escapar. Aprendizajes: explícitos, implícitos, existenciales, detalles. Autos rotos al costado de la Panamericana, comentarios incómodos en restaurantes, bocados que atragantan, hogares, jardines con orquídeas florecientes, lecturas, perros, madres que se mueren, pantanos emocionales y pantanales reales, con cocodrilos.

Mucha gente se propone no dejar temas pendientes con los padres. Llegar a hablar todo antes de que se mueran. Creo que es una buena iniciativa, aunque imposible de cumplir. Nunca se llega a todo. Siempre hay una última cosa que no se puede decir, una última idea que el solo hecho de pensar en ponerla sobre la mesa genera terror. ¿Cómo le voy a decir *todo* a mi papá? ¿Cómo seguiríamos después, si no quedara nada oculto entre nosotros? Sería estremecedor. Para eso están los abrazos, que cuestan

también, pero que cada tanto sirven para sembrar esas tierras en donde las palabras no crecen. Por eso cuando lo vi bajar del barco, no dije nada, sino que lo abracé unos segundos. Le hubiese dicho gracias por muchas cosas, pero sobre todo por esto que acababa de hacer, por esta travesía. Por seguir explorando de viejo, por hacerlo con un amigo, por bañarse cuatro meses con una manguera en pos de una aventura. Por develarnos que existe esa vejez, esa vida, esa manera de habitarlas. Pero de nuevo: son difíciles las relaciones entre padre e hijo. Es difícil hablar.

—¿Para vos, Fer? —pregunto, mientras levanto las tazas—. ¿Cómo fue llegar?

—Hay un tema con eso de llegar y es que uno está llegando hace como veinte días. No es como cuando te bajás del avión o de un auto después de hacer ochocientos kilómetros. Acá vas tan lento que faltan quince kilómetros y todavía estás a dos horas del muelle. O sea te vas acostumbrando a la llegada. Cuando salís del río Baradero y ves los sauces, los álamos..., yo ahí ya siento que llegué, aunque falte un tramo.

—Hay algo que dice el Gato, que es muy interesante sobre eso —aporta mi papá.

—Ah, sí, es maravillosa esa idea —agrega Fer.

El Gato es el primo de Fernando pero también y sobre todo es muy amigo de mi viejo. Tuvieron un vivero juntos en la década del ochenta, en un impasse que mi papá se tomó de la medicina buscando cumplir otro de sus sueños: vivir cuidando plantas. Como casi todos en esa Argentina, se fundieron por la hiperinflación, pero en esos tiempos muertos apoyados en el mostrador, esperando a que alguien entrara a llevarse un limonero, tuvieron tiempo de charlar y llegar a conclusiones como la que está por desarrollar mi papá en la cocina de mi casa.

—Vos pensá en los tipos que iban en carreta —empieza—. Se subían e iban avanzando a paso de caballo al pueblo de al lado. Era una velocidad animal, una velocidad humana. Iban llegando poco a poco, a ese ritmo. Cuando te tomás un avión, en cambio, volás doce horas hasta Madrid, bajás hecho mierda y tenés un jet lag terrible que se te va yendo con los días. Entonces, lo que dice el Gato es

que cuando viajás a velocidades no humanas, el alma tarda más en llegar. ¿Por qué estás tan cansado y confundido? Porque se te quedó el alma en Buenos Aires. Bueno, el barco tiene una velocidad humana: vas llegando con el alma en su lugar.

La lentitud del Viejo Almacén es un factor que espanta a mucha gente de siquiera fantasear con la posibilidad de hacer una travesía así. Al contrario de lo que pasa con la Fórmula 1, por ejemplo, en donde los picos de más de trescientos cincuenta kilómetros por hora generan fascinación, los diez kilómetros por hora de la chata despiertan ansiedad en los curiosos.

—Mucha gente te viene a felicitar y a preguntar por el viaje y cuando les decís que íbamos a esa velocidad salen espantados — cuenta Fer con orgullo. Un orgullo lento.

—¿Y qué te pasa con el mundo acelerado? —pregunto.

—Mirá... Que Dios los ayude. Yo disfruto de un mundo tranquilo, del Delta. En donde el agua fluye a dos kilómetros por hora, no a cincuenta. Disfruto de sentir el tric tric tric que hace el río cuando golpea en los juncos. De tomar un whisky sin ningún apuro. De acompañar a la naturaleza. Y ahí sí sentís que estás al ritmo del cuerpo, que no lo superas ni te quedás atrás.

—Bueno, ¿vamos? —corta mi viejo, como si se hubiera cansado de hablar.

Juntan sus cosas, mi papá me recuerda que la semana próxima va a necesitar las herramientas que me vino a dejar y el ritual de salida es similar al de llegada. Observan la casa, los cerámicos, todo son averiguaciones prácticas como si su próximo proyecto juntos no fuese restaurar una chata sino construir un PH en Capital. Pero no, son así. Dos viejos curiosos.

—Che, ¿y Adrián sabe que van a vender el barco? —pregunto sin darme cuenta de a dónde me estoy metiendo.

Ambos callan. Los hombres y nuestros silencios. Está claro que no hablaron con él, y por su reacción me doy cuenta de que no fue porque consideraran que no hacía falta sino porque no se animaron a hacerlo.

—Hoy le vamos a decir —anuncia mi papá.

El día de la llegada del Viejo Almacén, después de bajar los bolsos y otros bártulos, mi viejo les ofreció a Fernando y a Adrián llevarlos con el auto de mi hermana hasta sus casas. Fer, para sorpresa de nadie, dijo que no hacía falta, que se quería quedar en el barco terminando de ordenar. Adrián estaba callado, juntaba sus cosas de a una y por momentos daba la sensación de que sacaba ropa de su bolso para estirar la situación.

—Che, Fer —se animó a decir cuando ya mi viejo se estaba empezando a irritar por la demora—. Me quedo un rato con vos, te doy una mano.

—No hace falta, nene. Son veinte minutos y lo liquido.

—Es que me gustaría dormir acá.

—¿Acá adónde?

—Acá en el barco. ¿Puedo? Solo por hoy.

Por primera vez Ringo parecía estar del lado de Adrián y se ubicó junto a su pierna, mirándonos a todos con esa cara de canalla que ponen los perros cuando quieren cosas.

—Bueno, pero no podés traer a nadie. Esto no es un telo —aclaró Fernando.

—No seas boludo, ¿a quién voy a traer? Solo quiero dormir una noche más acá. Pienso en tirarme en mi cama y escuchar el ruido de los frenos del 371 que para en la puerta, en saludar al viejo de mierda que vive al lado y pone la tele fuerte, en ver cómo se filtra la luz de la calle por los agujeros de la persiana y es re deprimente. Dame una noche más de esto, que fui muy feliz acá. Este barco me cambió la vida.

—Y ustedes, ¿qué sienten con la venta? —pregunto mientras se van abrigando para salir a la calle otra vez—. ¿Les da lo mismo quién lo compre?

—Más o menos —dice Fer y yo sé que le duele no poder decir que sí, que le da lo mismo, que él ya lo dejó ir y que es una etapa terminada. Les cuesta un poco el apego a estos dos.

—El otro día lo vino a ver un posible comprador —empieza a contar mi papá con la voz cargada de bronca—. ¿Sabés qué dijo? Que le gustaba el Viejo Almacén porque tenía un lugar adentro para que los chicos pudieran usar la tablet. ¿Se puede ser tan pelotudo?!

—¿Y qué hiciste? —pregunto riéndome. Del tipo, de la bronca de mi viejo, de lo desangeladas que me parecen las tablets.

—Nada, le dije que igual adentro te mareás mucho y no le contesté más los mensajes.

—Hay un tema y es que al barco lo vamos a vender en bastante menos de lo que fuimos gastando —retoma Fer, que parece menos atravesado que su amigo por la anécdota del comprador—. Pero también es cierto que hay un valor imposible de calcular: el valor de cuánto lo disfrutamos.

Me lo imaginaba. Si bien los dos están activos y tienen planes para el futuro, desprenderse del Viejo Almacén es una especie de jubilación de las grandes ligas de la aventura. No le van a entregar a cualquiera la llave del barco con el que alcanzaron su última hazaña.

Los acompaño hasta la puerta de calle. En el pasillo, mi viejo le advierte a Fer que tenga cuidado con un escalón que no se ve. Fer le agradece. Nos damos un abrazo, más corto que el del día de la llegada, aunque en el momento me ayuda a recordarlo. La última imagen es preciosa: dos amigos arriba de un auto yendo a comer un asado.

AGRADECIMIENTOS

A Leo Oyola, Ofelia Fernández y Ana Ojeda, mis editores, mis primeros lectores, mis consultores y sostenes. Gracias.



© Alejandra López

ACERCA DEL AUTOR

Marcos Aramburu nació en 1994 y creció en Villa Adelina, barrio con el que todavía se siente identificado. Estudió locución en el Instituto Superior de Enseñanza Radiofónica (ISER) y algunos años de Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Buenos Aires, aunque no llegó a terminar esa carrera. En 2023 publicó su primer libro, *Las ceremonias*, crónicas de personas que usan drogas, que ya va por la cuarta edición. Formado en la radio, aún trabaja en medios junto a Elizabeth Vernaci y Pedro Rosemblat. También escribe canciones para su banda, Terrores Nocturnos, que ya tiene dos discos. *Pantanal* es su primera novela y la confirmación de que habrá otras.

Grupo  Planeta

iSeguinos!

